

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



«TUYO ES EL REINO»

Consagrados al
Corazón de Cristo

El padre Crawley,
promotor del Cerro
de los Ángeles

El Cerro y santa
Maravillas de Jesús

La «Consecratio
mundi» a la luz
del Vaticano II

Memoria de san
Juan María Vianney,
el Cura de Ars

**Renovación de la consagración
de España
al Corazón de Jesús**

El Señor te espera, ¡no faltes!

SÁBADO 20 DE JUNIO
24h Vigilia de oración
para jóvenes
Basilica del Cerro de los Ángeles

DOMINGO 21 DE JUNIO
10,00h Eucaristía
en el Cerro de los Ángeles
Preside D. Antonio María Rouco Varela
Arzobispo de Madrid

En la época en que la Iglesia, aún próxima a sus orígenes, estaba oprimida bajo el yugo de los Césares, un joven emperador percibió en el Cielo una cruz que anunciaba y que preparaba una magnífica y próxima victoria. Hoy, tenemos aquí otro emblema bendito y divino que se ofrece a nuestros ojos: es el Corazón Sacratísimo de Jesús, sobre él que se levanta la cruz, y que brilla con un magnífico resplandor rodeado de llamas. En él debemos poner todas nuestras esperanzas; tenemos que pedirle y esperar de él la salvación de los hombres.

Sumario

Consagrados al Corazón de Cristo, consagramos el mundo en la espera de su Reino <i>Evaristo Palomar Maldonado</i>	3
El padre Mateo Crawley, promotor del Cerro de los Ángeles <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	5
Texto de la Consagración leído por Alfonso XIII	11
Crónica de la Consagración <i>Remigio Vilariño, S.J.</i>	12
El Cerro de los Ángeles y santa Maravillas de Jesús: «Me lo pedía a gritos» <i>Javier Jaurrieta, Hnssc</i>	15
El Corazón de Cristo, revelación del Amor. Pastoral colectiva del Episcopado español en el cincuentenario de la Consagración	18
La «Consecratio mundi» a la luz del Concilio Vaticano II <i>Evaristo Palomar Maldonado</i>	23
A Cristo rey por María Reina en el santuario de Almada de Portugal	26
Memoria de san Juan María Vianney, el Cura de Ars <i>Guillermo Pons Pons</i>	28
Contemplando la vida de Cristo. El centurión de Cafarnaúm... y los de Jerusalén y Cesarea <i>Ramón Gelpí</i>	32
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	34
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	35
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	37
Orientaciones bibliográficas <i>David Amado</i>	39
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	40
Hace 60 años	43

RAZÓN DEL NÚMERO

EL 30 de mayo de 1919 el rey Alfonso XIII, acompañado de los ministros de su gobierno, de numerosos obispos y de fieles venidos de toda España, consagraba la nación al Sagrado Corazón de Jesús. Se hacía realidad la doble promesa del Sagrado Corazón al venerable Bernardo de Hoyos: «Reinaré en España, y con más veneración que en otras muchas partes»; reinaba por la consagración oficiada por quien ostentaba la representación de todos los españoles; era venerado con entusiasmo por millones de españoles, presentes en el acto, físicamente o en espíritu. Culminaba así un largo proceso que se había iniciado con las revelaciones y peticiones a santa Margarita, pasando por las campañas del padre Mateo Crawley, las revelaciones a la beata María del Divino Corazón, la encíclica *Annum Sacrum*, de León XIII, y el entusiasmo de un grupo de católicos españoles; todo ello con el trasfondo de la promesa a Bernardo de Hoyos. Las palabras de Alfonso XIII dirigidas al Corazón de Cristo Rey expresaban el sentido y el carácter social de aquella consagración: «Venga, pues, a nosotros tu Santísimo Reino, que es Reino de justicia y de amor. Reinad en los corazones de los hombres, en el seno de los hogares, en la inteligencia de los sabios, en las aulas de la Ciencia y de las Letras, y en nuestras leyes e instituciones patrias».

Ahora, el día 21 de junio, en aquel mismo Cerro de los Ángeles, los católicos españoles nos disponemos a recordar y a renovar aquella consagración, más necesaria y urgente que nunca. Ya en 1969, a los cincuenta años de aquel acto, nuestros obispos refutaban a quienes pudieran pensar que ya no tenía sentido un acto de estas características y afirmaban la necesidad que tenemos del amor de Cristo, y que invocamos al consagrarnos a su Corazón: «El mundo necesita un verdadero amor. Más que nunca nos acecha el peligro de una desesperanza radical, al ver que el progreso de la técnica y la abundancia de bienes materiales no hacen más feliz al mundo, ya que es innumerable el número de los pobres o insatisfechos, el de los hastiados y desilusionados, el de los que viven sin saber para qué viven». ¿Quién se atrevería a afirmar que estos peligros ya han sido superados, que el mundo marcha feliz hacia una paz universal basada en el progreso humano, que España es un reino de justicia y de amor, que Cristo reina en el corazón de los hombres, en nuestras leyes e instituciones. Todo lo contrario; el bienestar y el progreso material quieren esconder el hastío y la insatisfacción de muchos, la injusticia de las leyes anticristianas, la muerte de los inocentes, el abandono de los ancianos, el hedonismo de las costumbres.

Más que nunca tenemos necesidad del amor de Cristo. Porque, como recordaba León XIII en la encíclica *Annum Sacrum*, «el hombre ha errado: que vuelva a la senda de la verdad; las tinieblas han invadido las almas, que la oscuridad sea disipada por la luz de la verdad... es el Corazón Sacratísimo de Jesús, sobre él que se levanta la cruz, y que brilla con un magnífico resplandor rodeado de llamas. En él debemos poner todas nuestras esperanzas; tenemos que pedirle y esperar de él la salvación de los hombres».

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

Consagrados al Corazón de Cristo, consagramos el mundo en la espera de su Reino

EVARISTO PALOMAR MALDONADO

NUESTRA consagración al Sagrado Corazón de Jesús expresa una renovación del acto bautismal, en el que fuimos engendrados en Cristo: Vida en el Espíritu de fe, esperanza y caridad en tanto que hijos de Dios. En tanto donación a nuestro Padre en Jesucristo de sus mismos dones naturales y sobrenaturales es, en su misma simplicidad, acto perfecto de vida evangélica. No ha de extrañar, pues, que el mismo Pío XI, y en referencia a santa Teresita del Niño Jesús, celebrada en la Santa Iglesia como patrona de las Misiones y del Apostolado de la Oración y doctora, escribiera en la bula de canonización: «La doctrina más importante de Teresa es la Infancia espiritual, que supone *la más entera y filial confianza* y lleva a la total entrega *en manos del Padre Misericordioso*, tan amado... Este Camino de la Infancia espiritual según el Evangelio, lo enseñó a las otras hermanas... y, luego, a través de sus escritos llenos de celo apostólico, *enseñó el camino de la sencillez evangélica*, con santo entusiasmo, *a todo el mundo*».

Esta desposesión de sí implica dos reconocimientos: Primero, la soberanía plena de Dios, de donde en concreto la realeza de Jesucristo; segundo, la expresión de la fe como plenitud de vida moral. Lo que se entiende atendido el hecho de que la vida moral lo es por razón de los actos del ser humano, personal y socialmente considerados. La consagración, como oblación de amor, se actualiza en la ofrenda diaria por la que todos los actos cotidianos quedan unidos al ofrecimiento mismo de Jesucristo al Padre, que tiene su principio vital en su mismo Corazón, ya desde el seno mismo de María Virgen. De modo que contiene en sí mismo el deseo como actitud de conformar nuestra vida con la voluntad divina, viviéndola como presente en el hoy y ahora.

Nuestra consagración se realiza así, en el día a día, como nuestra misma vida humana, constituyéndose en sí misma, desde nuestro entero ser, en testigo y testimonio de la fe en Cristo. A tal efecto, y como vida evangélica, alimentamos nuestra fe en nuestra Madre nutriente, la Santa Iglesia, pues la consagración al Corazón de Cristo es acto de comunión en la fe de la Iglesia: Dios nos alimenta con su palabra contenida en la revelación viviente de la Escritura y la Tradición apostólica. Es nuestro entendimiento humano quien acoge bajo la luz del Es-

píritu Santo dicha palabra, bajo el signo de la plena comunión en Pedro y con Pedro. Nuestra oración diaria por Pedro testimonia la acogida de su palabra, incluido su magisterio ordinario en orden a sentir y palpitar con la Iglesia. La oración, hablando con quien sabemos nos ama, y en cualesquiera modos de los que cultiva y bendice la tradición de las Iglesias. De modo particular, el cultivo de la vida sacramental en la que Dios es Misericordia y Pan para el camino, en el través de manos de carne unidas para el ministerio sirviendo a los que participamos del sacerdocio común.

Nuestra consagración es testimonio de esperanza: Esperamos lo que el Espíritu pone en nuestro corazón para colmarlo. Y lo esperamos todo, en la fe de la Iglesia. Verte a Ti Amor increado, amándote con todo nuestro corazón, toda nuestra alma y todas nuestras fuerzas. También esperamos que lo que creaste para el hombre, sea todo restaurado en Ti, de modo que vivamos según nuestra medida, que eres Tú mismo, Señor y Dios. Y así, Tú que nos das la vida y a Ti mismo como vida nuestra, seas glorificado, bendecido y amado en nuestra tierra. Y contigo sea reconocida nuestra dignidad personal en toda la humanidad, consumada la esperanza en un solo rebaño y un solo Pastor.

Siendo la caridad el fruto de la fe, la consagración al Corazón de Jesús es plenitud manifestativa del amor divino, donde el amor llama al amor: A Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. Comenzando por el más próximo, para no caer por debajo de los infieles. Dado que la gracia no niega la naturaleza; antes, la supone, restaura y eleva.

Por esto mismo, nuestra consagración es acto eclesial, y abarca consecuentemente todo lo que está ordenado a la salvación, y a ser sanado por bien del hombre. Lo personal y lo social, lo espiritual y lo temporal, el alma y el cuerpo. No se entendería el sentido y significado de la oblación a Jesucristo negando aspectos de nuestra vida a su soberanía regia. ¿Está Cristo dividido? ¿Por qué dividir, escindir, contraponer los diferentes actos de nuestra vida humana? ¿No es un mismo y solo yo quien vive? ¿No he sido engendrado en la unidad de mi yo personal a Cristo? ¿No es la totalidad de mi ser lo que ofrezco y doy con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas? Esta unidad de vida que plenifica

el acto de consagración quiere también todo lo que es mi vida como don: Quiere también mi espacio y mi tiempo. Las relaciones desde las que se obra mi perfectividad humana. Las leyes como principio de vida y columnas de la ciudad. Necesariamente, pues, presupuesta la consagración personal, ésta se alimenta de la consagración social, en cualesquiera de sus plurales manifestaciones y comenzando por la familiar natural, de modo que Jesucristo es conocido, amado y vivido como Señor y Rey.

Por vía de síntesis se entiende la concreción práctica ordenada al bien universal de la Iglesia propuesta por el P. Enrique Ramière: ofrecimiento al Corazón de Jesús, participando de la Palabra y comulgando el Pan, para que venga a nosotros su Reino, mediante la intercesión de la Virgen María y san José, orando por las intenciones del Romano Pontífice. Esto es el Apostolado de la Oración. La consagración re-

quiere educar la actitud, dejando de lado la beatería, esto es, lo inconsciente en lo sobrenatural. Se trata de formar nuestra conciencia moral, el núcleo de lo cordial. A este efecto se ordenaba la intención del mismo padre Ramière cuando pensaba en los celadores del Apostolado de la Oración.

Por otro lado, nuestra consagración cobra por su acto una eficacia extraordinaria al combatir los enemigos, si no los más llamativos, desde luego los más insidiosos y peligrosos: el naturalismo y el liberalismo. El venerado padre Ramón Orlandis nunca se cansó de enseñar, mantener y urgir sobre esto: Nuestra incapacidad radical en orden a nuestra vida cristiana sin unión al Corazón de Jesús y en la esperanza del Reino. No hay, pues, medio más oportuno ni mayor perfección, para vivir en la plenitud de nuestra condición humana, que la de vivir consagrados al Sagrado Corazón, consagrando el mundo.

Programa del 90 aniversario

Del 15 al 18 de Junio, de 19 a 21 horas

Santa Misa, predicación y oración con exposición del Santísimo

Presidirán los obispos auxiliares de Madrid y el obispo de Alcalá de Henares, monseñor Cesar Franco, monseñor Fidel Herráez, monseñor Reig Pla, y monseñor Martínez Camino.

Viernes, día 19, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús

Se celebrarán doce misas, una cada hora a partir de las 7 de la mañana y hasta las 20.30 de la tarde.

Las misas de las 13 y las 20.30 de la tarde serán presididas, respectivamente, por monseñor López Andújar y monseñor Zornoza Boy, obispo y obispo auxiliar de Getafe.

Sábado, día 20

Vigilia de Oración Juvenil, a partir de las 24 h, presidida por monseñor José Ignacio Munilla, obispo de Palencia y responsable del Departamento de Juventud de la Conferencia Episcopal Española.

En los turnos de adoración participarán los grupos de jóvenes de numerosas diócesis, organizaciones y movimientos apostólicos, organizados por JRC, quienes pasarán el resto de la noche en sacos y tiendas de campaña en lugares dispuestos para ello.

Domingo, día 21, a las 8 de la mañana

Rezo de Laudes, presididos por monseñor Cerro, obispo de Coria-Cáceres y también responsable del Departamento de Juventud de la CEE.

A continuación, se espera la llegada de autobuses con fieles provenientes de las distintas diócesis españolas, que se unirán a los jóvenes y a los fieles de las diócesis madrileñas.

A las 10 de la mañana

Solemne Misa Pontifical presidida por el cardenal Rouco Varela, arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal Española, con el que concelebrarán varios obispos y numerosos sacerdotes.

A continuación, renovación de la Consagración al Sagrado Corazón de Jesús, oración del Jubileo de San Pablo y Proclamación del Año Sacerdotal.

El padre Mateo Crawley promotor del Cerro de los Ángeles

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

El P. Mateo Crawley recibe en Paray-le-Monial el encargo del Corazón de Jesús de entronizarle en las familias cristianas

DON Francisco Belda fue el sembrador de la primera semilla del Monumento del Cerro de los Ángeles. La lanzó en la víspera del Corpus de 1900 en una carta publicada en *La Semana Católica* de Madrid de 17 de junio en la que exponía proféticamente lo que haría si fuera Rey, o al menos rico, y en la que se leía: «Anunciaría para el 31 de diciembre de este primer año del siglo xx la erección de un Monumento Nacional al Corazón de Jesús en el llamado Cerro de los Ángeles, donde se le habrá de hacer la Consagración de España por el Rey, ante todas las autoridades civiles, militares y eclesiásticas. Puede parecer un sueño –dice– pero que si se pide el beneplácito de la Autoridad Eclesiástica y se demanda la ayuda al pobre pueblo español como pública protesta de su fe católica, se hará.» Su propuesta fue tenida por utópica ilusión y esta primera semilla quedó baldía y olvidada.

El 24 de agosto de 1907 y en la capilla de la Visitación en Paray-le-Monial recibía el P. Mateo Crawley del Corazón de Jesús su encargo de entronizarle en las familias cristianas como medio para iniciar la instauración de su Reinado Social en todo el mundo. Así empezó su cruzada para conquistar las familias una a una, entronizando al Sagrado Corazón en cada casa y enseñando a sus moradores a convivir con Él. El papa san Pío X le confirmaría en esta su misión: «*Salvando la familia se salva la sociedad. Emprendéis una obra de salvación social, consagraadle vuestra vida.*»

De vuelta a Chile en octubre de 1908, el P. Mateo hace la primera entronización solemne utilizando para ella el cuadro del Corazón de Jesús llamado de García Moreno, que se convertirá en bandera de su campaña. Mientras él se prodiga en charlas y conferencias explicando qué sea la Entronización y convenciendo a millares de familias a hacerla en sus hogares, la organización de actos, distribución de folletos, estampas e imágenes, la encomienda a un secretariado a cargo de jóvenes seglares. De la consagración y entronización en las familias pasa a extenderlas en las comunidades religiosas, en los colegios, en los hospitales, en las instituciones... En 1911 tiene registra-

das en Chile más de cien mil entronizaciones, y pasa a promoverlas en Uruguay y la Argentina, y así, en dos años el número de entronizaciones en Hispanoamérica superaba ya el millón.

Pero el padre Mateo pensaba en la vieja Europa y comenzó su campaña por España. En 1913 en *El Universo* de Madrid se reproducían sus artículos, y varios obispos españoles, los de Barcelona, Granada y Mallorca, recomendaban la Entronización en sus pastorales. Proyectó viaje con ocasión del Congreso Eucarístico Internacional de Lourdes de 1914. Aunque no pudo llegar a tiempo al Congreso, por medio del Cardenal de Sevilla logró que en sus conclusiones se adoptara por unanimidad que: «*El Congreso aprueba la entronización del Corazón de Jesús en el hogar, y ve en ello el medio escogido por ese divino Corazón para establecer su Reinado Social en el mundo. El Congreso, en este espíritu, invita a todos los hogares católicos y a todos los centros privados y públicos, a introducir su imagen en la habitación principal de la casa.*»

Viene a España a acelerar el cumplimiento de la promesa al padre Hoyos

EN octubre de 1914 pisaba la tierra de sus antepasados, consciente de que era destinataria de la promesa del Corazón de Jesús al padre Hoyos: «*Reinaré en España con más veneración que en otras partes.*»

Funcionaban ya, junto al central de Madrid otros 38 secretariados que promovían la entronización por toda España. Predicó el P. Mateo con éxito creciente durante tres meses en Madrid, aunque no sin oposiciones y envidias ante la popularidad que alcanzaba, celebrando como despedida el 22 de enero de 1915 en la cripta de la Almudena una fiesta de las familias que habían entronizado al Corazón de Jesús, presidida por el obispo de Madrid por la mañana, y por el Nuncio por la tarde. Para el padre Mateo la entronización familiar era un paso para la nacional, pero no había llegado aún su hora, y dio su primer adiós a España, marchando a predicar a Francia y luego a Italia.

Hacía ya tiempo que se venía acariciando la idea de erigir un monumento, expresión de las familias

consagradas al Corazón de Jesús, como se había hecho en Bélgica y Holanda. Se había pensado en una sencilla estatua en algún lugar de Madrid. El P. Mateo, de vuelta a su país, propone en el Centro de Defensa Social la erección de un Monumento nacional al Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles, pero su propuesta no tuvo mayor eco. Marchó dejando ya implantada la obra de la Entronización del Divino Corazón en los Hogares, instituido el Secretariado Central de la Entronización bajo la presidencia de la Duquesa de la Conquista, y nombrado consiliario el entusiasta religioso de su congregación, el navarro P. José Calasanz Baradat SS.CC.

El proyecto de monumento al Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles en marcha

Año y medio después, en mayo de 1916, don Ramón García Rodrigo, fervoroso adorador y vicepresidente de la V.O.T. de San Fermín de los Navarros en Madrid, retomó la idea del monumento en el Cerro y se la transmitió a su paisano el P. Calasanz Baradat, quien la propuso al Secretariado Central de la Entronización, y entusiasmó a su presidenta, la Duquesa de la Conquista. Comunica ésta la idea al Nuncio Mons. Ragonessi, al Primado y al Obispo de Madrid, que la aprueban. La junta de Señoras de la Entronización se reúne en San Sebastián el 23 de agosto y acuerda que el monumento sea nacional y que en él se haga la consagración de España como medio de ver realizada su promesa al padre Hoyos. Su proyecto es más bien modesto: se piensa sólo en un pedestal en forma de trono con la imagen del Corazón de Jesús.

Se lanza la idea a los cuatro vientos, y los primeros que la recogen son los franciscanos, que comienzan a pedir limosnas por toda España para la erección del monumento en el Cerro. Los jesuitas, pensando en futuras peregrinaciones, promovieron la adquisición de toda la extensión del terreno colindante.

El Apostolado de la Oración desde el siglo XIX llevaba muchos años promoviendo las consagraciones familiares al Corazón de Jesús mediante su Mensajero y a través de la celosa actividad de la Unión de Damas Españolas del Sagrado Corazón de Jesús, presidida por la marquesa de Unzá del Valle, y su director el padre Oliver-Copons, S.J. El padre Mateo a su paso por Madrid en 1914 invitó a la Unión de Damas a formar un Secretariado Central para España, cediéndoles la dirección, y el obispo de Madrid, monseñor Melo, dispuso la fusión de las Damas y las Celadoras, y el Secretariado Central como sección de la Unión de Damas, creando luego dos juntas.

El Secretariado de Madrid, secundado por todos los de la Península, lanzó y organizó el movimien-

to, dirigió la suscripción nacional y recogió las aportaciones de todas las clases y estamentos sociales a fin de que el Monumento fuera realmente levantado como un plebiscito nacional. El 30 de junio de 1916 el obispo de Madrid, don José M. Salvador y Barrera, bendecía la primera piedra.

Comienzan las obras

SE encarga el proyecto del monumento al escultor Aniceto Mariñas y al arquitecto Carlos Maura. La primera piedra, bendecida por el obispo de Madrid, firmando el acta con la duquesa de la Conquista, el P. Baradat y el Sr. Ramón García Rodrigo como promotores, se pone el 30 de junio de 1916.

El Secretariado pide al papa Benedicto XV sus bendiciones, y éste concede el Jubileo de la Porciúncula a quienes visiten la ermita de la Virgen a cuyo pie se levantará el monumento, e indulgencia plenaria a la hora de la muerte a todos cuantos de algún modo ayuden a la erección, disponiendo que el futuro monumento sea custodiado por una comunidad religiosa que por concesión del Papa se establecerá en aquel punto.

Se abre una suscripción popular nacional que crece rápidamente gracias al activo celo de los P. Mateo Crawley y Calasanz Baradat de los SS.CC., que recorren España entera en viajes de propaganda, y de los P. Franciscanos. Para que todos puedan contribuir, las cuotas van desde 5 cts., la perra chica, a una peseta, y así, cuando el rey consagre España al Corazón de Jesús, consagrará los corazones de todos los españoles. Se lanza la idea de que los más pudientes paguen una piedra –costaba 150 pesetas– en la que se esculpiría el nombre del donante «*para pedir el Reinado del Corazón de Jesús en España*». El álbum con las firmas de todos los que dieron su limosna queda depositado en un cofre al pie del monumento.

El padre Mateo dirá que «*el Monumento representa en forma genuina y auténtica el corazón de España. Las piedras podrán desmoronarse un día, pero nada ni nadie podrá demoler jamás el alma que ha levantado este altar, los hogares consagrados de toda la Península. Aquí está, pues, España viva, toda España.*»

El embajador del Perú ante la Santa Sede, Conde de Guaqui, don Juan Mariano de Goyeneche, donó 50.000 pesetas para costear la estatua. Cuenta el padre Mateo que al agradecerse días después, su paisano el conde le dijo: «*No se porque no se me pidió que donara al Secretariado de la Entronización, en vez de una estatua de piedra una de bronce, que hubiera sido más digna del Corazón de Jesús en*

España, hubiera costado diez veces más, pero la habría regalado gustosísimo.»(La Avalancha. Pamplona junio 1919)

La suscripción nacional organizada por el Secretariado ascendió a 529.000 pesetas, de las que se gastaron en las obras 471.000, quedando un remanente para construir el previsto convento de religiosas. La familia real se suscribió con 10.300 pesetas; los cardenales y obispos con 7.650. Se donaron también muchas joyas y monedas de oro, con las que se hizo un copón para las peregrinaciones que al pie lleva grabado el lema de la Guardia de Honor: *Amor, Honor, Gloria y Reparación al Divino Corazón de Jesús*. 30 de mayo 1919.

¿Un Monumento sin la Virgen?

LA junta fue al Banco de España a exponer el proyecto y pedir la colaboración de su subdirector señor Belda, quien precisamente había lanzado la primera y profética idea en 1900. Este concedió sin más el préstamo, pero al ver el boceto, advirtió: «Mis proyectos de 1900 no están completos: *para llegar a Jesús hay que ir por María, pues por María nos vino Jesús. La Santísima Virgen no puede faltar en el Monumento.*» Todos convinieron en ello. Las obras se hallaban muy adelantadas, y Marinas estaba cincelandando ya la escultu-



ra. Se le convence al artista de que, pues nace el alba, María, y Jesús, el Sol, tras ella, la imagen de María Inmaculada esté esculpida en bajorrelieve en el fuste del monumento a los pies de Jesús y sobre el escudo de España. Así se acuerda.

Se piden oraciones a todos los conventos de España, y las obras avanzan rápido. El Obispo nombra otra Junta asesora de caballeros, presidida por el Marqués de Comillas, que es el primer y más animoso propulsor de las obras.

¿Quién deberá hacer la consagración nacional?

EN mayo de 1918 los organizadores deciden proponer que la Consagración debe hacerla el Rey, que se invite a todos los obispos de España, para que sea un acontecimiento de resonancia no sólo nacional sino mundial, y que para poder ganar los privilegios del Jubileo de la Porciúncula, concedido por el Papa, se debe establecer a su lado un Convento de Religiosas que lo custodie, tal como había propuesto Belda en 1900.

En Septiembre de 1918 se envía una circular a todos los Obispos en la que se anuncia la inauguración para el próximo 10 de noviembre, y que se prevé la asistencia de la familia real y autoridades. Los actos consistirán en Misa y Exposición ante la que se leerá la fórmula de la Consagración de España al Corazón de Jesús, tras la que se llevará el Santísimo hasta la ermita de N^a Sra. de los Ángeles, desde donde se impartirá la bendición al pueblo antes de reservarlo en la capilla. Pero las previsiones tuvieron que cambiarse, pues a mediados de octubre se extendía una epidemia de gripe, y se tuvo que aplazar la inauguración, que se pospuso hasta la primavera del siguiente año de 1919.

El 15 de abril de 1919 había jurado como nuevo jefe de Gobierno Antonio Maura al frente de un gabinete liberal de concentración. El Boletín Oficial de la diócesis de Madrid-Alcalá publicaba a primeros de mayo una circular del Obispo en la que se lee: «*Dificultades de todo género surgieron en el camino de esta gloriosa empresa, pero todas las venció la piedad española... El Monumento, oración esculpida en piedra, profesión de fe y amor de un pueblo cristiano, se levanta gallardo sobre el Cerro de los Ángeles y D.M., el 30 de los corrientes, festividad del santo Rey Fernando III, hemos de celebrar su inauguración.*»

«El marqués de Comillas animó a mi padre a vencer todos los obstáculos y temores para que oficialmente, como soberano, hiciese la consagración», atestigua su hijo D. Juan de Borbón, quien recuerda que el Marqués el día de la Consagración decía: «*¡de aquí al cielo! este es uno de los más felices de mi vida.*»

Triduo de preparación para el acto de Consagración

(27, 28 y 29 de mayo de 1919)

EL acontecimiento de la inauguración debía ser nacional, y para ello se pide a los obispos de toda España que convoquen en sus diócesis un triduo de preparación en que se explique el significado del acto y su trascendencia; que el día y hora de la inauguración a las 12 de la mañana, se congreguen los fieles en los templos ante el Santísimo expuesto o en procesiones públicas, y renueven todos la Consagración al Sagrado Corazón de Jesús; y que, tras el rezo del Ángelus se echen al vuelo todas las campanas de todas las iglesias y conventos de España, como se hizo al coronar a Nuestra Señora del Pilar, y que pidan se adornen las fachadas de las casas con colgaduras y luminarias.

En 1919 el padre Mateo se hallaba de nuevo en España preparando la consagración nacional al Corazón de Jesús en la que veía el inicio del cumplimiento de su promesa al padre Hoyos. Creyendo sin duda que tan grandioso acontecimiento era ya signo del inicio de su prometido reinado en nuestra patria, y, de acuerdo con el Nuncio Mons. Ragonessi, hizo sustituir la prevista inscripción en futuro de «*Reinaré*» por la del presente «*Reino en España*».

Se le encomendó al padre Mateo que predicara un solemne triduo de preparación en la Iglesia más amplia de Madrid, la de San Jerónimo el Real, y con su fogoso e inspirado verbo enardeció a la multitud que abarrotaba sus naves. Sus palabras, trascritas taquigráficamente, están publicadas en el libro «*Jesús Rey de Amor*», y de él citamos algunos de sus párrafos.

En la primera de las conferencias del triduo, pronunciada el martes 27 de mayo, trató el tema del reinado íntimo del Corazón de Jesús en las almas por la Eucaristía, comenzado así: «El viernes próximo seremos testigos de un hecho que sorprenderá profunda y gratísimamente al mundo católico, pero que irritará violentamente al campo adverso. España dará como nación, oficialmente, un valiente, un sublime escándalo de gloria, reconociendo solemnemente la realeza divina de Nuestro Señor Jesucristo. Y en testimonio irrecusable de ello entronizará con honra y majestad la grandiosa estatua del Corazón divino de Jesús en el Cerro de los Ángeles con asistencia oficial y previo el plebiscito elocuente de los hogares españoles.»

«¿Reinará Jesús o será nuevamente clavado en un patíbulo por haber osado proclamar los derechos de su Divina Realeza en pleno siglo del liberalismo?»

Comparando luego la situación actual con la de Jesús ante Pilatos, el padre Mateo pregunta a sus oyentes: «¿Reinará Jesús o será nuevamente clavado en un patíbulo por haber osado proclamar los derechos de su Divina Realeza en pleno siglo del liberalismo? En ese instante de suprema angustia Jesús vuelve su Corazón y sus ojos arrasados en llanto a España, y con mirada de amor y dolor inefable, con voz suplicante le dice: Mira a tu alrededor, España de mis amores, todos me han abandonado, y muchos se han pasado al bando que reclama mi sangre y mi trono. Y tú, ¿me dejarás también? Por primera vez en tu historia, tú España, tierra de mi Madre ¿me negarás también? ¡Respóndeme!»... La respuesta es ver a «España entera, con su Rey a la cabeza que llega entonando «Cantemos al amor de los amores, cantemos al Señor», y «Corazón santo, Tú reinas ya», y ante el sanedrín atónito de gobernantes, verdugos y naciones cómplices, el Rey Católico y España-Nación convierten el patíbulo en trono y el Calvario en Tabor de Jesucristo Rey. Tal será el gesto de epopeya cristiana que aplaudirá el mundo católico, el viernes 30 de mayo. Levántate, pues, España; viste tus mejores galas de reina y sal al encuentro de tu Rey y Señor que viene, enamorado, a ratificar solemne y públicamente la donación que te hace de su adorable Corazón, agradecido al trono de gloria que le brindas en horas de universal apostasía.»

**«No reconoceremos un orden social sin Dios;
¡la base del orden social es tu autoridad Jesús!»**

El miércoles 28 de mayo, segundo día del triduo, disertó sobre el Reinado Social de Jesús por la cristianización de la familia, preguntándose: «¿Que significa ante Europa y el mundo este doblar la rodilla del pueblo español el día de san Fernando en la persona de su monarca?... Es la más solemne reparación ante el más grave y público de los atentados contra Dios: la apostasía oficial de las naciones. España gritará esta palabra más verdadera y



Panorama del Cerro de los Ángeles durante el acto de consagración

oportuna que nunca: *Tu solus Dominus...* «Mal que pese al infierno, Jesús, Tu sólo eres Señor de señores...»

«Jesús dijo en Paray-le-Monial: ¡Reinaré por mi divino Corazón!... pero –preguntareis– ¿y sus incontables enemigos? pues por promesa del Señor, reinará a pesar de todos ellos, sea dispersándolos, como la paja aventada por el viento, sea convirtiéndolos por la omnipotencia de su misericordia infinita.» Terminó pidiendo a su auditorio que de rodillas le acompañara en esta su plegaria en nombre de España: «Jesús Sacramentado, en presencia de la Reina Inmaculada y a la faz del cielo que te adora, en este cielo del Sagrario, en reparación solemne del gran pecado de apostasía social de los que callan, de los que otorgan, de los que tiemblan, de los que olvidan, de los que traicionan, de los que persiguen, nosotros, tus amigos, tus apóstoles, queremos reconcerte pública y socialmente, en nombre de nuestros hogares, *como el único Señor y Maestro, y como la fuente única de todo poder, de toda virtud, de toda verdad, de toda belleza.*

«En esta hora solemne, Jesús pon atento tu adorable Corazón al clamor de adoración de tus hijos que, en nombre de España, te dicen:

No reconoceremos un orden social sin Dios; *¡la base del orden social es tu autoridad Jesús!, afir-*

mación que pedía repitiera la multitud de oyentes que abarrotaba el templo.

No reconoceremos las mentidas leyes de un progreso sin Dios; *¡La ley del verdadero progreso es la tuya, Jesús! (todos)*

No reconocemos las utopías de una civilización sin Dios; *¡El principio civilizador es tu doctrina, Jesús! (todos)*

No reconocemos una ficción de justicia antojadiza sin Dios; *¡La justicia integral eres Tú, Jesús! (todos)*

No reconocemos una libertad en oposición a Dios; *¡El único libertador eres Tú, Jesús! (todos)*

No reconocemos una fraternidad sin Dios; *¡la única fraternidad de amor es tu obra, Jesús! (todos)*

No reconocemos autoridad alguna en contra de Dios; *¡El fundamento de la autoridad es tu ley, Jesús! (todos)*

No reconocemos, en fin, un amor que olvide u ofenda a Dios; *¡El amor increado eres Tú, Jesús! (todos)*

¡Corazón divino de Jesús, venga a nos tu reino!
Amén.

«La primera verdad que hoy precisamos conocer es que Jesucristo es Rey, y que su realeza es social.»

El tercer día expuso el padre Mateo el tema del Reinado oficial y público del Corazón de Jesús en la nación española: «Mañana viernes veremos el triunfo espléndido del Señor en el Tabor que Él mismo se ha elegido en tierra española... con ello quiere alentar a los tímidos, reavivar la fe de muchos de sus amigos desanimados, como los discípulos de Emaus. ¡Son tantos los buenos, pero pobres de fe, y más pobres aun de amor y de confianza que han desmayado en la lucha ante la insolencia aparentemente victoriosa de la impiedad, y el silencio –siempre fecundo– del Señor que parece dormitar en la barca del Sagrario, pero cuyo Corazón vela amorosamente!

»La primera verdad que hoy precisamos conocer es que Jesucristo es Rey. Y que su realeza es social. Y digo social porque no puede seguir siendo el Rey de vergüenza que tantos tímidos pretenden, Rey oculto en el fondo del Sagrario, Rey sin vasallos ni dominios, Monarca olvidado en el polvo de la sacristía. ¡No! Si es Rey en su Eucaristía debe irradiar como un Sol, dominando desde la Hostia la sociedad y el mundo. No sólo el fuero interno y el secreto de la conciencia, sino también y claramente la conciencia pública y la vida social y nacional.

»... La constitución social de España la forman, sobre todo, dos piedras de granito que son: el hogar cristiano y la escuela confesional católica, que son los manantiales que surten de vida cristiana al pueblo español... y que por la misericordia de Dios, en la inmensa mayoría de las familias y de las escuelas españolas son todavía herencia reconocida de nuestro Señor Jesucristo. Pero ¡velad españoles, porque el enemigo está al acecho! La hermosura moral de vuestro pueblo está provocando la cólera satánica de la hidra que acecha y quisiera morder con mordedura mortal el corazón de España ...y el enemigo está dentro de la plaza...»

¿Cuál será la exclamación vibrante de cuantos estemos mañana presentes en el Cerro de los Ánge-

les o en los templos grandes y pequeños de España entera? Ya la adivino, será una sola voz que diga «¡Queremos que Este, Jesucristo, reine sobre nosotros!» Sí, «¡Es preciso, urge, que Cristo reine!»... «¡Venga a nos tu reino!»

«Los reyes y gobernantes podrán conculcar las tablas de tu Ley, pero al caer del sitio del mando a la tumba del olvido, tus súbditos seguiremos exclamando: ¡Viva tu Sagrado Corazón!»

Terminó exhortando a que todos en voz alta repitieran con él: «Los reyes y gobernantes podrán conculcar las tablas de tu Ley, pero al caer del sitio del mando a la tumba del olvido, tus súbditos seguiremos exclamando: ¡Viva tu Sagrado Corazón!»

Los legisladores dirán que tu Evangelio es una ruina y que es deber eliminarlo en beneficio del progreso, pero al caer despeñados en la tumba del olvido, tus adoradores seguiremos exclamando: ¡Viva tu Sagrado Corazón!

Los malos ricos, los altivos y los mundanos dicen que tu moral es de otro tiempo, que tus intransigencias matan la libertad de conciencia, pero al confundirse con las sombras de la tumba, tus hijos seguiremos exclamando: ¡Viva tu Sagrado Corazón!

Los heraldos de una civilización materialista, lejos de Dios y en oposición al Evangelio... morirán un día envenenados por sus maléficas doctrinas, y al caer a la tumba maldecidos por sus propios hijos, tus consoladores seguiremos exclamando: ¡Viva tu Sagrado Corazón!

¡Oh!, sí, que viva. Y al huir Luzbel, el ángel de tinieblas, de los hogares, de las escuelas, de los pueblos, al hundirse eternamente encadenado a los abismos, tus amigos seguiremos exclamando: ¡Viva tu Sagrado Corazón!

¡Viva en el triunfo de tu Eucaristía y de tu Iglesia! ¡Viva por siempre tu Sagrado Corazón!

¡Corazón divino de Jesús, venga a nos tu reino!... Amén.»

«Su Santidad se ha regocijado en gran manera por ese acto tan hermoso, que es a la vez un elocuente testimonio de la fe, de la piedad de la noble nación española y su Rey, y un magnífico triunfo del Corazón sagrado de Nuestro Redentor, que ardientemente desea y debe reinar en los individuos y en las familias, en las naciones y en los pueblos, para ser su verdadera felicidad...»

Benedicto XV, 14 de julio de 1919

Consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús

*Texto de la consagración, leído por Alfonso XIII
en el Cerro de los Ángeles, el 30 de mayo de 1919*

Corazón de Jesús Sacramentado, Corazón del Dios Hombre, Redentor del Mundo, Rey de Reyes y Señor de los que dominan:

España, pueblo de tu herencia y de tus predilecciones, se postra hoy reverente ante este trono de tus bondades que para Tí se alza en el centro de la península. Todas las razas que la habitan, todas las regiones que la integran, han constituido en la sucesión de los siglos y a través de comunes azares y mutuas lealtades esta gran patria española, fuerte y constante en el amor a la Religión y en su adhesión a la Monarquía.

Sintiendo la tradición católica de la realeza española y continuando gozosos la historia de su fe y de su devoción a Vuestra Divina Persona, confesamos que Vos vinisteis a la tierra a establecer el reino de Dios en la paz de las almas, redimidas por Vuestra Sangre y en la dicha de los pueblos que se rijan por vuestra santa Ley; reconocemos que tenéis por blasón de Vuestra Divinidad conceder participación de Vuestro Poder a los Príncipes de la tierra y que de Vos reciben eficacia y sanción todas las leyes justas, en cuyo cumplimiento estriba el imperio del orden y de la paz.

Vos sois el camino seguro que conduce a la posesión de la vida eterna: luz inextinguible que alumbrá los entendimientos para que conozcan la verdad y principio propulsor de toda vida y de todo legítimo progreso social, afianzándose en Vos y en el poderío y suavidad de vuestra gracia, todas las virtudes y heroísmos que elevan y hermocean el alma.

Venga, pues, a nosotros tu Santísimo Reino, que es Reino de justicia y de amor. Reinad en los corazones de los hombres, en el seno de los hogares, en la inteligencia de los sabios, en las aulas de la Ciencia y de las Letras, y en nuestras leyes e instituciones patrias.

Gracias, Señor, por habernos librado misericordiosamente de la común desgracia de la guerra, que tantos pueblos ha desangrado; continuad con nosotros la obra de vuestra amorosa Providencia.

Desde estas alturas que para Vos hemos escogido, como símbolo del deseo que nos anima de que presidáis todas nuestras empresas, bendecid a los pobres, a los obreros, a los proletarios todos para que en la pacífica armonía de todas las clases sociales, encuentren justicia y caridad que haga más suave su vida, más llevadero su trabajo.

Benedicid al Ejército y a la Marina, brazos armados de la Patria, para que en la lealtad de su disciplina y en el valor de sus armas sean siempre salvaguardia de la Nación y defensa del Derecho. Bendecidnos a todos los que aquí reunidos en la cordialidad de unos mismos santos amores de la Religión y de la Patria, queremos consagraros nuestra vida, pidiéndoos como premio de ella el morir en la seguridad de Vuestro Amor y en el regalado seno de Vuestro Corazón Adorable. Así sea.

Crónica de la Consagración (1919)

REMIGIO VILARIÑO, S.J. (*El Mensajero del Corazón de Jesús*, núm. 403, julio de 1919)

El plan de la fiesta

Consagrarse España al Corazón de Jesús, parece que no lo puede hacer enteramente si no lo es por la voz de su soberano.

Estamos, por desgracia, en tiempos en que los soberanos no lo son siempre ni para todo lo que quieren por justo y noble que sea.

¿Podríase esperar que el Rey de España asistiese a la fiesta?

-¿Asistirá V. M. a la inauguración del monumento?

-No hay dificultad.

Había que dar un paso más. ¿Quién leería delante de Su Majestad el acto de Consagración? ¿Sería decente que ante él llevase la voz y representación de España otro cualquiera por eminente que fuese, y que el Rey callase mientras otro consagraba a su nación a Jesucristo?

-¿Leerá V. M. el acto de consagración?

-Sí, por cierto.

Ya estaba todo. Así debía hacerse y así se haría.

Se tenía ya lo principal. Fuera de esto que asistiese poca o mucha gente, que el acto fuese así o de otra manera, que se cantase esto o lo otro, que en fin, fuesen estas o las otras las fórmulas, ¡importaba tan poco!... Como el monte de los Ángeles se yergue y distingue sobre la llanura, así se distinguiría sobre todo lo demás la figura del Rey y se escucharía entre todas mucho más alto su voz augusta.

La ejecución

Hasta se procuró que fuera de esto no hubiese otras magnificencias que distrajesen la atención de lo principal.

Se dio poca publicidad al anuncio del acto, sólo la necesaria; se prescindió de dar facilidades a la concurrencia; se invitó sin profusión y hasta con parsimonia; casi nos disgustábamos de que no se hiciese mayor propaganda. De haberse hecho abierta propaganda se hubiera desbordado el pueblo y se hubiera tropezado con muchas dificultades.

Se prefirió proceder por otro sistema. Se invitó a que todos los españoles, sin moverse de sus parroquias o de sus pueblos se uniesen espiritualmente al acto, haciendo cada cual en su iglesia el mismo acto que se había de hacer en el Cerro de los Ángeles, como en efecto se hizo en muchísimas partes de España.

Llegado, pues, el día de san Fernando, aniversario de la boda del rey, a media mañana, una no interrumpida fila de autos, de coches de varias cla-

ses, de cabalgaduras y hasta de carros se dirigía al Cerro, distante de Madrid unos quince kilómetros. Por el tren, en distintos viajes, llegaron también bastantes a Getafe, de donde tenían que andar al Cerro unos dos kilómetros.

A poco de salir de Madrid se presentaba el Cerro como un altar gigante en medio de la llanura. Acercándose un poco más se veía la ermita de la Virgen de los Ángeles. Acercándose más todavía se distinguía bien el monumento y la estatua de Nuestro Señor. Extendida por el viento hacia ella una gran bandera española presentaba el emblema de la patria que miraba hacia Jesucristo y se extendía hacia Él como deseando besarle y envolverle y abrazarle.

El silencio aumentaba en el corazón envolviendo mil vagos pensamientos.

La subida se hizo con mucho orden gracias a las acertadas disposiciones que se tomaron. Llegó toda la gente, que se fue replegando en las sillas que en número de tres mil se habían dispuesto ordenadamente. Llegó la nobleza, los caballeros con sus uniformes, los Grandes con sus insignias, los Prelados con sus capisayos, comisionados y representantes de muchas asociaciones, los ministros todos menos el de Hacienda que estaba enfermo.

Llegó para hacer guardia y presentar honores el Regimiento del Rey que se situó al lado del monumento.

A las once y media en punto se izó en la tribuna regia, formada de tapices, el pendón morado de Castilla, y aparecieron los reyes en medio de aclamaciones y vivas al rey cristiano que venía entonces como nunca en nombre de su Nación. Estaba el rey vestido de capitán general de media gala, cruzado al pecho por la banda de Mérito militar roja, y por el Toisón de Oro, el gran collar de Carlos III y la venera de las Órdenes militares.

Junto al Rey estaban las reinas y los infantes e infantas.

La fiesta

Al punto el Señor Nuncio de Su Santidad bendijo el monumento revestido de Pontifical. Luego el señor obispo de Madrid-Alcalá comenzó la Santa Misa. Imponente fue el acto de la elevación por vez primera en aquel altar puesto al pie del monumento, mientras la banda saludaba con la marcha real al Rey de reyes, que no ya en imagen, sino realmente presidía desde entonces nuestra reunión y venía a recibir nuestra Consagración.

Terminada la misa se dio la bendición papal que concedía el Santo Padre.

Y llegó el momento más augusto de toda la ceremonia, el momento por el cual estábamos allí todos congregados en medio de España.

La consagración

Subió lleno de serena majestad el Rey las gradas del monumento hasta el pie del altar. Recibió un pergamino que le ofreció el Duque del Infantado con la Consagración. Puesto de rodillas al lado de la Epístola y apoyado en su sable presenció reverente la Exposición del Santísimo Sacramento. Terminado el *Pange Lingua*, permaneciendo todos de rodillas, alzose únicamente el Rey y vuelto hacia el Santísimo y ligeramente también a su pueblo que le rodeaba y le escuchaba, pronunció el acto de consagración.

El silencio se oía; y en medio de él únicamente sonaba la voz del Monarca, sencilla, acompasada, pero marcada y firme, la cual era ansiosamente bebida por todos los circunstantes, que con el oído al aire, con la expresión de la mirada, con el leve gesto de anuencia iba, según leía el Rey, aprobando cada una de sus frases.

Todas eran sinceras, y todas verdaderas.

El comienzo, sencillo, el más apropiado que se pudo escoger para tales labios y en tal ocasión.

«Corazón de Jesús Sacramentado, Corazón del Dios Hombre Redentor del mundo, Rey de Reyes y Señor de los que dominan:» Era verdad...

Seguía: «España, pueblo de tu herencia y de tus predilecciones, se postra hoy, etc.» Era verdad también.

«Sintiendo la tradición católica de la realeza española, y continuando gozosos la historia de su fe y devoción a Vuestra divina Persona, confesamos, etc.» Era consolador escuchar esto de los augustos labios.

«Venga, pues, a nosotros vuestro Santísimo Reino, que es reino de justicia y de amor.» Al llegar aquí parecióme que muchos a mi lado lo repetían así en voz baja. «Reinad en los corazones de los hombres, en el seno de los hogares, en la inteligencia de los sabios, en las aulas de la ciencia y de las letras, y en nuestras leyes e instituciones patrias.» ¿Quién no asintió, aun sensiblemente, a todo esto?

«Gracias, Señor, por habernos librado misericordiosamente de la común desgracia de la guerra, que tantos pueblos ha desangrado.» Esto lo entendían todos admirablemente, pero mejor que nadie las madres. «Continuad con nosotros la obra de vuestra amorosa Providencia.» Y esto lo repetían seguramente todos los que escuchaban.

«Desde estas alturas que hemos escogido para Vos, como símbolo del deseo que nos anima de que presidáis todas nuestras empresas, bendecid a los pobres, a los obreros, a los proletarios, para que la pacífica armonía de todas las clases sociales encuentre justicia y caridad que haga más suave su vida, más llevadero su trabajo. Bendecid al Ejército y a la Marina, para que en la lealtad de su disciplina y el valor de sus armas sean siempre

salvaguardia de la nación y defensa del derecho. Bendecidnos a todos, etc.»

La bandera española al otro lado del altar, fuertemente azotada por el viento, era el único rumor que a su Rey acompañaba. Su Majestad el Rey de la tierra sobresalía sobre todos los demás al lado de Su Majestad el Rey del cielo, que ocupaba el trono del altar.

Sin querer en aquellos momentos el rey aparecía tanto más grande cuanto más se humillaba ante Jesucristo, y sobre todo mucho más querido y mucho más respetado que cuando recibe los homenajes de toda su corte y de todo su gobierno.

Entonces se respetaba al rey... y se le amaba.

La procesión final

España estaba consagrada al Corazón de Jesús. Había hecho su besamanos ante el Monarca del Universo en el altar trono erigido en medio de España, y ya el Señor iba a retirarse de entre nosotros. Le acompañaron en procesión los más nobles de la concurrencia, y recogiendo nuestras amantes miradas, pasó por en medio de todos por la calle a lo largo del Cerro, desde el monumento hasta la ermita.

Sencillo, pero solemne paso.

Conducía la custodia el Eminentísimo Cardenal Primado.

Llevaban las varas del palio el infante don Carlos, el ministro de la Guerra, el duque del Infantado, el marqués de Aguilafuente, el vizconde de Val de Erro y el duque de Vistahermosa.

Seguían los Prelados, la Familia Real, el Gobierno, las Ordenes militares, representantes de la guarnición de Madrid, una comisión de Artillería de Getafe y de la junta de Acción Católica, presidida por el marqués de Comillas.

La ondulada procesión cubría el Cerro. Por un lado resonaba el *Tantum ergo*, por otro el *Pange Lingua*, por otro la Marcha Real, por otro el Himno Eucarístico. Y en todos los corazones el himno de acción de gracias, y el aleluya del gozo religioso y patriótico.

Desde la altura de la ermita se nos dio la bendición con el Santísimo a los ecos lejanos de la Marcha Real.

-Puede ya retirarse Su Majestad- cuentan que le dijeron al Rey.

-No,- respondió Su Majestad, -le acompañaremos hasta que quede reservado en su sagrario.

Y le siguió hasta la iglesia como antes.

[...]

Por toda España

Mientras nosotros hacíamos la consagración en Los Ángeles, en toda España en sus parroquias y conventos la hacían también con nosotros millones de españoles, y, hecha, entonaban en acción de gracias el *Te Deum* que tan en su punto estaba en esta ocasión.

¿Qué católico de España no se llenó de júbilo en ese día y no lloró cuando menos con lágrimas

del corazón al ver consagrado todo el reino al Rey de Reyes Jesucristo Nuestro Señor, y entronizado en toda España al Corazón de Jesús?

Todos, todos de cualquier opinión y bando que fuesen, alabaron y aclamaron, sin duda, esta hermosa manifestación de fe.

Pero sobre todo, seguramente, el Corazón de Jesús la recibió con alegría y gozo divino. Y la Reina Madre, la Virgen Inmaculada, Patrona de España, que tanto la quiere, y que no ha podido prescindir de colocar su imagen en el mismo trono que a su Hijo, como intermediaria entre Él y nosotros, sin duda, que llevó alborozada, según es su oficio de medianera nuestra, las palabras del Rey y de toda España al trono de su Hijo.

Los espantados

Mientras tanto, los enemigos de Cristo, los revolucionarios, los amigos de la revuelta, de la guerra, del odio, de la sangre del pueblo que ha corrido por su causa a torrentes, cuantas veces engañándole lo han lanzado a las calles, esos se encontraron espantados, porque cuando no lo creían surgió España con su Rey, valiente y católica a decir a Jesucristo, que aunque otra cosa digan los intelectuales, España le quiere y le querrá.

Parece mentira cuánto espantan y cuánto irritan a esos infelices nuestras pacíficas demostraciones de amor a Jesucristo.

A tan sencillo acto como este, le llamaron provocación, fanatismo, anacronismo, ... lo ridiculizaron, lo insultaron, y lo que es peor, lo blasfemaron.

Caiga sobre esos insensatos e impíos, no la maldición de Dios, sino la luz del fuego del Corazón de Jesús, para que le conozcan y le amen como nosotros.

¿Para qué pedir mayores maldiciones para ellos que la que tienen de no amar a Jesús? ¡Oh Señor!, decía san Agustín, ¿me amenazas con castigos si no te amo? Pero ¿acaso hay mayor mal que no amarte?

Aunque en verdad, no sé de qué se espantan los que piden libertad para todas las ideas; de que un rey católico oficialmente consagre oficialmente a una nación que oficialmente es católica. Ni entiendo que daño recibe ningún español de este acto por el cual se enojan tanto.

¿Pastoral o discurso de la Corona? pregunta-ba un diario a propósito del acto de consagración!... Ni lo uno ni lo otro. Pero si fuese un discurso de la Corona, si fuese el párrafo principal de todos los discursos de la Corona, nadie pudiera con razón reprenderlo.

Reino

En el pedestal sobre que se levanta el Corazón de Jesús, se lee, no ya REINARÉ, como dijo Jesús al P. Hoyos, sino REINO.

¿Es verdad que reina?

Puesto que Su Majestad el Rey de España, suprema autoridad de España, pública y solemne-

mente le ha reconocido como Rey, puede decirse que REINA de alguna manera y verdaderamente.

Sin embargo, hay tantos rebeldes aún y tantos indiferentes en este reinado, que queda aún mucho que hacer hasta que reine realmente en todas las regiones españolas.

Digo esto para que nuestros lectores no se duerman en la almohada de la confianza, que es la almohada de los desengaños. Y para que piensen que esa palabra escrita en el centro de España nos urge y nos obliga a trabajar como verdaderos devotos del Corazón de Jesús para que todas las regiones españolas amen a Jesús teórica y prácticamente, y para que como pedía Su Majestad con voz sentida y honda reine el amor de Cristo en los corazones de los hombres, en las familias españolas, en las inteligencias de los sabios, en las cátedras, en las letras, en las leyes, y en todas las instituciones patrias. Eso, eso hay que procurar a toda costa. Y porque el acto de Los Ángeles significa todo eso y tiene esa tendencia, por eso, sin duda, rugen como rugen los anticlericales, a pesar de toda la inocencia del acto.

Nosotros, al subir el Rey al altar a leer la Consagración, interiormente rezábamos la preciosa oración que para orar por el rey nos dicta la Iglesia:

«Te rogamos, omnipotente Dios, que tu siervo Alfonso, nuestro rey, que por tu misericordia ha tomado el gobierno de nuestro reino, reciba también aumento de todas las virtudes, para que, adornado de todas las necesarias, pueda escapar de los monstruos de los vicios y llegar lleno de gracia a ti, que eres camino, verdad y vida. Por Nuestro Señor Jesucristo. Amén.»

A él Señor, y a su esposa, y a sus hijos, y a su madre que asiste conmovida, dales el premio de esta profesión pública que hoy te hace y de este homenaje que te rinde ante sus vasallos de fe y de amor sincero.

Y al ver a los ministros de pie frente al altar escuchando el acto de su Rey, también interiormente suplicaba y decía al Corazón de Jesús:

«Oh Señor, danos alguna vez gobierno que mire por nosotros, por tu pueblo; gobierno que tenga sincera voluntad de salvar y mejorar a su patria. Cerrad el camino a todos los que quieran escalar el gobierno sin más ideal que pasar por toda la nación pateándola en provecho y regocijo propio. ¿No encontraréis en España una docena de varones sinceros, fieles, prudentes, valientes y constantes que saquen al camino de la civilización a esta nación insigne atollada en los barrizales de las políticas egoístas?

«Oh Señor, dad a nuestro pueblo sentido común, y a nuestros gobernantes sinceridad, prudencia, energía y constancia. Y como fundamento de todo ello un claro conocimiento de tu doctrina y un amor verdadero de tu nombre.

«Así reinarás. Nosotros hoy hemos hecho lo que podemos. Haz tú que cada día podamos más y lo queramos. Para que ese REINO nunca se borre, antes cada día se cumpla más plena y perfectamente según tu promesa.»

El Cerro de los Ángeles y santa Maravillas de Jesús: «Me lo pedía a gritos»

JAVIER JAURRIETA, HNSSC

El Cerro de los Ángeles

CUALQUIERA de nosotros que pasa por las carreteras que hacen la circunvalación de la capital de España se puede fijar en el Cerro que muestra la silueta del Corazón de Cristo cual bandera que invita a la confianza porque vela por nosotros el centinela de la Misericordia. Y junto a ese monumento al corazón de Jesús se sabe que hay unas almas que se consumen en adoración y entrega constante y silenciosa.

Después del Congreso Eucarístico de 1911 surge un movimiento de devoción hacia Nuestro Señor que se concreta en la construcción por suscripción popular de un monumento al Sagrado Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles en Getafe-Madrid y la consagración de España al ese divino Corazón.

El gran apóstol del Corazón de Jesús que fue el padre Mateo Crawley del que se dice en la capilla de Paray-le-Monial: «En esta capilla, donde Jesús prometió que iba a reinar por su Corazón, el P. Mateo Crawley-Boevey, de la Congregación de los Sagrados Corazones, el 24 de agosto de 1907, recibió la misión de organizar una Cruzada Mundial para el Reinado Social del Sagrado Corazón, por medio de la entronización de los hogares». Fue alentado por todos los papas desde san Pío X, y llamado por Pablo VI «El Apóstol Moderno del Sagrado Corazón» Organizó la preparación espiritual con las predicaciones en la iglesia de los Jerónimos en Madrid y apoyado por el obispo de esa ciudad.

Fruto de toda esta devoción surge el monumento y la Consagración de España al Corazón de Jesús: *Soberano Señor, Jesús sacramentado; Rey de Reyes y Señor de los que Ddminan. Ante vuestro augusto trono de gracia y de misericordia, se postra España entera, hija muy amada de vuestro Corazón. Somos vuestro pueblo. Reinad sobre nosotros.*

Después de este acto tan significativo, obra de la verdadera fe y devoción de un pueblo, el Cerro de los Ángeles y su monumento quedó un tanto en el olvido. Fruto de este olvido vinieron las grandes tempestades que se producen en los pueblos siempre que se apartan del dulce y suave yugo de Cristo porque como dice el salmo 72 «Sí. Los que se alejan de ti se pierden».

El Corazón de Jesús entra en el corazón de Maravillas

No muy lejos de Madrid, en un convento de la orden del Carmen, una novicia que llamada por el amor del Señor quiere desposarse con Él, escucha en el locutorio de El Escorial que el Corazón de Jesús está abandonado; y por las mismas fechas de 1923 en su interior se le representa el Corazón de Jesús pidiéndole a gritos que alguien acompañe su soledad, que haya corazones que hagan las delicias del Corazón de Jesús. Que Consuelen a ese divino Corazón, que sean el bálsamo que cure las heridas del odio y el pecado. Que sean la fuerza de la oración que salve a España.

Así la madre Maravillas, santa María Maravillas de Jesús, entra en la historia del Cerro de los Ángeles y lo que es más importante y trascendente para su santidad y para la historia de España, el Corazón de Jesús configura toda la vida y vocación de esta santa fundadora carmelita.

Tales son los gritos que expresan ese deseo del Corazón de Jesús que la madre Maravillas no puede resistirse. Consultados eminentes pastores como el padre Crawley, el padre Torres, el carmelita Juan Tomás o el obispo de Madrid, todos entienden que es voluntad del Señor que elija a quien quiere para lo que Él quiere. Y quiere a la hermana Maravillas en el Cerro, quiere su amor, quiere su consuelo...

La madre Maravillas recuerda aquella lectura que en el refectorio le golpeó el corazón: a los que se ocupen de la devoción a mi Corazón, yo escribiré su nombre en Él, en cambio yo negaré a quien me niegue. Ya no puede resistir más. ¿Estar ella fuera de ese corazón que tanto ama a los hombres? He aquí la respuesta que el padre Crawley envía a la Madre Maravillas: *¡Sí, manos a la obra! Es preciso que el Sagrado Corazón entronizado tenga una lámpara viva que adore, repare y ame en nombre de la Nación. Y ¿Quién mejor que un monasterio de carmelitas? No pierda V.R. el tiempo, hable, busque apoyo, muévase y no se amilane ante las dificultades pues las encontrará. No olvide que toda obra divina debe ser marcada con la Cruz. Con ella, adelante, si, realice cuanto antes dicho proyecto. La gloria y los deseos del Corazón de Jesús lo exigen.*

Cuando la madre Maravillas comienza a seguir este deseo del Corazón de Jesús, comienzan las dificultades, ya en el mismo Carmelo de El Escorial, pero el Señor, celoso de su gloria, va sacando adelante su obra. Una obra, que por el consejo del padre Mateo tiene como estrella a santa Teresita del niño Jesús *Ponga como Patrona y estrella de esta Fundación a la encantadora Teresita del Niño Jesús, maravillosa en su valimiento: ¡Hágala querer!* Así que tanto la madre maravillas como las demás hermanas que sintieron esta llamada del corazón de Jesús encomendaban todo a esta santa con la jaculatoria: «Teresita, te bendecimos desde la tierra, ayúdanos tu desde el cielo» no las defraudó porque en el año 1924, ¡23 años después de la consagración! llega la carta de la sede apostólica apoyando la fundación del carmelo en el Cerro de los Ángeles a los pies del Corazón de Jesús.

Madre Maravillas a los pies del Señor

EL 19 de mayo de 1924, y portando en andas, procesionalmente una imagen del Corazón de Jesús ya que Él era el fundador de este Carmelo, llegan al cerro de los ángeles. Llegan con un solo fin: arder, arder de amor a Jesús, arder a los deseos de su Corazón, especialmente a su deseo de reinar en España. Mientras van llegando al cerro se les oye cantar: «Corazón santo, tu reinarás, tu nuestro encanto siempre serás...» es aquí donde la unión especial del Corazón de Jesús con la madre Maravillas comienza a fructificar con un carisma concreto, singular, deseado por el mismo Jesús: Arder de amor, reparar su sagrado corazón, salvar a España por la oración, silenciosamente, fielmente.

Este carisma singular que señala los carmelos de la madre Maravillas está recogido en la plática que el padre Mateo dirigía a las monjas en el Cerro de los Ángeles:

Sed en espíritu y en verdad la lámpara, esto es el aceite de caridad que se evapora y muere por la fuerza de una llama divina, abrasadora, loca... lámpara que suplique y repare... lámpara que alabe que ame y que adore... ah pero sobretodo lámpara que sin extinguirse se consuma en el sublime apostolado de Nazaret, de Getsemaní, y de Jesús Hostia... el de un martirio de amor oculto y silencioso, apostolado maravillosamente fecundo de vuestra Madre Teresa, de vuestra hermana Teresita... como ambas amad. ¡Oh! morid cantando de amores... sí, morid de amor para alcanzar su reinado íntimo y social en la España de su divino Corazón... Adveniat...

Y el padre Silverio, general de la orden del Carmen les dice: sean lámparas encendidas ante el Sa-

grado Corazón que le desagracien de tantas ofensas, y hagan llover lluvia de gracias y bendiciones para España.

Con este espíritu de consagración y de reparación llegan once carmelitas en el día de Cristo Rey de 1926 a las gradas del monumento al corazón de Jesús, se postran en profunda adoración y renuevan su consagración a aquel que les ha llamado ser bálsamo que cure su corazón herido por los pecados, a aquel que les ha llamado a ser corazones que sean las delicias del suyo.

Ya desde esta fecha arden junto al Corazón de Jesús los corazones de las carmelitas, implorando la divina misericordia para ellas y para España a la que amenazan con furia las fuerzas destructoras del mal espíritu.

Santa Maravillas de Jesús, a la sombra de su querido monumento va entregando su vida cada vez más agradecida por la vocación que Dios le ha dado en la que todo el amor de su Corazón es ese Dios tan inmenso a quien ella querría amar con todo el amor posible aquí en la tierra. Cuando contempla el monumento siente un gran consuelo y esperanza, y en su interior surge la súplica: no permita el señor que lo toquen. La Madre, sentada en el poyo de su ventana desde donde contempla el monumento, pasa horas y horas en conversación con su divino esposo y en esas horas de amistad concibe una idea que indica hasta que punto ha calado el amor del divino Corazón en su alma: escribe al padre general consiguiendo permiso del Papa para salir de clausura en el caso de la necesidad de defender el Monumento. Este gesto configura todo el carisma de santa María Maravillas: inmolarse por Dios, reparar las ofensas que se le hacen, evitando el pecado y compartiendo con el Señor sus padecimientos, ofrecer su vida para que ante las ruinas de la civilización del pecado y de la muerte surja la tan deseada civilización del amor, el reinado social del Corazón de Cristo, que no es otro el fruto de la reparación al Corazón de Jesús.

Cuando los sicarios de la revolución quieren destruir la fe de España, el día 22 de mayo, suben al Cerro y allí detienen a las monjas, ellas se despiden brevemente del Corazón de Jesús *«que decirles la impresión que sentimos al vernos a los pies de ese Corazón divino, bajo cuya mirada tantos años habíamos vivido y al que iban enderezados todos los latidos de nuestros corazones. Solo vivíamos allí por Él, para custodiarle, desagraciarle y acompañarle y ahora nos obligan a separarnos...»*

Presas en Getafe no se olvidan del monumento, siguen velando al Señor, pero el 7 de agosto entre horribles blasfemias cae fusilado el Corazón de Jesús. Dice la madre Maravillas: *Si han derribado su trono, que cada una levante un trono en su propio*

corazón, donde pueda mandar, gobernar su divina voluntad en todo» ¡qué pena no ser toda del Señor en estos momentos que está tan perseguido, qué pena no amarle con locura para hacerle olvidar las ofensas que le hacen las criaturas!»

Pasada la guerra, suben de nuevo las carmelitas al Cerro de los Ángeles, ya no les acompaña el monumento, suben entre las ruinas que ha dejado a su paso el odio a Jesucristo, y al llegar cantan: «Rey de los siglos, Rey vencedor, que reine en nuestra España tu amante Corazón».

En 1939 se hace un acto de desagravio y reparación por el horrible ultraje que se ha hecho a nuestro Señor en el Cerro, de ahí surge la idea de volver a hacer un nuevo monumento a su amor, por ello comienzan los albañiles a retirar escombros e ir poco a poco preparando otra vez la bandera de la misericordia, mientras tanto cada día ondea en medio de las ruinas una bandera de España en la que en medio está el corazón de Jesús, tal y como quería el señor y se lo pidiera a santa Margarita María de Alacoque.

Los carmelos, gritos del Corazón de Jesús, sus delicias

EN otoño de 1940 está el P. Torres paseando por las ruinas del monumento cuando descubre la piedra que había sido el corazón del monumento: Esta piedra, que la Madre llamará la santa reliquia hace las delicias de santa Maravillas. La trasladan a clausura, donde todavía se conserva. Allí esta el Corazón donde iban enderezados todos sus anhelos, ahí esta, despreciado, deshecho de los hombres...pero amando, amando sin cesar. Pudo el odio destruir el monumento, pero no pudo herir su corazón: siete balas lo rodean pero ni una sola lo ha golpeado: «*Es que no sé lo que nos pasa a todas que no pensamos en otra cosa y ¡da una devoción estar junto a esta santa reliquia! No le puedo decir como nos atrae, y realmente nos fascina cada día más y procuramos rodearle de muy grande amor que le haga olvidar tantas ofensas que ha recibido*». Y desea mandar a cada una de sus hijas una estampa del Corazón de Jesús rodeado de los balazos para que en sus breviarios mueva su amor de tal manera

que «le hagan olvidar lo pasado a fuerza de amor verdadero».

De la piedra de la santa reliquia quiso la madre Maravillas que se hicieran pequeñas copias, una para cada fundación, ya que cada Carmelo que fundaba era un deseo de ese Corazón que un día se le representó y le pidió a gritos esa entrega incondicional, de reparación, intercesión y desagravio para que Él reine. Carmelos que sean las delicias de ese Corazón. Porque lo único importante es cuidar la intimidad de Jesucristo. Así como la piedra al ser profanada cayó por tierra y estalló en mil pedazos, así el amor reparador estalla en cada nueva fundación que hará las delicias del divino Corazón.

«*Espero ha de tener ahí sus delicias*» escribe a Duruelo, y a Arenas de San Pedro: «*¿Qué mejor manera que el Señor encuentre sus delicias en consagrar a la Virgen un Carmelo?*», y a Aravaca «*No sufre el corazón dejar de decirles lo que es para nosotras ese 20 de junio, octava del Sagrado Corazón de Cristo nuestro bien, en el que tan contento estará este corazón bendito con el regalo que le han hecho de otro conventico donde Él reine y more agrado*».

La madre Maravillas aquí tiene su corazón, aquí esta el corazón de todas sus fundaciones, y cuando tiene que pasar por el cerro dice «*¡que lástima que tenga que ser por tan poco tiempo...pero la cosa es ir, verlas, abrazarlas, y presentar armas al rey...estoy con muchísimas ganas de verlo*».

Y ya al final de sus días, en la aldehuela desde donde se ve la silueta del monumento alienta a sus hijas: «Bueno, hijas, a llenar por completo los deseos del Señor cuando nos llevó ahí con tantísimos prodigios de ese amor infinito».

En el lecho de muerte le preguntan: «¿Madre, todo lo ha cumplido verdad? Sí, todo, todo». Cumplió el deseo que a gritos le pidió ese divino Corazón, ese deseo de consolar, reparar e interceder ante el Señor.

En la madre Maravillas vemos ya el fruto de esta consagración que renovamos en España, en la santidad de su vida, en la fecundidad de su apostolado, en la intimidad de su amor, y en las cruces, incomprendidos y sufrimientos contemplamos realizado en ella lo que el Corazón de Jesús quiere hacer con cada uno de nosotros.



El Corazón de Cristo, revelación del Amor

Pastoral colectiva del Episcopado español en el cincuentenario de la consagración de España al Sagrado Corazón

(25 de mayo de 1969)

Nuestra patria conmemora el 50 aniversario de su consagración el Sagrado Corazón de Jesús, hecha el 30 de mayo de 1919 por el rey Alfonso XIII en el Cerro de los Ángeles con la participación de las autoridades y del pueblo español.

La consagración de España en 1919 fue una de las numerosas respuestas de fieles, familias, asociaciones y pueblos al llamamiento de la Iglesia, deseosa de unir al mundo moderno en el Corazón de Cristo. Cinco naciones de distintos continentes se habían consagrado al Corazón de Jesús entre 1873 y 1900. Nueve actos nacionales confirmaban la consagración del mundo entero que el papa León XIII hizo al empezar el siglo xx, y que la Iglesia universal renueva todos los años el día de Cristo Rey, «para conseguir con más certeza y abundancia los frutos de aquella consagración, y para unir a todos los pueblos en el Corazón del Señor de los señores con la caridad cristiana y la reconciliación de la paz» (Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*).

Al disponernos a celebrar el cincuentenario, los obispos españoles queremos hacer llegar a nuestros hermanos, los hijos de la Iglesia en España, una invitación a renovar aquella consagración solemne y unas palabras de orientación sobre el sentido y las exigencias de la misma.

I. EL CORAZÓN DE CRISTO, REVELACIÓN DEL AMOR

El mundo necesita un verdadero amor. Más que nunca nos acecha el peligro de una desesperanza radical, al ver que el progreso de la técnica y la abundancia de bienes materiales no hacen más feliz al mundo, ya que es innumerable el número de los pobres o insatisfechos, el de los hastiados y desilusionados, el de los que viven sin saber para qué viven. «Los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con un desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano» (GS, 10). El corazón del hombre abandonado a sí mismo oscila siempre entre la engañosa idolatría y la desesperación (cf. LG 16).

Sólo volviendo el hombre a Dios puede aspirar a la paz consigo mismo y con los demás hombres, a un progreso humano auténtico y a la felicidad, fun-

dada en la cooperación fraterna y en la esperanza de una perfecta comunión con Dios.

En esta vuelta a Dios Él mismo se nos ofrece en Cristo como camino. Él se ha acercado a nosotros haciendo que su Único Hijo, Eterno y Omnipotente, por quien fueron hechas todas las cosas, tomara nuestra naturaleza mortal, naciendo de María siempre virgen, muriendo por nuestros pecados y resucitando para nuestra salvación; y que fuera signo visible del Dios invisible y demostración patente del amor infinito que tiene a los hombres, a quienes llama a ser hijos suyos.

El amor de Dios se nos manifiesta en un corazón de hermano, que participa sin privilegio alguno de la condición dolorosa de nuestra vida y la ofrece al Padre en actitud de confiada obediencia hasta la muerte, liberándonos así de la soledad orgullosa y desesperada a que nos condena nuestra propia rebeldía, y devolviéndonos la posibilidad de una comunicación vital con Dios.

La donación de Cristo es total. Aun después de muerto, según el testimonio emocionado del Evangelio, «un soldado con la lanza le hirió el costado y al punto salió sangre y agua» (Jn 19, 34). Esta oblación total de Cristo, nuevo Adán o cabeza de hombres nuevos, da origen a la comunidad de los que viven asociados a su Muerte y a su Resurrección, es decir, con una expresión grata a los Santos Padres: «del costado abierto de Cristo nace la Iglesia».

Cuando el Señor Jesús ya resucitado se manifestó a sus apóstoles en el Cenáculo, «se puso en medio de ellos» y «les mostró las manos y el costado» (Jn 20, 19-20). Los discípulos de Jesús no se verán reducidos a ser un grupo que medita con recuerdo nostálgico las palabras del Señor mientras éste se aleja en el pasado o en la distancia celeste, sino que vivirán de su presencia en íntima comunicación personal. Y en las llagas de las manos y en la herida del costado reconocerán los signos permanentes de la perpetuidad de su amor divino y humano.

Los signos permanentes de las manos y del costado causan en los discípulos, como fruto constante en la Iglesia del amor de Cristo resucitado, gozo y paz: «La paz sea con vosotros». Al mismo tiempo son señales del camino abierto hasta la intimidad del Padre. Tomás penetrará, guiado por ellas, hasta lo profundo del Hombre-Dios: «Señor mío y Dios

mío» (Jn 20, 28). Abierto el costado queda patente y accesible lo más íntimo del misterio de Dios, que es amor: «Dios es caridad» (1 Jn 4, 16).

Viendo el amor de Cristo vemos el amor del Padre. «La pasión de Cristo ha sido la revelación de su amor a través de la oblación redentora de su sangre. Y ha sido la manifestación de la accesibilidad de ese amor a los hombres. Manifestación que significa una invitación a corresponderle con nuestro amor.

II. VALOR ESENCIAL Y ACTUAL DE LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS

1.º PARA NUESTRA VIDA RELIGIOSA

La devoción al Corazón de Cristo nos conduce al núcleo vital de nuestra auténtica relación con el Señor en la Iglesia. Hay una tendencia a hacer de Dios y de Cristo algo abstracto e impersonal, a confundir la religión cristiana con una filosofía humana y secularizada, a fomentar una llamada desmitificación, en la que termina por evaporarse el testimonio de Cristo y el de sus Apóstoles, despojando de todo contenido salvador los dogmas cristianos. Ya no se trata con el Cristo palpitante del Evangelio, el que está con nosotros hasta la consumación de los siglos. ¿Qué le pueden interesar –piensan y dicen no pocos– nuestras reacciones, nuestras actitudes y nuestros pecados? Y, en consecuencia, se cae en el menosprecio del acto religioso o la comunicación directa con Dios, en la secularización como programa, en la crisis de la función del sacerdocio, en la reducción del cristianismo a mero factor de acción temporal.

Saliendo al encuentro de estos peligros, Jesucristo se pone ante nuestros ojos y mostrándonos su Corazón abierto nos podría decir: «¿Por qué me tratáis de manera tan impersonal? ¿Por qué miráis la Redención como una acción organizativa o evolutiva, como si fuese el resultado de una acción colectiva y anónima o de un proceso fatal? ¡Estoy con vosotros y tengo corazón!». Corazón que ama, corazón que es sensible a la respuesta de los hombres. Se renueva en espíritu la aparición de Jesús resucitado a Saulo en el camino de Damasco: «¿Por qué me persigues?... Yo soy Jesús a quien tú persigues» (Act 9, 4-5).

Esta es la novedad de la revelación cristiana. La razón puede llegar al conocimiento de un Dios trascendente y bueno. Pero sólo por Jesucristo se nos ha mostrado que Dios es amor. Y que es amor de persona a persona, pues, como dice san Pablo: «Me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gal 2, 20). El Señor se muestra conociendo a sus ovejas por su nombre, poniendo su habitación en ellas, estableciendo con cada uno de sus fieles una relación

de corazón a corazón dentro de la comunidad de la Iglesia. Corazón sensible a la respuesta de los hombres: la devoción al Corazón de Cristo nos sintoniza con la sensibilidad de aquel corazón que sintió vivamente la ingratitud de los nueve leprosos, la traición de Judas, la muerte del amigo Lázaro, el abandono angustioso en la Pasión.

Y en la carta a los Hebreos se nos asegura que tenemos en el Cielo, en Jesús resucitado, un Pontífice que sabe compadecerse de nuestras debilidades (Hebr 4,15).

La devoción al Corazón de Jesús, reavivando la índole personal de nuestra relación con Dios, contribuirá a enderezar actitudes desviadas, tan perjudiciales para la vida de los cristianos y para la misión de la Iglesia. Si Dios nos ama con un corazón humano, no hemos de permitir que se contradigan o se independicen la vida religiosa de unión con Dios y las demás realidades de la vida humana. En toda actividad moral el hombre se sitúa ante Dios, y su acción repercute en el Corazón de Cristo. Todo problema humano contiene una referencia a Dios. Esta visión no deshace la justa autonomía del orden secular respecto a la organización y a la jurisdicción de la Iglesia; pero sostiene la dependencia esencial de toda criatura respecto a Cristo. La llamada dimensión vertical de la existencia cristiana no se opone a su dimensión horizontal, sino que le da su contenido y su eficacia. Nuestra vida cotidiana ha de ser la proyección de nuestra relación con el Amor de Dios.

Cristo viviente, como ha proclamado el Concilio Vaticano II, es el centro del misterio de la Iglesia y del mismo desarrollo del mundo: «La Iglesia cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro... Él es el punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia humana y de la civilización, el centro de la humanidad, el gozo de todos los corazones, y la plenitud total de sus aspiraciones» (GS. 10, 45).

Por encima de cualquier circunstancia histórica, de cualquier contingencia temporal, el amor que Dios tiene al hombre, y que se nos muestra en Cristo, al que dio un corazón humano para que con él nos amase a los hombres, será nuestra esperanza, nuestro refugio y el modelo de toda vida cristiana.

Con razón Su Santidad Pablo VI, al conmemorarse en 1965 el segundo centenario de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, invitaba a toda la Iglesia, y en primer lugar a los obispos, a mantener sin decaimiento las prácticas de la devoción al Sagrado Corazón, para que «los fieles todos, renovando el espíritu de esta devoción, procuren el debido honor al Sagrado Corazón, reparen con fervorosos obsequios todos los pecados y acomoden su vida a las

normas de una genuina caridad, que es la plenitud de la ley» (*Investigabiles divitias*).

El interés continuamente manifestado por los sumos pontífices se explica porque esta devoción contiene los valores esenciales de la vida cristiana: es, a la vez una síntesis del misterio de Cristo y de la Redención, una penetración hasta las fuentes de la Iglesia y un cauce de los dos mandatos supremos: el amor a Dios y al prójimo por Él.

Por todo ello, exhortamos a los fieles de España a aprovechar esta ocasión para asimilar el verdadero sentido de la devoción al Corazón de Jesús. Es ésta una ocasión propicia para releer y difundir los grandes documentos pontificios sobre la materia, en particular: *Haurietis aquas*, de Pío XII e *Investigabiles divitias*, de Pablo VI.

2.º PARA LA RENOVACIÓN DE LA IGLESIA

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús preservará la autenticidad de la renovación de la Iglesia que el Concilio Vaticano II se propuso impulsar.

Si no nos adentramos hasta el Corazón de Cristo, el cristianismo se reduce a una idea, la Iglesia a una organización, la moral a unas imposiciones. Nos quedamos sin amor, sin el cual nada tiene sentido. A través de las palabras y de los hechos de la vida de Jesús hemos de llegar al fondo mismo de donde palabras y obras proceden. Como dijo Pío XII en la encíclica *Mystici Corporis* y repitió Pablo VI en *Ecclesiam suam*: «Es menester que nos acostumbremos a ver en la Iglesia al mismo Cristo. Porque es Cristo quien vive en su Iglesia, quien enseña en ella, quien por ella gobierna y comunica la santidad. Cristo es también el que de diversas maneras se manifiesta en los diversos miembros sociales de su cuerpo».

Muchas de las desorientaciones, de las impaciencias y desalientos que traban en este momento la acción de la Iglesia tienen como causa última una inadecuada aceptación del misterio de Cristo o una concepción de la Iglesia sin la necesaria relación con la Persona de Jesús nuestro Salvador, hecho hombre. Sin comprender –con esa sabiduría que Dios da a los humildes y niega a los soberbios– a Cristo Jesús, el Señor, mal se puede comprender el misterio de la Iglesia, y peor intentar su renovación y revitalización. Pues la Iglesia es como el sacramento de Cristo (LG 1), que expresa en su naturaleza y existencia histórica la misma realidad del Verbo encarnado (AG 10). Sólo desde el Corazón de Cristo es posible vivir, sin escisiones desgarradoras, la compleja y admirable realidad de la Iglesia, que el Concilio resume con estas palabras:

«Es característico de la Iglesia ser a la vez dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y

dada a la contemplación, presente en el mundo y sin embargo peregrina, y todo esto de suerte que en ella lo humano esté subordinado y ordenado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación y lo presente a la ciudad futura que buscamos» (SC 2).

Sólo en unión con el Corazón de Cristo podemos renovar las formas variables de la Iglesia en función de la misión redentora que de Cristo ha recibido; podemos aceptar el misterio del pecado en los miembros de la Iglesia –red que acoge a buenos y malos–, trabajando con amor y dolor por su purificación; podemos reconocer y amar en lo visible de la Jerarquía la invisible actuación de Cristo Cabeza (PO 2,6).

3.º PARA LA UNIDAD DE LA IGLESIA

Si queremos decir una palabra digna de ser escuchada y realizar una obra portadora de la redención, ante todo y por encima de todo hemos de presentar un claro testimonio de unidad. El mundo creará en el Señor que es la Verdad y en la Iglesia que es su Cuerpo, cuando seamos uno en Él (Jn 17,21); cuando vean cómo nos amamos y cómo tenemos un mismo corazón y un mismo ánimo (Act 4,32).

Unidos por la fe, principio de nuestra concordia, hemos de afirmar las bases de una progresiva unidad. La adhesión a la cabeza visible de la Iglesia que es el Papa y a la Jerarquía episcopal es la garantía de una edificación sólida. Si con nuestras actitudes y palabras destruimos u oscurecemos el testimonio patente de la unidad es porque no alimentamos la unión vital con Cristo. Sólo una íntima vivencia del Misterio de Cristo nos unirá. En la medida en que nos compenetremos con los sentimientos de su adorable Corazón, participaremos de su amor, de su humildad y mansedumbre, y nos encontraremos con nuestros hermanos.

4.º PARA LA ORDENACIÓN CRISTIANA DE LA VIDA SOCIAL

Cada vez necesitamos más «fomentar el sentido interior de la justicia, de la benevolencia y de servicio al bien común» (GS 73). «Es necesario que todos consideren las obligaciones sociales como uno de los principales deberes del hombre de hoy... Esto no puede lograrse si cada hombre y cada agrupación de hombres no cultivan en sí mismos las virtudes morales y sociales y las difunden en la sociedad» (GS 30). En numerosas ocasiones el episcopado español ha exhortado a una progresiva restauración cristiana del orden social, como una de las más urgentes obligaciones de cada uno y de toda la comu-

nidad patria. Esa renovación no podrá hacerse con la generosidad, la profundidad y la integridad requeridas si no está inspirada por el amor que brota del Corazón de Cristo. Desde Él procuraremos renovar a las personas y las estructuras sociales con amor, que es decir con fecunda eficacia y no con irritada y disolvente violencia; podremos defender la justicia sin convertir esa defensa en la máxima injusticia; impulsaremos el desarrollo en todas sus dimensiones, sin truncar el crecimiento de los valores eternos del hombre.

III. SENTIDO DE LA CONSAGRACIÓN DE ESPAÑA AL CORAZÓN DE JESÚS

Podrían pensar algunos que una consagración pública como la que la Iglesia y la Nación realizaron hace ahora cincuenta años, si tuvo sentido entonces, ahora ha perdido actualidad, y que un nuevo concepto de la misión de la Iglesia y las nuevas circunstancias de la sociedad no dejan lugar a una renovación de aquella solemne consagración.

1.º LA CONSAGRACIÓN, PÚBLICA PROFESIÓN DE FE

Más que nunca necesita el mundo el testimonio vivo de nuestra fe en Cristo resucitado. Y si este testimonio requiere necesariamente las obras (LG, 35; AA. 16; AG. 11), incluye también la pública y comunitaria profesión de nuestra fe.

Esto ha de ser ante todo la renovación de la consagración pública al Corazón de Jesús; proclamación valiente y gozosa de la fe que Dios nos ha concedido. No podemos esconder la luz de la Verdad, sino levantarla sin temor para que ilumine los caminos de hoy. Cuando algunos vacilan en su fe, y nuestra sociedad tiene el peligro de quedar hundida en la limitación de lo visible, de lo natural, de nuestro propio progreso, es preciso proclamar la resurrección del que murió y fue atravesado por la lanza, proclamar la perenne vigencia del que subió al Padre y vive para siempre intercediendo por nosotros (Rm 8,34; Hbr 7, 25).

2.º ADORACIÓN A CRISTO REY

La consagración es un acto de fe en la soberanía de Jesucristo, de aceptación de la misma y de confianza en su amor. Cristo sentado a la derecha del Padre, triunfador del pecado y de la muerte, ha sido constituido Señor del universo (Eph 1,22). Los hombres y los pueblos le debemos adoración, como creaturas de Dios y como redimidos por la sangre

del Cordero (Ap 1,5). Preciso es que Él reine, hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies; el último enemigo destruido será la muerte (1 Cor 15,26). Sometiéndonos a Él, contribuimos a que se extienda su Reino, es decir, a que resplandezca su amor sobre los hombres, para que viendo nuestras obras glorifiquen al Padre. Le suplicamos que todos los hombres reconozcan su señorío, para que venga a nuestro mundo su reino de amor, de justicia y de paz.

3.º TESTIMONIO DE UNIDAD

Cuando la aplicación errónea del don precioso de la libertad nos puede llevar a la desunión, a la incompreensión mutua, al encasillamiento de unos y otros en los distintos criterios y opciones, es necesario dar un público y humilde testimonio de nuestra fraternal unidad en Cristo por encima de todas las divergencias de actitudes y opiniones. Seremos nosotros mismos los primeros en comprobar que es más lo que nos une que lo que nos divide (GS 92). Ya que juntos profesamos una misma fe en el Hijo de Dios, un mismo amor al que se hizo hombre por nosotros; juntos estamos en comunión de vida, como miembros de un mismo Cuerpo que es la Iglesia.

4.º COMPROMISO DE FIDELIDAD, REPARACIÓN Y RENOVACIÓN

Esta renovación jubilar de la consagración de España al Corazón de Cristo nos compromete a todos a realizar la renovación que exige de nosotros la fidelidad al Señor. Renovación por la que nuestras vidas, nuestras familias, nuestras comunidades eclesiales, nuestras instituciones civiles, nuestras leyes y nuestras costumbres se ajusten cada día mejor a la norma suprema del Evangelio.

Para ello hemos de fomentar en nuestra sociedad española un sincero clima de comprensión, de auténtica fraternidad, de respeto mutuo, de justicia y de caridad. Para ello habrá que renunciar al egoísmo, a la soberbia, a la avaricia, que si son incompatibles con el Reino de Dios, son también la raíz de los desórdenes sociales, de la injusticia, de la violencia y de cualquier opresión (cf. GS 25). Pediremos perdón al Señor y le ofreceremos reparación por todos nuestros pecados contra Dios y contra el prójimo, los cuales se oponen al Reino de Cristo en España: pecados de incredulidad, de pasividad apostólica, de omisión culpable en los deberes de colaboración ciudadana, de profanación de la santidad familiar, de odio, de resentimiento, de violencia, de impureza, de enriquecimiento injusto, de falsedad, de escándalo, de falta de amoroso respeto a los hermanos.

El Jefe del Estado Español, en representación del país, con un acto agradable a Dios y a la Iglesia, renueva la consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús, como lo había hecho ya en 1944 y en 1965. Que cada ciudadano católico español asuma con decisión gozosa la responsabilidad de confirmar personalmente esa consagración colectiva.

Trabajando por el mejoramiento de la vida social con espíritu de fe, esperanza y caridad, en la promoción armónica de los bienes económicos, culturales, morales y religiosos, todos los ciudadanos contribuirán a dilatar el Reino de Cristo y a instaurar en Él todas las cosas (LG. 36). Entre todos se ha de avanzar hacia una sociedad cada vez más justa y fraternal: que sea una auténtica comunidad de personas, una familia de hermanos, cuya ordenación, dentro de la necesaria unidad, facilite la participación activa del mayor número posible, con una autoridad providente que dirija hacia el bien común las fuerzas que los ciudadanos aportan con libertad y responsabilidad, según la capacidad de cada uno y las necesidades de los demás (cf. G.S. 23, 24, 26, 30, 68, 74). Una sociedad donde los bienes de la tierra y el producto del esfuerzo humano sirvan convenientemente para todos mediante una justa distribución (GS. 69).

Los ciudadanos servirán al Reino de Cristo coordinando sus fuerzas «para sanear las estructuras y los ambientes del mundo cuando inciten al pecado, de manera que sean conformes a las normas de la justicia y más bien favorezcan que obstaculicen la práctica de las virtudes» (LG. 36). El orden temporal debe ser ordenado hacia Dios por Jesucristo, de tal forma que, salvando íntegramente sus propias leyes, se ajuste a los principios superiores de la vida cristiana (AA. 71).

Servir a Dios es reinar. La consagración al amor de Cristo dará su plenitud a la libertad, que es una vocación divina incompatible con la arbitrariedad egoísta. Porque «el hombre logra su dignidad cuando, librándose de toda esclavitud de las pasiones,

tiende a su fin con la libre elección del bien (GS. 17); o, como enseña san Pedro, cuando «obra el bien como libre, pero no como quien tiene la libertad por cobertura de la maldad, sino como servidor de Dios» (1 P 2,16).

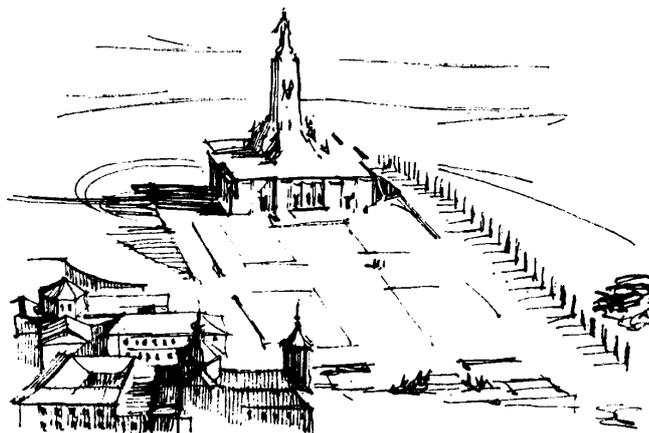
Los ciudadanos de un país consagrado al Señor no pueden permitir con pasividad que la atmósfera social sea contagiada injustamente por factores que la hagan irrespirable para la fe y para la vida moral de sus hermanos, en particular los más indefensos. Y considerarán como una obligación absoluta lo que en otra ocasión señaló el episcopado español con estas palabras: «Los fieles, al mismo tiempo que colaboran con todos los hombres, aun los no creyentes, en la recta ordenación de las cosas temporales, evitarán a toda costa contribuir a los planes de quienes intentan desterrar a Cristo de la vida humana» (Declaración sobre Apostolado Seglar, 1967).

Por último, la consagración de la comunidad española debe ser un acto de gratitud al Señor por tantos beneficios que nos ha otorgado a lo largo de la historia, en los tiempos prósperos y en los tiempos de prueba.

Frente al monumento reconstruido en el Cerro de los Ángeles se conservan las ruinas del monumento demolido y el recuerdo de la imagen fusilada. Símbolo de nuestros desórdenes y pecados, pero también de tantas generosas muertes por la fe de obispos, sacerdotes, religiosos y seglares. Desde ese pasado, que hemos de asumir con humildad y gratitud, levantemos el corazón hacia Cristo Jesús que nos preside en el centro de la patria y nos promete: «Reinaré en España».

Invoquemos también la intercesión maternal de la Virgen María, Madre de la Iglesia y Patrona de España en el misterio de su Inmaculada Concepción. A su Corazón inmaculado fue consagrada España en Zaragoza en 1954 por el Jefe del Estado. Que Ella nos alcance de su Hijo los mejores frutos de la consagración que ahora renovamos.

Domingo de Pentecostés, 25 de mayo de 1969.



La «Consecratio mundi» a la luz del Concilio Vaticano II

EVARISTO PALOMAR MALDONADO

Al objeto de considerar la grandeza y significación del acto que tendrá lugar este inmediato mes de junio en el Santuario del Cerro de los Angeles, con motivo del 90º aniversario de la Consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús, nos ha parecido conveniente adentrarnos en su razón a través del gran don que ha sido y es para toda la Iglesia el XX Concilio Ecuménico Vaticano II. Todo el caudal impetuoso de la Ciudad de Dios se condensa en manera magnífica en sus letras impresas al calor del Espíritu viviente en la Iglesia. Nos detendremos en su amplio y profundo estuario, la *Constitución Dogmática sobre la Iglesia*, que inunda y empapa el resto de documentos del Sagrado Concilio.

La Constitución muestra la Iglesia a la luz de la *missio* del mismo Jesucristo, luz de las gentes: «Y como la Iglesia es en Cristo, como un sacramento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano... para que todos los hombres ... consigan también la plena unidad en Cristo» (*Lumen gentium*, 1). La dinámica vivificadora la expresa en el vínculo por el cual afirma, no como tarea, sino como la misión de la Iglesia por la efusión de la sangre y el agua que mana del costado abierto de Jesucristo: Explícita, pues, la unidad real entre la contemplación del Sagrado Corazón de Jesús y el acto de consagración. Por otro lado, la Iglesia no es sino el mismo Reino de Cristo, de donde, siendo inseparable consagración y proclamación del Reino, todo acto de consagración constituye explícitamente una afirmación de la realeza del Señor, Jesús y Mesías davídica.

Desarrollamos el siguiente esquema, indagando lo que constituye nuestro interés, la consagración: Sujeto, objeto, razón formal (inmediata y última). En nuestro estudio nos centramos en la *missio* que el Concilio testimonia en los fieles laicos, lo que se justifica por razón del acto mismo a celebrar, ya que lo que se consagra es nuestra misma realidad histórico-temporal, en nuestro caso, España, «conjunt de pobles units per la Providència», en palabras del venerable obispo Torras y Bages (cf. *La Tradició catalana*). Lo desenvolvemos en un sentido inverso, elevándonos desde el efecto a su causa originante.

Sujeto de la consagración: los laicos. Vocación y misión. De los laicos habla más en particular la Cons-

titución sobre la Iglesia en el capítulo IV, tras declarar sobre el misterio de la Iglesia, el Pueblo de Dios y la constitución jerárquica de la misma Iglesia, e inmediatamente antes de la vocación universal a la santidad. Y así, enseña: «A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Viven en el siglo, es decir, en todas y a cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entretrejida (...)» A ellos, muy en especial, corresponde iluminar y organizar todos los asuntos temporales a los que están estrechamente vinculados, de tal manera que se realicen continuamente según el espíritu de Jesucristo y se desarrollen y sean para la gloria del Creador y del Redentor» (*Lumen gentium*, 31); «los laicos, en cuanto consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, tienen una vocación admirable y son instruidos para que en ellos se produzcan siempre los más abundantes frutos del Espíritu» (34). Por razón de este texto cabría observar una cierta limitación formal del acto mismo a celebrar, dado que no es la autoridad temporal, por medio de las instituciones vigentes, quien formula el acto de consagración, que como sujeto, lo es una realidad histórico-temporal. Esta limitación, no obstante, pone de relieve la prudencia pastoral en la necesidad de tornarnos como Pueblo de Dios que peregrina en las tierras de España hacia el costado del Redentor, para depositar en El con plena confianza todas nuestras esperanzas, que integran necesariamente nuestra plena vida humana.

Objeto de la consagración: el mundo. La referencia es diáfana y literal, y se precede de cierta enumeración de actividades propiamente humanas, que desde luego no es limitativa, sino más bien ejemplificativa, aunque al mismo tiempo, atendiendo los enunciados, se muestran como nucleares. La importancia del acto consagratorio estriba en que dichas actividades, por su sujeto, el laico, se convierten en corredoras con Cristo Redentor, procurando la santificación en tres planos: personal, social y del mismo mundo. «También los laicos, como adoradores en todo lugar y obrando santamente, consagran a Dios el mundo mismo» (34, *in fine*); «todas sus obras, preces y proyectos apostó-

licos, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso del alma y de cuerpo, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida si se sufren pacientemente, se convierten en «hostias espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo» (1 Pe 2,5)» (34).

Se incide seguidamente en dos manifestaciones. La primera, atendiendo al sujeto, se concreta en el testimonio de vida evangélica: «Los laicos, a quienes por ello, constituye en testigos y les ilumina con el sentido de la fe y la gracia de la palabra (cf. Act. 2,17-18; Ap 19,10) para que la virtud del Evangelio brille en la vida cotidiana familiar y social» (35). De aquí, la unidad vital del testigo: «que no escondan esta esperanza en la interioridad del alma, sino manifiéstela en diálogo continuo y en el forcejeo «con los espíritus malignos» (Ef 6,12), incluso a través de las estructuras de la vida secular» (35).

La segunda manifestación, atendiendo al objeto, toca al conjunto de la realidad creada que distinguimos en cuatro aspectos, todo ello en *Lumen gentium*, 36: 1. «Deben, pues, los fieles conocer la naturaleza íntima de todas las criaturas, su valor y su ordenación a la gloria de Dios y, además, deben ayudarse entre sí, también mediante las actividades seculares, para lograr una vida más santa, de suerte que el mundo se impregne del espíritu de Cristo y alcance más eficazmente su fin en la justicia, la caridad y la paz». 2. «Procuren coordinar sus fuerzas para sanear las estructuras y los ambientes del mundo, si en algún caso incitan al pecado, de modo que todo esto se conforme a las normas de la justicia y favorezca, más bien que impida, la práctica de las virtudes. Obrando así impregnarán de sentido moral la cultura y el trabajo humano». 3. «En razón de la misma economía de la salvación, los fieles han de aprender diligentemente a distinguir entre los derechos y obligaciones que les corresponden por su pertenencia a la Iglesia y aquellos otros que les competen como miembros de la sociedad humana. Procuren acoplarlos armónicamente entre sí, recordando que, en cualquier asunto temporal, deben guiarse por la conciencia cristiana, ya que ninguna actividad humana, ni siquiera en el orden temporal, puede sustraerse al imperio de Dios. En nuestro tiempo, concretamente, es de la mayor importancia que esa distinción y esta armonía brille con suma claridad en el comportamiento de los fieles para que la misión de la Iglesia pueda responder mejor a las circunstancias particulares del mundo de hoy». 4. «Porque, así como debe reconocerse que la ciudad terrena, vinculada justamente a las preocupaciones temporales, se rige por principios propios, con la misma razón hay que rechazar la infausta doctrina que intenta edificar a la sociedad prescindiendo en

absoluto de la religión y que ataca o destruye la libertad religiosa de los ciudadanos».

Razón formal inmediata de la consagración: sacerdocio, profecía y realeza de los fieles laicos. Es por nuestra incorporación bautismal a Cristo, por la que constituidos en Pueblo de Dios y participando en nuestra manera de las funciones sacerdotal, profética y real de Jesucristo, por la que, en tanto que laicos, ejercemos la única misión de todo el Pueblo de Dios en la Iglesia y en el mundo (cf. 31). El Concilio es muy declarativo sobre el alcance de esta participación de los *munus* de Cristo: «El apostolado de los laicos es la participación en la misma misión salvífica de la Iglesia, a cuyo apostolado todos están llamados por el mismo Señor en razón del bautismo y de la confirmación. Por los sacramentos, especialmente por la Sagrada Eucaristía, se comunica y se nutre aquel amor hacia Dios y hacia los hombres, que es el alma de todo apostolado» (33). Pues es el mismo Cristo Jesús quien nos vivifica al darnos su Espíritu, impulsándonos a toda obra buena (cf. 34).

Razón formal última: la Iglesia brota del costado abierto del Verbo encarnado, enviado del Padre para comunicarnos su Espíritu por participación. La misión de la Iglesia es universal por razón de los convocados por el Espíritu: «Todos los hombres están llamados a formar parte del Pueblo de Dios» (13). Esta dimensión católica de la única Iglesia de Jesucristo abarca, pues, el conjunto de los tiempos y lógicamente la plenitud del mundo, al objeto de realizar consumando la voluntad divina que en el principio ha creado una sola naturaleza humana, «y determinó congregarse en un conjunto a todos sus hijos, que estaban dispersos (cf. Jn 11,52)» (cf. 13). E inmediatamente se invoca la razón de la Encarnación salvífica del Verbo: «Para ello envió Dios a su Hijo a quien constituyó heredero universal (cf. He 1,2), para que fuera Maestro, Rey y Sacerdote nuestro, Cabeza del nuevo y universal pueblo de los hijos de Dios. Para ello, por fin, envió al Espíritu de su Hijo, Señor y Vivificador, que es para toda la Iglesia, y para todos y cada uno de los creyentes» (13); y en el n° 9 explicita el modo concreto que lo realiza, dado que no niega la naturaleza social, «rebasando todos los límites de tiempos y de lugares, entra en la historia humana con la obligación de extenderse a todas las naciones», pues quien lo da todo no arrebató ningún bien propio del hombre, antes los restaura, enaltece y eleva.

Justamente de la acción salvífica de Cristo nace la consagración de los hombres regenerados por el bautismo a la plenitud de vida en el Espíritu, de modo que sin dejar su condición humana, asumen en Cristo su nueva realidad divina, pues lo que habita en ellos, por los méritos de Cristo, es el Espí-

ritu divino como en su templo propio, deseado y buscado: ¿Y quién nos consagra sino el Eterno y Sumo sacerdote que es Jesucristo mismo, Dios con Dios y Hombre con nosotros los hombres? ¿Quién nos enseña sino el único Maestro y Profeta cuyo nombre es Verdad, por ser el Verbo del Padre? ¿Quién nos rige sino la ley de gracia que al vivir en la libertad del Espíritu nos muestra que reinar es servir? «Cristo Señor, Pontífice tomado de entre los hombres (cf. Hebr 5,1-5), a su nuevo pueblo «lo hizo Reino de sacerdotes para Dios, su Padre» (cf. Ap 1,6; 5,9-10). Los bautizados son consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo por la regeneración y por la unción del Espíritu Santo, para que por medio de todas las obras del hombre cristiano ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien las maravillas de quien los llamó de las tinieblas a la luz admirable (cf. 1 Pe 2,4-10)» (10).

Es del mismo leño de carne de Cristo de donde nace la Iglesia, de donde brota y de donde vive por la Palabra que proclama y en los sacramentos de que nos hace partícipes de balde: Asperjados en su sangre, cobramos vida; rociados del Espíritu, don y vivificador, hacemos las obras de Dios. Consagrados, consagramos. Salvados, cooperamos en la misión salvífica de la Iglesia introduciendo el Reino, por el que mundo mismo se alegra al verse libre del acusador: «La Iglesia, o reino de Cristo, crece visiblemente en el mundo por el poder de Dios. Comienzo y expansión manifestada de nuevo por la sangre y el agua que manan del costado abierto de Cristo crucificado (cf. Jn 19,34)»; «vino, pues, el Hijo, enviado por el Padre, que nos eligió en El antes de la creación del mundo, y nos predestinó a la adopción de hijos, porque en Él se complació restaurar todas las cosas (cf. Ef 1,4-5, 10)» (3).

El reino de Cristo abraza a todos los hombres

... hace alrededor de 25 años, al acercarse la solemnidad del segundo Centenario del día en que la bienaventurada Margarita María de Alacoque había recibido de Dios la orden de propagar el culto al divino Corazón, hubo muchas cartas apremiantes, que procedían no solamente de particulares, sino también de obispos, que fueron enviadas en gran número, de todas partes y dirigidas a Pío IX. Ellas pretendían obtener que el soberano Pontífice quisiera consagrar al Sagrado Corazón de Jesús, todo el género humano. Se prefirió entonces diferirlo, a fin de ir madurando más seriamente la decisión. A la espera, ciertas ciudades recibieron la autorización de consagrarse por su cuenta, si así lo deseaban y se prescribió una fórmula de consagración. Habiendo sobrevenido ahora otros motivos, pensamos que ha llegado la hora de culminar este proyecto.

Este testimonio general y solemne de respeto y de piedad, se le debe a Jesucristo, ya que es el Príncipe y el Maestro supremo. De verdad, su imperio se extiende no solamente a las naciones que profesan la fe católica o a los hombres que, por haber recibido en su día el bautismo, están unidos de derecho a la Iglesia, aunque se mantengan alejados por sus opiniones erróneas o por un disentimiento que les aparte de su ternura.

El reino de Cristo también abraza a todos

los hombres privados de la fe cristiana, de suerte que la universalidad del género humano está realmente sumisa al poder de Jesús. Quien es el Hijo Único de Dios Padre, que tiene la misma substancia que El y que es «el esplendor de su gloria y figura de su substancia» (Hebreos 1,3), necesariamente lo posee todo en común con el Padre; tiene pues poder soberano sobre todas las cosas. Por eso el Hijo de Dios dice de sí mismo por la boca del profeta: «Ya tengo yo consagrado a mi rey en Sión mi monte santo... El me ha dicho: Tu eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Pídeme y te daré en herencia las naciones, en propiedad los confines de la tierra» (Salmo 2,6-8).

Por estas palabras, Jesucristo declara que ha recibido de Dios el poder, ya sobre la Iglesia, que viene figurada por la montaña de Sión, ya sobre el resto del mundo hasta los límites más alejados. ¿Sobre qué base se apoya este soberano poder? Se desprende claramente de estas palabras: «Tu eres mi Hijo.» Por esta razón Jesucristo es el hijo del Rey del mundo que hereda todo poder; de ahí estas palabras: «Yo te daré las naciones por herencia». A estas palabras cabe añadir aquellas otras análogas de san Pablo: «A quien constituyó heredero universal.»

LEÓN XIII: Enc. *Annum Sacrum*

A Cristo Rey por María Reina en el santuario de Almada de Portugal

La imagen de Nuestra Señora de Fátima que se venera en La Capelinha de las Apariciones fue llevada a Lisboa en el 50 Aniversario del santuario de Cristo Rey

LISBOA se vistió de blanco el pasado fin de semana para vivir uno de los acontecimientos que pasarán a la historia de Portugal. Con pañuelos blancos recibían el pasado sábado 16 de mayo a su Reina Madre, la Virgen de Fátima, que fue traída expresamente de su Santuario de Cova de Iría para estar presente en el acto multitudinario que se viviría el domingo 17 de mayo. Con motivo del Cincuentenario del Monumento a Cristo Rey, en este santuario de Almada miles de personas renovaron la Consagración al Sagrado Corazón de Jesús y, de igual modo, se consagraron al Inmaculado Corazón de María. Entre los peregrinos no faltaron varios grupos de españoles que se unieron a los católicos portugueses en esta consagración «a Jesús por María», procedentes de Madrid, Badajoz, Cartagena y Vigo.

La imagen de Nuestra Señora de Fátima que se venera en *La Capelinha* de las Apariciones abandonó su Santuario de Cova de Iría para tomar rumbo a Lisboa el sábado 16 sobre las ocho y media de la mañana. Tras su entrada triunfal con todos los honores y protocolos propios de Reina, se celebró una Eucaristía en la plaza del Comercio presidida por el cardenal patriarca de Lisboa, D. José da Cruz Policarpo. Después de la celebración, la imagen de María Santísima cruzó el río Tajo acompañada de toda una procesión de barcos hasta Almada, donde al día siguiente se reuniría con su Hijo en el Santuario de Cristo Rey.

Este acto contó con la presencia del enviado especial del santo padre Benedicto XVI y Prefecto Emérito de la Congregación para las Causas de los Santos, D. José Saraiva Martins. Además asistieron el presidente de la República, D. Aníbal Cavaco Silva; el presidente de la Asamblea de la República, D. Jaime Gama; el representante del Consejo de Ministros, D. Pedro Silva Pereira; el representante de la Gobernadora Civil de Setúbal (diócesis donde se encuentra el santuario de Cristo Rey), D. Pedro Ruas, así como las autoridades militares. Participó también el representante de Gobierno de Estado de Río de Janeiro, D. Luís Carlos Pujiali y el representante de la Prefectura de la Ciudad de Río de Janeiro, D. Pedro Paulo Carvalho. Acompañaron al Cardenal

Patriarca de Lisboa el presidente de la Conferencia Episcopal Portuguesa, D. Jorge Ortiga, el Nuncio Apostólico, D. Rino Passigatto, y gran parte de los obispos de Portugal. Tampoco quisieron perderse este hecho histórico el arzobispo de Río de Janeiro, D. Orani Tempesta; el representante de la Conferencia Episcopal de Angola, el arzobispo D. Damián Franclin; el representante de la Conferencia Episcopal de Mozambique, el arzobispo D. Francisco Chimio y el obispo de Cabo Verde, D. Paulino Livramento Évora, entre otras muchas autoridades religiosas que se sumaron al acto.

Después de la intervención inicial del obispo de Setúbal, D. Gilberto Reis y la lectura de la carta del papa Benedicto XVI en la que nombraba como Enviado Especial al cardenal Saraiva Martins, se pudo escuchar el mensaje que pronunció el Santo Padre en el «Regina Coeli» saludando a los cristianos de Portugal «que en este día se reunían con todo el Episcopado para celebrar el Cincuentenario de la inauguración del Santuario de Cristo Rey en Almada, en la diócesis de Setúbal».

El cardenal Saraiva Martins aludió en su Homilía a la idea de erigir sobre Lisboa un monumento semejante al Cristo Redentor de Río de Janeiro. Esta propuesta se convirtió en un proyecto nacional con el voto de los obispos portugueses en Fátima, el 20 de abril de 1940. Frente a la creciente difusión de las ideologías ateas en las primeras décadas del siglo xx, a los obispos de Portugal les pareció oportuno levantar un monumento que expresara su fe y fuera simultáneamente una señal de desagravio frente a las faltas de respeto hacia Dios. Esta iniciativa de construir el monumento fue reforzada como signo de súplica al Cielo para que Portugal no entrara en guerra.

Hace 110 años, ante los insistentes pedidos de la beata María del Divino Corazón, religiosa del Buen Pastor, el Santo Padre consagró el género humano al Corazón de Jesús. Así, el pasado domingo, Portugal quiso renovar esa consagración «unidos a varias hechas por romanos pontífices sus sucesores y por los obispos de Portugal». Para completar este apostolado al Sagrado Corazón de Jesús, en la celebra-

ción estuvieron presentes las reliquias de santa Margarita María de Alacoque, que estarán en España el 21 de junio en la renovación de la consagración al Sagrado Corazón de Jesús que se desarrollará en el Cerro de los Ángeles. Después de la consagración al Sagrado Corazón de Jesús, invocaron a María Santísima, Reina de la Paz, para consagrarse a su Corazón Inmaculado, para que por su intercesión «la Iglesia sea más santa y unida, más apostólica y misionera, y así el mundo crea que Dios es amor y Padre Misericordioso de toda la humanidad».

«A Cristo Rey por María Reina». Fue Ella quien llevó a todos los fieles hasta el Santuario de Almada a consagrarse Jesús. Con todos los honores de Reina, guió las embarcaciones por el río Tajo, guió los pasos de los peregrinos y guió los corazones hasta el de su Hijo. Jesús, quien vino al mundo por María, quiere regresemos a Él también por María. Realmente, el fin de semana pasado, Nuestra Madre llevó muchas almas hasta el Corazón de Cristo Rey.

(De *diocesisdecartagena.org*)

La consagración voluntaria

Si todo poder ha sido dado a Cristo, se deduce necesariamente que su imperio debe ser soberano, absoluto, independiente de la voluntad de cualquier otro ser, de suerte que ningún poder no pueda equipararse al suyo. Y puesto que este imperio le ha sido dado en el cielo y sobre la tierra, se requiere que ambos le estén sometidos.

Efectivamente, Él ejerció este derecho extraordinario, que le pertenecía, cuando envió a sus apóstoles a propagar su doctrina, a reunir a todos los hombres en una sola Iglesia por el bautismo de salvación, a fin de imponer leyes que nadie pudiera desconocer sin poner en peligro su eterna salvación. Pero esto no es todo. Jesucristo ordena no sólo en virtud de un derecho natural y como Hijo de Dios sino también en virtud de un derecho adquirido. Pues «nos arrancó del poder de las tinieblas» (Colos 1,13) y también «se entregó a sí mismo para la Redención de todos» (1 Tim 2,6).

No solamente los católicos y aquellos que han recibido regularmente el bautismo cristiano, sino todos los hombres y cada uno de ellos, se han convertido para El «en pueblo adquirido.» (1 P 2,9). También san Agustín tiene razón al decir sobre este punto: «¿Buscáis lo que Jesucristo ha comprado? Ved lo que El dio y sabréis lo que compró: La sangre de Cristo es el precio de la compra. ¿Qué otro objeto podría tener tal valor? ¿Cuál si no es el mundo entero? ¿Cuál sino todas las naciones? ¡Por el universo entero Cristo pagó un precio semejante!» (Tract., XX in Joan.).

Santo Tomás nos expone largamente porque los mismos infieles están sometidos al poder de Jesucristo. Después de haberse preguntado si el poder judicial de Jesucristo se

extendía a todos los hombres y de haber afirmado que la autoridad judicial emana de la autoridad real, concluye netamente: «Todo está sumido a Cristo en cuanto a la potencia, aunque no lo está todavía sometido en cuanto al ejercicio mismo de esta potencia» (Santo Tomás, III Pars. q. 30, a.4.). Este poder de Cristo y este imperio sobre los hombres, se ejercen por la verdad, la justicia y sobre todo por la caridad.

Pero en esta doble base de su poder y de su dominación, Jesucristo nos permite, en su benevolencia, añadir, si de nuestra parte estamos conformes, la consagración voluntaria. Dios y Redentor a la vez, posee plenamente y de un modo perfecto, todo lo que existe. Nosotros, por el contrario, somos tan pobres y tan desprovistos de todo, que no tenemos nada que nos pertenezca y que podamos ofrecerle en obsequio. No obstante, por su bondad y caridad soberanas, no rehusa nada que le ofrezcamos y que le consagremos lo que ya le pertenece, como si fuera posesión nuestra. No sólo no rehusa esta ofrenda, sino que la desea y la pide: «Hijo mío, dame tu corazón!» Podemos pues serle enteramente agradables con nuestra buena voluntad y el afecto de nuestras almas. Consagrándonos a El, no solamente reconocemos y aceptamos abiertamente su imperio con alegría, sino que testimoniamos realmente que si lo que le ofrecemos nos perteneciera, se lo ofreceríamos de todo corazón; así pedimos a Dios quiera recibir de nosotros estos mismos objetos que ya le pertenecen de un modo absoluto. Esta es la eficacia del acto del que estamos hablando, y este es el sentido de sus palabras.

LEÓN XIII: Enc. *Annum Sacrum*

Memoria de san Juan María Vianney, el Cura de Ars (a los 150 años de su muerte)

GUILLERMO PONS PONS

UN carisma como el de este humilde sacerdote alrededor del cual vemos concentrados innumerables peregrinos, primero en busca de su excelente labor ministerial y después para venerar su glorioso sepulcro, creo que es un don extraordinario que no ha vuelto a manifestarse de una forma tan intensa y fructífera hasta el caso similar de san Pío de Pietrelcina.

En el sesquicentenario de su glorioso tránsito, ocurrido en 1858, quisiera rememorar algunos datos o aspectos peculiares relativos a su biografía y a su espiritualidad. En primer lugar deseo fijarme en el influjo que pudieron ejercer sobre este santo los acontecimientos de la invasión napoleónica en España, aspecto que sus biógrafos no tuvieron muy en cuenta hasta que le prestó alguna atención el obispo de Belley, monseñor René Fourrey, en su excelente obra titulada *Juan María Vianney, Cura de Ars. Vida auténtica*, en la que logra ofrecer una visión más amplia y sugestiva del santo patrono de todos los párrocos.

Este influjo o conexión lo podemos descubrir en los episodios, relacionados con su condición de desertor del ejército, ocurridos entre 1809 y 1811. Cuando Juan María Vianney estaba estudiando latín guiado por el párroco de Ecully, Balley, no figuró en las listas de seminaristas en 1809 y por eso fue llamado a incorporarse a filas en el ejército napoleónico. El 28 de octubre se presentó en el lugar de reclutamiento, pero estando enfermo y con fiebre fue hospitalizado en Lyon, donde permaneció dieciséis días. Habiéndole desaparecido la calentura el 13 de noviembre, el oficial de reclutamiento, capitán Blanchart, dispuso que el recluta convaleciente se incorporara a su batallón, si bien le reservaron un puesto en una de las carretas del convoy.

Como pronto el soldado Vianney se vio atacado de nuevo por la fiebre, se le hubo de internar en el hospital de Roanne, en el cual fue atendido hasta el 6 de enero de 1810. Allí fueron a visitarle su hermano mayor Francisco, así como su padre y su madre, la cual después de suplicar a las religiosas del establecimiento que le cuidaran maternalmente, se despidió de su hijo con harta preocupación, pero él era más bien el que consolaba a los suyos inculcándoles la confianza en Dios. Las religiosas agustinas ya desde un primer momento se dieron cuenta de la pie-

dad del joven y le atendieron con mucha caridad y prodigándole los consejos que les parecían mejores.

El 5 de enero se dirigió hacia la oficina militar para recibir la orden de incorporación al regimiento, pero al llegar encontró ya cerradas las puertas. Se había detenido durante algún tiempo en una iglesia implorando el auxilio divino. Al día siguiente, fiesta de la Epifanía, se hubo de poner en camino yendo solo y a pie. Habiéndose detenido a fin de recupera fuerzas, se encontró con otro joven, al cual, según parece, había ya encontrado en el hospital. Era un prófugo que le incitó a seguir sus pasos e internarse en la región boscosa de la Madeleine donde no pocos desertores hallaban refugio. Así lo hizo el fatigado caminante, el futuro Cura de Ars, quien, según atestigua Catalina Lassagne, lo recordaba diciendo: «Él cogió mi saco, que era muy pesado y me dijo que le siguiera. Anduvimos durante mucho tiempo a través de bosques y montañas, yo estaba fatigado y me costaba mucho trabajo seguirle».¹

Han corrido dos versiones acerca de estos hechos. En la más común hasta ahora se considera a Vianney como forzado a desertar, o sea, como quien estando en apuros se deja llevar, casi sin darse cuenta de la peligrosa situación en la que se está colocando. Otra explicación es la que considera al desertor como consciente de la postura que adopta y a la que se siente impulsado por razones de conciencia y de fidelidad a motivaciones de un auténtico sentido católico.

El concordato de Napoleón con Pío VII en 1801 había significado un notable cambio respecto de las condiciones precarias en las que se había encontrado el catolicismo francés por causa de la revolución y de la implantación de una iglesia nacional con un clero juramentado. Pero después la situación se volvió a complicar por la actitud del emperador, que había invadido los estados pontificios. El 2 de febrero de 1808 fue ocupada la ciudad de Roma. A pesar de que el Papa se hallaba ya casi como prisionero en el palacio del Quirinal, no dudó en excomulgar a Napoleón y a sus colaboradores, apareciendo la bula correspondiente fijada en las puertas de

1. RENÉ FOURREY, *Jean-Marie Vianney Curé d'Ars. Vie authentique*, Desclée de Brouwer, París 2006, p. 37.

las basílicas romanas el 10 de junio de 1809. En la noche del 5 de julio el Papa fue apresado y conducido a Francia. Los católicos franceses más fieles a la Iglesia quedaron consternados.

Especialmente en Lyon y en todo el departamento del Ródano, donde se mantenían unos sentimientos tradicionales y de fiel adhesión a la dinastía borbónica, resultaba muy intenso el rechazo hacia las pretensiones napoleónicas. Desagradaba también profundamente a numerosas personas de convicciones cristianas la invasión napoleónica de España, donde muchos sacerdotes y otros ciudadanos franceses habían hallado amparo y protección durante el terror revolucionario. No es extraño, pues, que por razón de tales convicciones se despertaran iniciativas de rechazo y una gran oposición a tomar parte en las campañas bélicas que se estaban llevando a cabo en territorio español.

El joven recluta Juan María Vianney, aunque pudiera sentirse vacilante respecto de la actitud que podía tomar en una situación tan comprometida como la suya, participaba sin duda del rechazo hacia los planes del Emperador de los franceses, y nos consta que recibió consejos e insinuaciones que le llevaron a su situación de desertor del ejército. Las religiosas del hospital de Roanne aconsejaban al seminarista llamado a filas que dejara de incorporarse a su regimiento. Ellas comentaban entre sí: «Jamás este joven podrá cumplir con la milicia. Sucumbirá camino de España», y compasivamente le aconsejaban que no se incorporase al regimiento, prometiéndole incluso que le proporcionarían donde esconderse.²

Probablemente también su formador, el párroco de Ecully, que acudió a visitar a Juan María en el hospital, debió mostrarse favorable a que procurara desertar del ejército. Cuando se hubo producido la desaparición del soldado Vianney, el venerado sacerdote no dudaba, en efecto, en decir a la angustiada madre: «No sufráis por vuestro hijo. No está muerto ni enfermo. Será sacerdote».³

Jerónimo Fayot, uno de los hijos de la viuda que le protegió y albergó en su casa cuando era prófugo, presenta en el proceso de beatificación un testimonio convincente acerca de cómo Juan María se convirtió en desertor: «J. M. Vianney cayó enfermo a su llegada a Roanne. Cuando se restableció le dieron una hoja de viaje para que pudiese incorporarse al cuerpo militar que le correspondía; se encontraba en compañía de un individuo llamado Guy, de Saint-Priest-la-

Prugne, soldado como él. Juntos decidieron no incorporarse. J. M. Vianney expuso sus temores de ser detenido. Guy le dio seguridad diciéndole: “Conozco el país; hay muchos bosques, encontraremos donde escondernos y trabajar; sígueme sin temor”. Guy, que se había encargado de llevar el saco, porque J. M. Vianney estaba débil, le condujo directamente al pueblo de Robin, en la comuna de Noës».⁴

Otro memorialista, el abate Juan Francisco Renard, natural de Ars y que celebró su primera misa en la parroquia el 7 de mayo de 1820 asistido muy cordialmente por el santo, en sus escritos se refiere al episodio de la desertión del joven Vianney, le atribuye también el propósito de no incorporarse, y el abate Monnin habla de las dudas de conciencia que le atormentaban, respecto de que el participar en las campañas napoleónicas pudiera ser algo opuesto a la divina voluntad. De modo semejante se manifiesta en el proceso de beatificación la señora Colombe Bibost de Ecully.⁵ Pero el testimonio más valioso a ese respecto es sin duda el ya mencionado de Jerónimo Fayot, el cual gozaba de una fiable información acerca de este asunto. El párroco que Juan María encontró en el lugar donde estuvo refugiado durante catorce meses, Jacques Jacquet, era un sacerdote ejemplar, con cuyo trato el espíritu del joven desertor encontró serenidad y equilibrio emocional, a pesar de la inquietud que sentía al pensar en las consecuencias que su desertión significaron para su familia.

De la estancia en Noës conservó siempre el Cura de Ars un recuerdo que podríamos calificar de agri-dulce. Por una parte encontró gran aprecio y ayuda entre la gente del pueblo, muy cristiana y sumamente amable para con él. Cuando se despidió de los vecinos, ellos le colmaron de obsequios y le manifestaron los mejores augurios. Años después seguían recordándole con afecto y admiración. Él por su parte, no podía olvidar los sinsabores de su familia y el disgusto que especialmente afectó a su padre, que hubo de sufrir en su hacienda las represalias de la autoridad militar. Por eso el joven Vianney se refirió al tiempo de permanencia en Noës como una «época de tristeza y abatimiento».⁶

Siempre, sin embargo, y sobre todo con el paso del tiempo prevalecían los buenos recuerdos de la amable acogida que se le dispensó en el pueblo y sobre todo en la casa de la viuda Fayot, a la que él siempre designó como una buena madre. A veces en sus catequesis hablaba con naturalidad de cuando había sido prófugo, sin ninguna clase de disgusto

2. F. TROCHU, *Vida del Cura de Ars*, Barcelona 1942, p. 66.

3. F. TROCHU, *Las amistades del Cura de Ars*, Ediciones Paulinas, Madrid 1962, p. 16.

4. RENÉ FOURREY, op. cit., p. 39.

5. Ibid., id.

6. Ibid., p. 44.

por haber tomado tal decisión. En todo ello podemos además descubrir la mano de la Providencia divina, concepto teológico tan estimado del Cura de Ars. Muy distintas podrían haber sido las consecuencias si él se hubiera visto implicado en la invasión a España, en la que abundaron tanto las crueldades, así como los sinsabores del pueblo y de los ejércitos. ¡Cuán tristes habrían sido en tal caso las experiencias del bondadoso Juan María, el futuro Cura de Ars!

* * *

La caridad pastoral más heroica, y una íntima unión con el Señor, de todo lo cual derivaban su celo y su excelsa virtud, son las preciosas características de su eximia santidad. Recordemos sólo algunos rasgos de su espiritualidad y de su labor sacerdotal, así como ciertas manifestaciones de testigos que ponen de relieve el fulgor que inundaba su alma.

Su espíritu de oración derivaba del sentirse continuamente unido al Señor. Muchas horas dedicó exclusivamente a la contemplación mientras pudo disponer de tiempo para ello. Esto le condujo a una constante inmersión en la presencia y en el amor de Dios que experimentaba sin dejar de atender al ejercicio de su ministerio sacerdotal. No cesaba, sin embargo, de recordar y añorar a ese respeto épocas pasadas. «Si ahora que guardo almas —decía ingenuamente— tuviera tiempo de pensar en la mía, de rezar y meditar como cuando labraba las tierras de mi padre, ¡cuán grande sería mi dicha!»⁷

Un abogado de Lyon, amigo del famoso orador sagrado Lacordaire, habiendo visto rezar al humilde Cura de Ars, quedó tan impresionado que pudo escribir: «Su boca parecía saborear lo que su espíritu penetraba; sus ojos aparecían iluminados y brillantes. Hubiérase dicho que respiraba un aire más puro que el de la tierra y que, desligado de los ruidos del mundo, no oía otras palabras que las del Espíritu Santo».⁸

El misterio de la Eucaristía llenaba de santo ardor los labios del Cura de Ars. Predicando un Jueves Santo a sus feligreses les decía: «Vemos que al obrar Jesús el gran milagro, elevó sus ojos al cielo para dar gracias a su Padre celestial, con lo cual quiso mostrarnos cuánto deseaba la llegada de aquel momento tan dichoso para nosotros, y nos dio con ello prueba de la grandeza de su amor. Si, hijos míos, les dijo el divino Salvador a los apóstoles, mi Sangre desea con impaciencia ser derramada por vosotros;

mi Cuerpo arde en deseos de ser desgarrado para curar vuestras llagas...».⁹ Una de sus colaboradoras, Juana María Chanay declaraba: «Los que tuvieron la dicha de oír su misa, notaron la transfiguración que entonces se producía en toda su persona. Él mismo lo sabía, de modo que solía recomendar a las huérfanas de la *Providencia* que no mirasen al sacerdote cuando estaba en el altar».¹⁰

La fiesta del Corpus era una de las más apreciadas por el Cura de Ars y cuidada de celebrarla con singular esplendor. En un sermón se expresaba a ese respecto diciendo: «La procesión del Corpus Christi tiene por objeto celebrar el triunfo que Jesucristo ha hecho alcanzar a la Iglesia sobre sus enemigos que niegan la presencia real en el adorable Sacramento y, al mismo tiempo, hacer que se rinda el homenaje debido a Jesús en este Sacramento de amor. Es la más augusta de todas las procesiones, ya que va presidida por el mismo Jesucristo en persona. ¡Oh! ¡si fuésemos capaces de comprenderlo! ¡cuál debería ser nuestro respeto y amor en aquel momento feliz, toda vez que en él tenemos la misma suerte de aquellos que seguían al Salvador mientras anduvo por la tierra!».¹¹

La espiritualidad del Corazón de Jesús en tiempos del Cura de Ars todavía no estaba tan divulgada como lo estaría posteriormente. Solo unos dos años antes de su muerte Pío IX extendió la fiesta del Sagrado Corazón a toda la Iglesia. Parece, sin embargo, que en Ars se celebraba el domingo después del Corpus, como lo había dispuesto en toda la diócesis de Lyon el arzobispo Neuville en 1718 y el que era párroco de Ars en 1727 aseguraba que la feligresía había puesto mucho interés en esa celebración.¹² Es de creer que el santo supo conservar y renovar el fervor y el cultivo de esa espiritualidad.

Monseñor Trochu nos informa sobre un significativo diálogo entre un sacerdote y el Cura de Ars. Aquél le preguntaba:

—¿Tuvo usted buen viaje, el sábado último por la tarde al regresar a su parroquia?

—Excelente en verdad, y uno de los más agradables de mi vida —respondió el Sr. Vianney.

—No obstante, hacía un frío tremendo —replicó el otro.

Y el Cura de Ars contestó:

—Yo me calentaba pensando en la gran hoguera del amor que arde en el corazón de Dios.¹³

9. *Sermones escogidos del Cura de Ars*, Rialp Madrid 1957, pp. 203-204.

10. F. TROCHU, *El Cura de Ars*, cit., p. 622.

11. *Sermones del Cura de Ars* (traducción de J. M. Llovera) Subirana, Barcelona 1927, t. 2º, pp. 138-139.

12. F. TROCHU, *El Cura de Ars*, cit., p. 133. nota.

13. F. TROCHU, *El espíritu del Cura de Ars*, cit., p. 116.

7. F. TROCHU, *El Espíritu del Cura de Ars*, Barcelona 1931, p. 200.

8. *Ibid.*, p. 210.

Un admirador del Cura de Ars, el señor Faure de la Bastie, recogió frases y expresiones de las famosas catequesis que el santo impartía ante muchos peregrinos, aunque no se puede asegurar la exactitud de las expresiones empleadas. Entre estos materiales hallamos estas palabras: «El corazón de Jesús es infinitamente bueno. Hay que tener confianza en él; no le gusta el temor. Dios Padre es todo justicia, pero en el corazón de Cristo no hay más que amor».¹⁴ Evidentemente, lo que el Cura de Ars quería inculcar es el insondable misterio de los atributos divinos de justicia y misericordia, que no se oponen entre sí.

Francisco Trochu, biógrafo y benemérito investigador acerca del Cura de Ars en referencia al lugar que ocupa la Virgen en la espiritualidad del cura de Ars, se expresa de esta manera: «A María la han amado todos los santos; sin embargo, a nuestro parecer, pocos han podido aventajar en esto a san Juan María Vianney».¹⁵ Claro indicio de su devoción mariana son las costumbres piadosas que inculcó a sus feligreses; la cofradía del Rosario con la que inició eficazmente el cambio de actitud de muchas personas en cuanto a su vida de piedad y buenas costumbres; la peregrinación masiva de la parroquia al santuario de Nuestra Señora de Fourvière en agosto de 1823; la colocación de una bella y artística imagen de María en la capilla de la parroquia, con un corazón de plata dorada junto al que colocó una lista de todos los habitantes del pueblo, lo cual se realizó con gran emoción y piedad el 1º de mayo de 1836. Acerca de los favores y apariciones de la Virgen al Santo hay muchos y valiosos testimonios de personas dignas de todo crédito. Muy grande fue el gozo de Juan María Vianney el 8 de diciembre de 1854, día en que el papa Pío IX definió solemnemente el dogma de la Inmaculada Concepción. Él celebró el acontecimiento en Ars con mucho esplendor, revestido de una nueva y preciosa casulla de color azul.

Predicando en una fiesta de la Asunción decía el santo Cura de Ars: «Jamás comprenderemos totalmente las grandezas de María, ni el poder que Jesús

14. RENE FOURREY, *El auténtico Cura de Ars* (versión y edición española) Madrid 1967, p. 341. La sección que trata de las catequesis no aparece en la última edición francesa, muy modificada, publicada en 2006.

15. A. TROCHU, *El espíritu del Cura de Ars*, cit., p. 153.



El Ángelus, de Millet

su divino Hijo le concedió; jamás llegaremos a penetrar el gran deseo que Ella siente de hacernos felices. Ella nos ama como a hijos; ella se siente gozosa del poder que Dios le ha dado, porque con él puede sernos más útil. Sí, María es nuestra mediadora; ella es quien presenta a su divino Hijo nuestras oraciones, nuestras lágrimas y nuestros suspiros; Ella la que atrae sobre nosotros las gracias que nos son necesarias para nuestra salvación».¹⁶

Signo de la renovación religiosa obrada en Ars gracias a la devoción mariana inculcada por san Juan María Vianney es lo que narraban los que fueron testigos del progreso de la vida piadosa del pueblo: «Era de ver en Ars, los días laborables, como andaban los hombres, con el rosario entre los dedos, al frente de sus yuntas. Por la noche, la campana tocaba a oración. Todos los que podían entraban en la iglesia y los que tenían que quedarse en casa se arrodillaban delante de las imágenes; todos los hogares eran, en aquella hora de paz, una continuación del altar». Y en referencia al rezo del *Angelus* decían: «Cuando las tres campanadas resonaban por el valle y se dejaban oír por las humildes colinas, cesaba el trabajo, los hombres se descubrían, las mujeres juntaban las manos y todos rezaban las oraciones prescritas».¹⁷

16. *Sermones del Cura de Ars* (traducción de J. M. Llovera) t. 3º, pp. 92-93.

17. A. TROCHU, *El CURA de Ars*, cit., pp. 260-262.



El centurión de Cafarnaúm... y los de Jerusalén y Cesarea

RAMÓN GELPÍ SABATER
www.christusregnat.com

Jesús y el centurión de Cafarnaúm, de Paolo Veronese



[(Lc 7) 2 Había un centurión que tenía un siervo, al que apreciaba, enfermo de muerte. 3 Y como oye-se hablar de Jesús, le envió unos ancianos judíos, rogándole que viniera a salvar a su siervo. 4 Llegando a Jesús, le rogaban solícitos diciéndole: Es digno de que le atiendas, 5 porque aprecia a nuestras gentes, y nos ha edificado una sinagoga]

5 Al entrar en Cafarnaúm, se le acercó el centurión, suplicándole,

6 en estos términos: Señor, mi criado yace en casa, parálítico, y sufre mucho.

7 Jesús le dijo: Yo iré y le curaré.

8 Señor, replicó el centurión, yo no soy digno de que entres en mi casa; di solamente una palabra y mi criado quedará curado.

9 Porque también yo, aunque soy un subalterno,

tengo soldados a mis ordenes, y digo a uno: Ve, y va; al otro: Ven, y viene; y a mi criado: Haz esto, y lo hace.

10 Al oírle Jesús, quedó admirado y dijo a los que le seguían: En verdad os digo: No he hallado fe tan grande en Israel.

11 Y os aseguro que vendrán muchos de Oriente y de Occidente y se sentarán a la mesa con Abraham y Jacob, en Reino de los Cielos;

12 mientras que los hijos del Reino serán arrojados fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el crujir de dientes.

13 Y dijo al centurión: Vete; hágase conforme has creído [(Lc 7) 10 Al volver, los enviados encontraron sano al criado, que había estado enfermo]

Este centurión es el primer romano que aparece como convertido, o al menos influido por la gracia, ante las obras y enseñanzas de Jesús. Pero no será el único; luego será el centurión que comandará los soldados que crucificarán a Cristo, y más tarde, en los Hechos de los Apóstoles se habla de la conversión del centurión Cornelio y de toda su familia.

Un centurión era un oficial que tenía mando so-

bre cien soldados. Vendría a ser como hoy en día el capitán de una compañía, en un ejército moderno. El que nos presenta el evangelio manifestó hacia su siervo un sentimiento realmente caritativo, cosa rara en el mundo romano. Los esclavos eran vendidos cuando enfermaban o envejecían, como los animales o enseres inservibles.

El centurión de este primer relato tenía aprecio,

o cuando menos respeto por la religión judaica. Es curioso que envía previamente emisarios, temiendo el rechazo de Jesús. San Lucas complementa el relato, básicamente de san Mateo, con la petición de los ancianos enviados «... bien merece que le hagas este favor, pues simpatiza con nuestra gente, y nos ha levantado una sinagoga ...». Cuando Jesús se acerca, él mismo le suplica la curación, con una curiosa exhortación basada en argumentos de autoridad: «... porque también yo, aunque soy un subalterno, tengo soldados a mis ordenes, y digo a uno : ve, y va; al otro: ven, y viene; y a mi criado: haz esto, y lo hace ...» Es un argumento sorprendente, pero Jesús lo valora, públicamente, como un acto de fe.

El hecho de que un centurión romano pudiera construir una sinagoga para los judíos, puede parecer extraño, y hasta poco creíble. Sin embargo, en sus comentarios al evangelio de san Lucas, el dominico padre Lagrange (ver bibliografía) dice lo siguiente: «... se admite generalmente que este centurión estaba destinado al servicio de Herodes Antipas ...» y añade después: «... cuando estaban fuera del servicio militar propiamente dicho, los centuriones se dedicaban a oficios tales como la explotación de minas ...» Es decir, podían actuar como empresarios de la construcción u otras actividades similares.

El otro centurión que aparece en el relato evangélico es el que mandaba el grupo de soldados que ejecutaron la crucifixión de Cristo. La tradición lo identifica con el nombre de Abenader, y así lo designa la visión mística de la beata Ana Catalina Emmerich (y la película de Mel Gibson).

Jesús muere con «gran voz» ante el estupor del centurión: «... el centurión, que estaba presente, viendo que expirase con gran clamor, dijo: verdaderamente este hombre era Hijo de Dios ...». Era un hecho extraordinario, porque los crucificados morían faltos de respiración. El centurión, iluminado por el Espíritu Santo, reconoce públicamente la filiación divina de Jesús. Por esto, también se le supone con razón, un converso.

Por último está el caso del centurión Cornelio; el único que es conocido por su nombre. Destacado en Cesarea, la capital política de Judea, es el primer gentil converso, y como tal bautizado, que aparece en el Nuevo Testamento. Los Hechos de los Apóstoles lo narran con bastante profusión, y tiene una gran trascendencia, porque el pueblo judío había sido siempre muy endogámico y no admitía fácilmente la entrada de conversos de otras etnias; pero no era esta la enseñanza de Jesucristo: «... y os aseguro que vendrán muchos de oriente y de occidente y se sen-

tarán a la mesa con Abraham y Jacob, en Reino de los Cielos ...» San Pedro acogió pues al centurión Cornelio, y dice la tradición que fue el primer obispo de Cesarea.

Tres personajes de autoridad

Estrictamente, no hay motivo para suponer que estos tres militares romanos son un mismo personaje, aunque naturalmente no es imposible. Para que esto fuera posible, habría tenido que ser trasladado de Cafarnaúm a Jerusalén, y de allí a Cesarea Marítima en el espacio de unos dos años, y además haberle tocado dirigir la crucifixión del Calvario. Ciertamente no es descartable, pero la probabilidad es realmente muy pequeña. Ni siquiera se puede comparar con la unificación que se hace en el caso de María Magdalena, María de Betania y la pecadora de Galilea de la que habla san Lucas; en este caso de las mujeres, la posibilidad de que realmente se trate de la misma mujer, con ser improbable, tiene una cierta base.

Estos tres centuriones son un claro ejemplo de la universalidad de la Iglesia que Cristo vino a crear: «... vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se pondrán a la mesa en el reino de Dios ...» (Lc 13, 29). No en vano, tras el exhaustivo trabajo apostólico de san Pablo por los territorios gentiles de Asia Menor, los Apóstoles, con el Primado de Pedro, se trasladaron a Roma, la capital del Imperio. Así pues, que tres militares de las fuerzas de ocupación romanas en Galilea y Judea, aceptaran la fe de Cristo, es una muestra de cómo la Providencia dirige a su Iglesia y la lleva a dónde quiere, tocando el alma, a veces incluso de sus enemigos como en el caso de san Pablo, y en otros como este que contemplamos, con tres funcionarios gentiles, que representaban la autoridad.

Juan Manuel Igartua, en su libro *El Misterio de Cristo*, a raíz del conocido pasaje sobre la legitimidad de pagar el tributo al César, escribe: «... Jesús reconoce en el poder ejercido, al menos legalmente, una autoridad dada por el mismo Dios. Dice en efecto a Pilato, cuando éste alega su poder judicial para condenarle a muerte: “no tendrías este poder, si no te fuese dado desde arriba” (Jn 19, 11). Parece claro que Jesús reconoce en el poder legal del Procurador romano una potestad dada “desde arriba”, es decir por el Padre. Es la doctrina que enseñará san Pablo a los romanos respecto a la autoridad: “todo poder viene de Dios, y el que resiste al poder, resiste a Dios” (Rom 13, 1 - 7)».



Pequeñas lecciones de historia

Primera guerra mundial: el Sagrado Corazón y el presidente de Francia (II)

GERARDO MANRESA

EL 28 de noviembre de 1916, en plena guerra mundial, Claire Frechaud, joven campesina de 21 años, que vivía en la región francesa de La Vendée, tiene una revelación del Sagrado Corazón y, con el pensamiento se traslada al despacho del presidente de la República Francesa, Raymond Poincaré y oye una voz desconocida que le dice: «Raymond, Raymond, ¿por qué me persigues? Los tiempos son malos en la tierra; muchos corazones están desechos, pero incluso en la prueba continúan ofendiéndome. El mal se refuerza en las almas y es Francia la que abre en mi corazón esta herida de donde brotarán olas de sangre». Después sigue esta voz diciéndole a ella: «Yo quiero salvar a Francia y en mi nombre escribirás al Jefe de los que gobiernan. La imagen de mi corazón debe salvar a Francia».

El día 16 de diciembre del mismo año, recibe este mensaje: «Los gobernantes sienten que sólo Dios los puede salvar. Pero cobardes como son, ellos viven cada uno en su medio, escondiendo sus pensamientos en el fondo de su corazón. Es por esto que escribirás al Presidente mostrándole su deber sobre el cual todo el pueblo se debe formar. Si él no hace caso a lo que le encargo grandes males amenazan a su persona y a sus derechos. Al contrario, si, por él, mi corazón es grabado en las banderas francesas, desde el día siguiente, él perseguirá al enemigo, que huirá en desorden y le hará retirarse más allá de la frontera. En breve tiempo habrá paz para todas las naciones».

Interrogada sobre su misión por una Comisión episcopal en Poitiers, el obispo, monseñor Humbrecht, la aprueba. Estábamos a finales de diciembre de 1916.

El 1 de enero de 1917 escribió al Presidente de la República: «Hace ya siglos, el Sagrado Corazón le dijo a la bienaventurada Margarita-María: Yo deseo que mi Corazón sea pintado en la bandera nacional». Esta carta fue entregada en mano a su destinatario por el diputado de La Vendée, Baudry d'Asson, el 16 de enero. Al no recibir respuesta, el día 27 de febrero, escribe una segunda carta al Presidente, en la que, entre otras cosas le dice que los masones son los verdugos de su Corazón.

El 6 de marzo, Clara escribe al arzobispo de París, cardenal Amette, pidiéndole que le permita, excepcionalmente, pasar una noche de adoración en la Basílica del Sacré-Coeur en Montmârtre, pues el Sagrado Corazón se lo ha pedido expresamente¹ y que después de ello se retirará otra vez a su pueblo con su secreto nacional. El cardenal, aunque de mala gana, la recibe y le comunica que el Presidente de Francia

no la recibirá, pero, sorprendentemente le permite pasar la noche de adoración en Montmârtre.

La noche del 15 al 16 de marzo de 1917 Clara la pasa de adoración en Montmârtre. En ella parece que Clara vio sangrar la Hostia en la custodia. Recibe varias revelaciones: «La masonería traiciona los secretos de Francia, pasándoselos al enemigo, Francia será derrotada. Yo pido a los soldados de Francia, hasta a los generales que están en el ejército, desplegar las banderas del Sagrado Corazón, a pesar de las prohibiciones formales que se harán de ellas y que todos las lleven delante. Yo les prometo la victoria». También le llegaron estas palabras a sus oídos: «Francia me mata; desdichas a éstos que no se convertirán». También le dicen que ella sufrirá que sufrirá mucho, pero que «tiene que tener confianza en el éxito final y el triunfo del Sagrado Corazón». Clara transmite estos mensajes al cardenal de París.

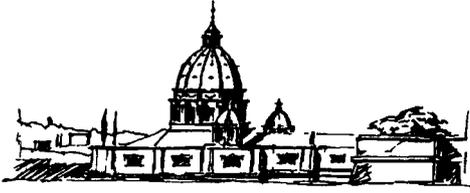
El 21 de marzo, contra toda esperanza, el presidente Poincaré recibe a Clara en el Elíseo, bajo un nombre supuesto. Ella le muestra una imagen del Sagrado Corazón ardiendo por los pecados de Francia y reitera las peticiones hechas por santa Margarita María. Y rebate una por una las objeciones que le pone el Presidente. La audiencia no aporta ningún fruto positivo. Poincaré se atrinchera en las leyes laicas del país, pero promete someter el proyecto a la Cámara de Diputados. Pero el respeto humano le traicionará.

En mayo de 1917 la situación militar francesa era catastrófica. El 1 de mayo vuelve a escribir al Presidente, reprochándole haber faltado a sus promesas y le comunica las traiciones de la que Francia es objeto, según revelaciones en la noche de Montmârtre.²

El día 7 de mayo, escribe una carta a los quince generales del Estado Mayor del ejército para pedirles que hagan presión sobre el Presidente a fin de que «la imagen del Sagrado Corazón, signo de esperanza y de salvación, brille oficialmente sobre los colores de la bandera francesa. El enemigo está en el mismo corazón de Francia: la masonería. En recompensa de este homenaje rendido a Dios por sus valientes defensores, el Sagrado Corazón les promete la salvación y la victoria sobre todos sus enemigos».

1. El Sagrado Corazón se lo reveló el día 1 de marzo.

2. Clara revela que la masonería está traicionando a Francia, cuyos miembros comunican al Gobierno alemán sus decisiones. En agosto se destapa en Francia el caso de *Bonnet Rouge* (diario vendido a Alemania) y el ministro del Interior, Malvy, dimite.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Año Sacerdotal

CON motivo del 150 aniversario de la muerte de san Juan María Vianney, cura de Ars, admirable modelo de auténtico pastor al servicio de la grey de Cristo, el papa Benedicto XVI ha establecido que, desde el 19 de junio de 2009 hasta el 19 de junio de 2010, se celebre en toda la Iglesia un Año Sacerdotal especial, durante el cual los sacerdotes se fortalezcan cada vez más en la fidelidad a Cristo con piadosas meditaciones, prácticas de piedad y otras obras oportunas.

Este tiempo sagrado comenzará con la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, Jornada de santificación de los sacerdotes, cuando el Sumo Pontífice celebre las Vísperas ante las sagradas reliquias de san Juan María Vianney, traídas a Roma por el obispo de Belley-Ars. Benedicto XVI concluirá el Año Sacerdotal en la plaza de San Pedro, en presencia de sacerdotes procedentes de todo el mundo, que renovarán su fidelidad a Cristo y su vínculo de fraternidad.

En el reciente decreto promulgado por la Penitenciaría apostólica el 25 de abril de 2009 se subrayaba que el fin de este Año Sacerdotal es que los sacerdotes, con oraciones y obras buenas, se esfuerzen por obtener de Cristo, sumo y eterno sacerdote, la gracia de brillar por la fe, la esperanza y la caridad, y otras virtudes, y muestren con su estilo de vida, pero también con su aspecto exterior, que están plenamente entregados al bien espiritual del pueblo, que es lo que la Iglesia siempre ha buscado por encima de cualquier otra cosa. Para conseguir mejor este fin la Penitenciaría apostólica, de acuerdo con la voluntad del Sumo Pontífice, otorgará el don de las sagradas indulgencias en los siguientes casos:

A. A los sacerdotes realmente arrepentidos que cualquier día recen con devoción al menos las Laudes matutinas o las Vísperas ante el Santísimo Sacramento, expuesto a la adoración pública o reservado en el sagrario, y, a ejemplo de san Juan María Vianney, se ofrezcan con espíritu dispuesto y generoso a la celebración de los sacramentos, sobre todo al de la Penitencia, se les imparte misericordiosamente en Dios la *indulgencia plenaria* de acuerdo con las normas vigentes.

A los sacerdotes se les concede, además, la *in-*

dulgencia parcial, también aplicable a los presbíteros difuntos, cada vez que recen con devoción oraciones aprobadas, para llevar una vida santa y cumplir santamente las tareas a ellos encomendadas.

B. A todos los fieles realmente arrepentidos que, en una iglesia u oratorio, asistan con devoción al sacrificio divino de la misa y ofrezcan por los sacerdotes de la Iglesia oraciones a Jesucristo y cualquier obra buena realizada ese día, para que los santifique y los modele según su Corazón, se les concede la *indulgencia plenaria*, de acuerdo con las normas vigentes, en los días en que se abre y se clausura el Año Sacerdotal, en el día del 150º aniversario de la piadosa muerte de san Juan María Vianney, en el primer jueves de mes o en cualquier otro día establecido por los ordinarios de los lugares para utilidad de los fieles.

También se concederá la *indulgencia plenaria* a los ancianos, a los enfermos y a todos aquellos que por motivos legítimos no puedan salir de casa, si con el espíritu desprendido de cualquier pecado y con la intención de cumplir, en cuanto les sea posible, las tres acostumbradas condiciones, en su casa o donde se encuentren a causa de su impedimento, en los días antes determinados rezan oraciones por la santificación de los sacerdotes, y ofrecen con confianza a Dios, por medio de María, Reina de los Apóstoles, sus enfermedades y las molestias de su vida.

Por último, se concede la *indulgencia parcial* a todos los fieles cada vez que recen con devoción en honor del Sagrado Corazón de Jesús cinco padrenuestros, avemarías y glorias, u otra oración aprobada específicamente, para que los sacerdotes se conserven en pureza y santidad de vida.

Continúan los asesinatos de cristianos en Iraq

CUANDO se han cumplido ya más de nueve años desde el inicio de la persecución de cristianos en Iraq, con un balance de cientos de cristianos asesinados, decenas de iglesias bombardeadas y más de la mitad de la población cristiana iraquí huida, la comunidad cristiana iraquí se encuentra de nuevo consternada por el asesinato de tres de sus miembros el pasado 26 de abril en Kirkuk.

Susan Latif David y su suegra, Muna Banna David, murieron sobre las siete de la tarde, cuando diversos hombres armados irrumpieron en su casa, casi al mismo tiempo en que, en otra zona de la ciudad, Basil Shaba era asesinado en un ataque de características similares. Hasta ahora no ha habido arrestos por esos crímenes pero monseñor Sako sostiene que está claro que se trata de homicidios premeditados y que pueden haber sido motivados por la voluntad de «obligar a los cristianos a irse».

Tras los funerales, celebrados en una catedral de Kirkuk repleta de fieles, el arzobispo Louis Sako comunicó a la asociación caritativa Ayuda a la Iglesia Necesitada (AIN) «la tristeza y las lágrimas» de una población que llora la muerte de tres «seres inocentes». «Sólo esperamos –confesó el arzobispo– que la sangre de los mártires traiga algún día paz y estabilidad. (...) No dejaremos Iraq. Tenemos la misión de permanecer aquí; queremos dar testimonio de nuestros valores cristianos; aunque intenten matarnos, permaneceremos».

Peregrinación del Papa a Tierra Santa (8-15 de mayo)

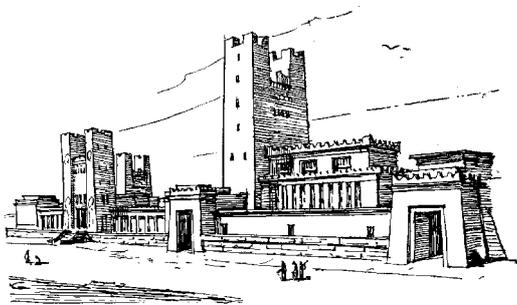
EL Papa ha peregrinado a Tierra Santa. Aunque la mayoría de los medios de comunicación no han visto en el viaje de Benedicto XVI a Jordania, Israel y los territorios palestinos más que una visita «política», el Santo Padre ha recorrido los Santos Lugares con una intención profundamente espiritual. «Vengo como peregrino.» La insistencia del Santo Padre en presentar su visita a Tierra Santa como una peregrinación da una idea del tono y la intención en la que se ha desarrollado el viaje y que podríamos resumir en tres grandes aspectos.

En primer lugar habría que destacar la dimensión intensamente personal de un viaje que Benedicto XVI había deseado como ningún otro, según manifestó el cardenal Sandri, prefecto de la Congregación para las Iglesias Orientales. Estos días, el Papa ha sido un peregrino más que se ha acercado a «ver, tocar y gustar en oración y en contemplación los lugares bendecidos por la presencia física de nuestro Salvador, de su Madre bendita, de los Apóstoles y de los primeros discípulos, que lo vieron resucitado de entre los muertos», buscando consuelo y guardando y meditándolo todo en su corazón.

El segundo aspecto a destacar es el objetivo del Papa, como sucesor de Pedro, de confirmar y alentar a los cristianos de Tierra Santa, que tienen que afrontar cotidianamente muchas dificultades. En este sentido, Benedicto XVI insistió repetidamente en la necesidad de la fe, la esperanza y la caridad para «contribuir a preparar los caminos del Señor y acoger el alba de su Reino». «El amor incondicional de Dios, que da la vida a cada persona, tiene un significado y una finalidad para cada vida humana. Su amor salva (cf. Jn 12, 32). Como profesamos los cristianos, por la cruz Jesús nos introduce en la vida eterna y así nos indica el camino hacia el futuro, el camino de la esperanza que guía cada paso que damos a lo largo del camino, de manera que también nosotros nos convertimos en portadores de esta esperanza y caridad para los demás.»

Finalmente, el Santo Padre también ha estado en Tierra Santa como «peregrino de paz, en el nombre del único Dios, que es Padre de todos». El Papa ha hablado mucho de paz: paz entre israelíes y palestinos; paz entre judíos, musulmanes y cristianos; paz en la Iglesia, entre las confesiones y ritos; paz en la sociedad y en la familia; paz entre Dios, el hombre y las criaturas; paz en los corazones, en Oriente Medio, en el mundo... Paz, paz, paz. «La paz duradera que nace de la justicia, la integridad y la compasión; la paz que brota de la humildad, del perdón y del deseo profundo de vivir en armonía como una realidad única.» Una paz que, como afirmó Pío XI, «no puede existir si no se observan fielmente por todos en la vida pública y en la privada las enseñanzas, los preceptos y los ejemplos de Cristo: y una vez así constituida ordenadamente la sociedad, pueda por fin la Iglesia, desempeñando su divino encargo, hacer valer los derechos todos de Dios, lo mismo sobre los individuos que sobre las sociedades. En esto consiste lo que con dos palabras llamamos Reino de Cristo» (*Ubi arcano*). Reino que Benedicto XVI recordaba que «todos estamos llamados a acoger mediante nuestra caridad, nuestro servicio a los pobres y nuestros esfuerzos por ser levadura de reconciliación, de perdón y de paz en el mundo que nos rodea». Y en este contexto resalta la «notable importancia ecuménica e interreligiosa del viaje. Jerusalén es, desde este punto de vista, la ciudad símbolo por excelencia: en ella Cristo murió para reunir a todos los hijos de Dios dispersos».





ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Los talibanes vuelven a la carga, ahora también en Pakistán

EL guión de Obama en Oriente Medio estaba claro hace escasos tres meses: con Afganistán controlado y un Iraq cada vez más estabilizado gracias a la perseverancia y también a los cambios de estrategia de la administración Bush, Estados Unidos se podría retirar gradualmente de la zona al tiempo que su imagen se vería reforzada, lo que esperaba le ayudara para alcanzar algún tipo de acuerdo en el siempre explosivo conflicto árabe-israelí. Además, contaba con su encanto personal y su efecto seductor sobre los medios de comunicación.

Pero el plan no ha durado ni cien días: si bien la situación en Iraq hace factible una retirada norteamericana gradual, la reaparición del poder talibán con toda su fuerza está forzando a los Estados Unidos a implicarse con más hombres (veinte mil para empezar) en un escenario que muchos pensaban que había quedado resuelto: Afganistán. Hace ya mucho que se sabía que el gobierno presidido por Karzai controlaba sólo la capital, Kabul, y que el resto del país estaba en manos de señores de la guerra y talibanes, pero lo preocupante ahora es que los talibanes ya no sólo controlan vastas áreas afganas, sino del país vecino, Pakistán, y en concreto se habían hecho amos y señores del valle de Swat, el escenario de los enfrentamientos entre talibanes y ejército paquistaní que ha provocado ya un millón de desplazados. De hecho, las fronteras que separan Afganistán de Pakistán, como tantas otras fijadas por funcionarios de países occidentales (en este caso Henry Mortimer Durand, que quería marcar una separación entre el Raj británico y el ingobernable territorio pastún que pasaría a llamarse Afganistán), dejan a pueblos y etnias divididos por una línea de demarcación que, muy a menudo, es poco más que un dibujo en un mapa.

Para acabar de complicar las cosas, los talibanes han avanzado desde sus santuarios hasta el distrito de Buner, a sólo cien kilómetros de la capital paquistaní, Islamabad, imponiendo a su paso la ley islámica o sharia. De este modo, la comunidad internacional asiste al renacer de un conflicto que parecía cerrado (y que algunos ya han profetizado pue-

de ser el Vietnam de Obama) y su extensión a Pakistán. Si lo primero constituye la amenaza de que grupos terroristas internacionales consigan de nuevo un santuario seguro, lo segundo es aún más grave, pues Pakistán es potencia nuclear, con un arsenal de cien armas nucleares que los islamistas estarían encantados de poseer.

Mientras, la aspiración de ayudar a la construcción de regímenes estables en este tipo de países parece que ha pasado a la historia: el presidente Obama se conforma con evitar que el islamismo pueda resultar una amenaza para Estados Unidos. Porque lo cierto es que el avance talibán no sería comprensible sin el apoyo de la mayoría de la población pastún, de cuyas familias han surgido los talibanes, y que ven con agrado la implantación de un estado islámico. En Pakistán, de hecho, estamos asistiendo desde hace varios años a una guerra civil encubierta en la que, muy probablemente, ningún dirigente norteamericano querría verse involucrado, pero de la que, para su desgracia, no pueden desentenderse al estar en juego armamento nuclear (por cierto, una situación similar a la que vivió Kennedy cuando se vio inmerso en la guerra civil vietnamita).

Por el momento, Obama está intentando concentrarse en Afganistán, esperando que el presidente paquistaní, Alí Zardari, solucione el problema en su propio país, pero no está tan claro que el ejército paquistaní, con fuerte infiltración islamista y más preocupados por las relaciones con la India, sea capaz de vencer de modo definitivo a los talibanes de su país. El mundo feliz que se prometía Obama se está complicando por momentos, alcanzando cotas de peligrosidad realmente altas; bienvenido al mundo real, Mr. Obama.

Oportunidad para la paz en Sri Lanka

Y si la guerra reaparece con toda su crudeza en lo que fue la parte occidental del Raj británico, en su parte oriental parece que se abren nuevas posibilidades de paz con la derrota de los «tigres» tamiles en Sri Lanka, la antigua isla de Ceilán. Tras 26 años de guerra civil durísima, que ha devastado principalmente las zonas norte y este

de la isla, la guerrilla tamil ha sido derrotada militarmente y su líder, el temido Velupillai Prabhakaran, muerto por las tropas gubernamentales. De este modo se termina el conflicto militar entre el gobierno, controlado por la mayoría de religión budista, y los rebeldes tameses, que se han nutrido del descontento provocado entre el casi 20 % de población tamil, de religión hinduista, ante lo que consideraban discriminaciones por parte de los budistas.

Es especialmente importante la desaparición de Prabhakaran, quizás el terrorista más importante de nuestro tiempo, líder carismático y brillante, pionero y modelo del terrorismo actual, incluyendo a las distintas franquicias de la red Al Qaeda. De hecho fue él quien desarrolló por primera vez la estrategia de los terroristas suicidas con chalecos o cinturones repletos de explosivos (en 1991 una mujer suicida

obedeciendo órdenes suyas asesinó al líder indio Rajiv Gandhi), una estrategia que luego enseñarían a los talibán afganos. Fue también el primero en desarrollar ataques terroristas suicidas tanto por aire como por mar, y en los últimos tiempos se estaba investigando acerca de los avances de los «tigres» tameses para desarrollar submarinos kamikazes.

Tras casi tres décadas de guerra y más de cien mil muertos, se abre ahora la oportunidad para Sri Lanka de iniciar una nueva etapa de paz, aunque para ello los vencedores deberán demostrar que son capaces de integrar en la vida del país a la minoría hinduista, algo que a los budistas de verdad, muy alejados de la visión «buenista» que prevalece en Occidente, les ha resultado siempre muy difícil, tanto en Ceilán como en los otros países en los que son mayoría.

«El hombre ha errado: que vuelva a la senda de la verdad»

Una consagración así, aporta también a los Estados la esperanza de una situación mejor, pues este acto de piedad puede establecer y fortalecer los lazos que unen naturalmente los asuntos públicos con Dios. En estos últimos tiempos, sobre todo, se ha erigido una especie de muro entre la Iglesia y la sociedad civil. En la constitución y administración de los Estados no se tiene en cuenta para nada la jurisdicción sagrada y divina, y se pretende obtener que la religión no tenga ningún papel en la vida pública. Esta actitud desemboca en la pretensión de suprimir en el pueblo la ley cristiana; si les fuera posible hasta expulsarían a Dios de la misma tierra.

Siendo los espíritus la presa de un orgullo tan insolente, ¿es que puede sorprender que la mayor parte del género humano se debata en problemas tan profundos y esté atacada por una resaca que no deja a nadie al abrigo del miedo y el peligro? Fatalmente acontece que los fundamentos más sólidos del bien público, se desmoronan cuando se ha dejado de lado, a la religión. Dios, para que sus enemigos experimenten el castigo que habían provocado, les ha dejado a merced de sus malas inclinaciones, de suerte que abandonándose a sus pasiones se entreguen a una licencia excesiva.

De ahí esa abundancia de males que desde hace tiempo se ciernen sobre el mundo y que Nos obligan a pedir el socorro de Aquel que puede evitarlos. ¿Y quién es éste sino Jesucristo, Hijo Único de Dios, «pues ningún otro

nombre le ha sido dado a los hombres, bajo el Cielo, por el que seamos salvados» (Act 4,12). Hay que recurrir, pues, al que es «el Camino, la Verdad y la Vida».

El hombre ha errado: que vuelva a la senda de la verdad; las tinieblas han invadido las almas, que esta oscuridad sea disipada por la luz de la verdad; la muerte se ha enseñoreado de nosotros, conquistemos la vida. Entonces nos será permitido sanar tantas heridas, veremos renacer con toda justicia la esperanza en la antigua autoridad, los esplendores de la fe reaparecerán; las espadas caerán, las armas se escaparán de nuestras manos cuando todos los hombres acepten el imperio de Cristo y sometan con alegría, y cuando «toda lengua profese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre» (Fil 2,11).

En la época en que la Iglesia, aún próxima a sus orígenes, estaba oprimida bajo el yugo de los Césares, un joven emperador percibió en el Cielo una cruz que anunciaba y que preparaba una magnífica y próxima victoria. Hoy, tenemos aquí otro emblema bendito y divino que se ofrece a nuestros ojos: es el Corazón Sacratísimo de Jesús, sobre él que se levanta la cruz, y que brilla con un magnífico resplandor rodeado de llamas. En él debemos poner todas nuestras esperanzas; tenemos que pedirle y esperar de él la salvación de los hombres.

LEÓN XIII: Enc. *Annun Sacrum*

ORIENTACIONES



BIBLIOGRÁFICAS

DAVID AMADO

G. K. CHESTERTON
San Francisco de Asís
Madrid, Homolegens, 2009

Es muy difícil catalogar el estilo de Chesterton, porque es como un huracán que nos arrastra con él. Nada de lo que sale de su pluma es predecible y cada página se convierte en una sorpresa. Y, quizás una de las cualidades del gran autor inglés, consiste en que no inventa nada, sino que deja que las cosas, o en este caso la historia, se muestre tal como es. Chesterton es un escritor con una notable imaginación, pero en él ésta no está loca, como diría santa Teresa, sino que alimenta a la razón. Por eso la inteligencia sale reforzada y las cosas y los hechos, apreciados en sus justos detalles, nos descubren su sentido. Tampoco Chesterton es un hombre de complicados razonamientos. Si a veces nos puede parecer enrevesado es sólo porque la palabra, o mejor el juicio expresado en las frases, se ajusta de manera sorprendente al dato. Estamos tan acostumbrados al desajuste entre lo que conocemos y lo que expresamos y a la distancia, para algunos insalvable, entre lo dicho y lo que se intenta expresar, que Chesterton nos descoloca. Aunque sería mejor decir que nos coloca de nuevo ante la verdad desnuda.

Como todos los libros de Chesterton, esta biografía sobrepasa su objeto. Trata de san Francisco, y consigue que nos interese por conocer mejor al fraile que conmocionó el siglo XIII e influyó de forma decisiva en la historia. Chesterton señala que ese es también su deseo, que nos tomemos en serio al fraile y, por lo mismo, abandonemos la caricatura que se ha hecho de él. Pero, al narrar una vida singular, que es totalmente extraordinaria, el autor nos lleva a consideraciones que son universales y válidas para todos los tiempos. Nos muestra, por ejemplo, que el natural uso de la razón que hicieron los

griegos, y que nosotros aún admiramos, adolecía de un defecto interno que no llegaron a descubrir y que les fue mostrado por el Evangelio: el pecado original. Y, también nos hace caer en la cuenta de que la “oscura” Edad Media fue un tiempo de ascética para que el hombre pudiera liberarse de los demonios de la naturaleza y emprender una vida libre. Ese fue el trabajo de aquellos siglos, oscuros para quienes rechazan esa libertad, y cuya fuerza estalló en el Poverello de Asís.

Chesterton escribió esta biografía, que no confunde a san Francisco con un naturalista ni un panteísta sino que nos muestra que amaba a todas las criaturas porque amaba a Dios, de la misma manera que trató a todos los hombres con una delicadeza inusitada, incluso a los bandoleros y a sus enemigos, porque se sabía servidor de todos. Lo pudo hacer porque en él la capacidad de asombro nunca quedó obnubilada ni por la pedantería ni por la lógica que reniega del misterio y vuelve locos a los hombres. Como él mismo señala «Los hombres no quieren creer porque no quieren ensanchar el pensamiento», de ahí la tendencia a suprimir lo sobrenatural, como se ha hecho respecto a los estigmas u otros hechos milagrosos de san Francisco, y la necesidad de retornarlo al lodazal en que nos hayamos inmersos. En esta magnífica biografía se nos muestra al verdadero san Francisco, al enamorado de Dios, al hombre que reconoce que Dios es su Padre y quiere compartir los sufrimientos de Jesucristo, que trabaja en la edificación de la Iglesia y que nos enseña a relacionarnos con los hombres y con toda la naturaleza de una manera más perfecta, porque conoce la redención.

Se trata de un relato breve, pero que muestra tan aguda percepción que no sólo nos da a conocer la vida de un santo sino que abre nuestro pensamiento a inmensos horizontes.





emos leído

ALDOBRANDO VALS

Obama y Blair, el mesianismo reinterpretado

A principios de mayo, el reputado padre Michel Schooyans se dirigía a la plenaria de la Pontificia Academia de las Ciencias Sociales en la Ciudad del Vaticano. El contenido de su discurso, que reproducimos a continuación, supone una importante llamada de atención:

La elección de Barack Obama para la presidencia de los Estados Unidos ha suscitado numerosas expectativas en todo el mundo. En los Estados Unidos, los electores votaron por un presidente joven, mestizo y brillante. Se espera de él que, según sus promesas, corrija los errores del presidente que lo ha precedido. Han sido utilizadas fórmulas hasta excesivas, afirmando, por ejemplo, que había llegado la hora de «reedificar» los Estados Unidos o de reorganizar el orden internacional. Se notará aquí la influencia de Saul D. Alinsky (1909-1972), uno de los maestros del pensamiento del nuevo presidente y de Hillary Clinton. No les ha faltado celo a los admiradores del vivaz neo elegido, que han demonizado al desventurado presidente George W. Bush, invocando que se destruya lo antes posible la política que había desarrollado. Ahora, la administración Bush, que además no ha carecido de méritos, se caracteriza por fallos reconocidos, también por el círculo más cercano del presidente. Sin embargo, sobre un punto esencial y fundamental, el presidente Bush ha promovido una política meritoria de respeto y de continuidad: ofreció al ser humano no nacido, así como al personal médico, una protección jurídica, sin duda insuficiente, pero eficaz.

Los electores que han llevado a Barack Obama a la presidencia no han percibido la debilidad y la

ambigüedad de las declaraciones hechas por su candidato sobre este punto decisivo. Más aún, una vez elegido, una de las primeras medidas del presidente Obama ha sido la de revocar las disposiciones tomadas por el presidente Bush para proteger el derecho a la vida del ser humano no nacido.

El presidente Obama reintroduce así el derecho a discriminar, a «poner de lado» algunos seres humanos. Con él, el derecho de cada individuo humano a la vida y a la libertad ya no se reconoce, ni mucho menos se protege. El presidente Obama mina, en consecuencia, la argumentación que ha sido invocada por sus mismos hermanos de raza en el momento en que reivindicaban, con justicia, que fuese reconocido el derecho de todos a la misma dignidad, a la igualdad y a la libertad. En su variante prenatal, el racismo ha sido restaurado en los Estados Unidos.

El nuevo presidente arrastra así el derecho a un proceso de regresión que altera la calidad democrática de la sociedad que lo ha elegido. De hecho, una sociedad que se dice democrática, en la cual los gobernantes, invocando «nuevos derechos» subjetivos, permiten la eliminación de algunas categorías de seres humanos, es una sociedad que ya está en el sendero del totalitarismo. Según la Organización Mundial de la Salud, 46 millones de abortos son efectuados cada año en el mundo. Revocando las disposiciones jurídicas que protegen la vida, Obama va a alargar la lista fúnebre de las víctimas de leyes criminales. El camino está abierto para que el aborto se vuelva legalmente exigible. El mismo derecho podrá ser hundido en la indignidad toda vez que sea instrumentalizado y empujado a legalizar cualquier cosa y puesto, por ejemplo, al servicio de un programa de eliminación de inocentes. A partir de aquí,

la realidad del ser humano ya no tiene en sí ninguna importancia.

La consecuencia evidente del cambio decidido por Obama es que el número de abortos va a aumentar en el mundo. El presidente Bush había cortado las subvenciones destinadas a programas que implicaran el aborto, en particular fuera de los Estados Unidos. La revocación de esta medida de la nueva administración limita el derecho del personal médico a la objeción de conciencia y permite a Obama aumentar los subsidios dados a organizaciones públicas y privadas, nacionales e internacionales, que desarrollan programas de control de la natalidad, de «maternidad sin riesgos», de «salud reproductiva» que incluyen el aborto entre los métodos contraceptivos y lo promueven.

El presidente Obama aparecerá, pues, inevitablemente, como uno de los principales responsables del envejecimiento de la población de los Estados Unidos y de las naciones «beneficiarias» de los programas de control de la natalidad presentadas como condición previa para el desarrollo. ¿Como líder político bien informado puede ignorar que una sociedad que aborta a sus hijos es una sociedad que aborta su porvenir?

La medida tomada por Barack Obama está destinada a tener repercusiones en el plano mundial. El «mesianismo» norteamericano tradicional se gloriaba de ofrecer al mundo el mejor modelo de democracia. Con el permiso de asesinar legalmente unos inocentes, esta pretensión va camino a apagarse. En su lugar emerge un «mesianismo» que anuncia la extinción de los principios morales escritos en la Declaración de independencia (1776) y en la Constitución de los Estados Unidos (1787). De ahora en adelante se rechaza la referencia al Creador. Ninguna realidad

humana se impondrá en virtud de su dignidad intrínseca. Prevalece la voluntad presidencial. Según sus mismas palabras, el presidente ya no deberá referirse a las tradiciones morales y religiosas de la humanidad. Su voluntad es fuente de ley. A propósito, ¿qué piensa de ello el Congreso estadounidense?

Ahora, dado que el peso de los Estados Unidos es el mayor en las relaciones internacionales, bilaterales y multilaterales, y especialmente en el ámbito de la ONU, se puede prever que tarde o temprano el aborto será presentado a la ONU como un «nuevo derecho humano», un derecho que permitirá exigir el aborto. De ello se seguirá que no habrá lugar, en el Derecho, para la objeción de conciencia. Este mismo proceso permitirá al presidente manifestar su voluntad de incluir en la lista otros «nuevos derechos» subjetivos, como la eutanasia, la homosexualidad, el repudio, la droga, etc.

¿Rehacer las religiones? ¿Rehacer el cristianismo?

En estos programas, el presidente Obama podrá contar con el apoyo de la pareja Tony Blair y Cherie Booth. El grupo de pensamiento fundado por el ex primer ministro británico bajo el nombre de *Tony Blair Faith Foundation* tendrá, entre sus atribuciones, la de reedificar las grandes religiones, como su colega Barack Obama reedificará la sociedad mundial. Con este objetivo, la referida fundación deberá expandir los «nuevos derechos», utilizando para este fin las religiones del mundo y adaptando éstas a sus nuevas tareas. Las religiones deberán ser reducidas al mismo común denominador, vale decir deberán ser vaciadas de su propia identidad. Ello no podrá hacerse si no es gracias a la instauración de un Derecho internacional inspirado en Hans Kelsen (1881-1973) y llamado a convalidar todos los derechos propios de las naciones soberanas. Este Derecho deberá también imponerse a las religiones del mundo de modo que la nueva «fe» sea el principio uni-

ficador de la sociedad mundial. Esta nueva «fe», este principio unificador, deberá permitir el avance de los *Millenium Developmental Goals*. Entre estos objetivos figuran en el número 3: «Promover la igualdad de género y dar poder a las mujeres»; y en el número 5: «Mejorar la salud maternal». Sabemos bien lo que encubren e implican estas expresiones. Para hacer despegar el programa de la Foundation ha sido anunciada una campaña contra la malaria. Ella forma parte del objetivo número 6: «Combatir el HIV/SIDA, la malaria y otras enfermedades». Este anuncio está hecho de modo que, suscribiendo esta campaña, se suscribe al total de los objetivos del Milenio.

De hecho, el proyecto de Tony Blair prolonga y amplifica la *Iniciativa de las Religiones Unidas*, que apareció varios años atrás. Además extiende la *Declaración para una ética planetaria* de la que Hans Küng es uno de los principales inspiradores. Este plan no podrá realizarse sino al precio del sacrificio de la libertad religiosa, la imposición de una lectura «políticamente correcta» de las Sagradas Escrituras y del sabotaje de los fundamentos del Derecho. Ya Maquiavelo acomodaba el uso de la religión a los fines políticos....

La «conversión» muy publicitada del ex primer ministro británico al catolicismo, así como su entrevista en la revista gay «Attitude» de abril del 2009, permiten entender todavía mejor las intenciones de Tony Blair respecto a las religiones, comenzando por la religión católica. Los discursos del Santo Padre, en particular sobre el preservativo, pertenecen a otra generación. El apenas «converso» no duda en explicar al Papa no sólo lo que debe decir, ¡sino lo que debe creer! ¿Es católico? Blair no cree en la autoridad del Papa.

He aquí que hemos regresado a los tiempos de Hobbes, por no decir de Cromwell: es el poder civil el que define lo que se debe creer. La religión es vaciada de su contenido propio, de su doctrina; no queda sino un residuo de moral, definido por el Leviatán. No se dice

que es necesario negar a Dios, pero de ahora en adelante Dios ya no tiene nada que ver con la historia de los hombres y de sus derechos: se regresa al deísmo. Dios es sustituido por el Leviatán. Le toca a éste definir, si quiere, una religión civil; interpretar –si quiere y como quiera– los textos religiosos. La cuestión de la verdad de la religión ya no importa. Los textos religiosos, y en particular bíblicos, deben ser comprendidos en un sentido puramente «metafórico»; es lo que recomienda Hobbes (III, XXXVI). Como máximo, sólo el Leviatán puede interpretar las Escrituras. Es necesario además reformar las instituciones religiosas para adaptarlas al cambio. Es necesario tomar como rehenes a algunas personalidades religiosas, llamadas a convalidar la nueva «fe» secularizada, la de la «sociedad civil».

Los derechos del hombre tal y como son concebidos en la tradición realista son pasados aquí por el filo de la espada. Todo es relativo. De los derechos no quedan sino los definidos por el Leviatán. Como escribe Hobbes, «la ley de naturaleza y la ley civil se contienen una en la otra y son de igual extensión» (I, XXVI, 4). De la verdad no queda sino la enunciada por el mismo Leviatán. Sólo él decide cómo se debe cumplir el cambio.

El retorno del águila de dos cabezas

El proyecto Blair no puede realizarse sin volver a poner en cuestión la distinción y las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Este proyecto corre el riesgo de hacernos regresar a una época en la que el poder político se atribuía la misión de promover una confesión religiosa o de cambiarla. En el caso de la *Tony Blair Faith Foundation*, se trataría también de promover una y sólo una confesión religiosa, que un poder político universal, global, impondría a todo el mundo. Recordemos que el proyecto Blair, empapado de New Age, ha sido preparado ideológicamente tanto por la *Iniciativa de las Religiones Unidas* como por la *Decla-*

ración para una ética planetaria previamente citadas, y ha sido apoyado por numerosas fundaciones semejantes.

Este proyecto recuerda evidentemente la historia del anglicanismo y de su fundación por parte del «defensor de la fe» Enrique VIII. El proyecto de las religiones unidas y reducidas a un común denominador es sin embargo más criticable de lo que fue el proyecto de Enrique VIII. En efecto, la realización de este proyecto postula la puesta en obra de un gobierno mundial y de una policía global de las ideas. Como se ha visto a propósito de Barack Obama, los arquitectos del gobierno mundial se dedican a imponer un sistema de positivismo jurídico que hace proceder al Derecho de una voluntad suprema, de la cual depende la convalidación de los derechos particulares. En suma, si se debiera cumplir el proyecto Blair, los agentes del gobierno mundial impondrían, con un nuevo Acto de Supremacía, una religión única, convalidada por los intérpretes de la voluntad suprema, cuyo vicario general quizá ya ha sido descubierto (Hobbes, III, XXXVI).

Lo que revela el análisis de las decisiones de Barack Obama y del proyecto de Tony Blair es que se perfila una alianza de dos nuevas voluntades convergentes, de las que una tiene como objetivo subyugar el Derecho y la otra subyugar la Religión. Ésta es la nueva versión del águila de dos cabezas. Derecho y Religión son instrumentalizados para «legitimar» lo que sea.

Esta doble instrumentalización es mortal para la comunidad humana. Es lo que resulta de diferentes experiencias realizadas en el marco del Estado-Providencia. Éste, a fuerza de querer complacer a los individuos, ha multiplicado los «derechos» subjetivos de condescendencia, por ejemplo, en materia de divorcio, de sexualidad, de familia, de población, etc. Pero haciendo eso, el Estado-Providencia ha creado innumerables problemas

que es incapaz de resolver. Con la extensión de estos «derechos» de condescendencia a escala mundial, los problemas de pobreza y de marginalización se multiplican a tal punto que ningún gobierno mundial podrá resolverlos.

Lo mismo para la Religión. Desde que se logró la distinción entre la Iglesia y el Estado, resulta inadmisibles que el Estado se sirva de la religión para forzar su dominio sobre los corazones, los cuerpos y las conciencias. Como dice el arzobispo Ronald Minnerath, el Estado no puede encadenar la verdad religiosa y debe también garantizar su libre búsqueda.

Hacia un terrorismo político-jurídico

Por estos canales, y con el apoyo de su pareja Blair, el presidente-jurista Obama se presta a lanzar un nuevo mesianismo norteamericano, totalmente secularizado. Se beneficia en esto del apoyo de su fiel socio, candidato presunto a la presidencia de la Unión Europea. La voluntad suprema del presidente de los Estados Unidos convalidará el derecho de las naciones y el derecho de las relaciones entre las naciones. Sobre sus huellas, los «Treinta y nueve artículos» de la nueva religión del mundo serán promulgados por su colega británico.

A partir de la cima de esta pirámide, la voluntad del Príncipe está destinada a circular por los canales internacionales de la ONU y a alcanzar los canales nacionales particulares. En perspectiva, este proceso, como se puede intuir, elimina la autoridad de los parlamentarios nacionales, elimina la autoridad de los ejecutivos y destruye la independencia del poder judicial. Es por estas razones que, en la lógica de Obama, el rol de un tribunal penal internacional es llamado a extenderse, y que además debe poseer capacidad de ejercer la violencia para reprimir a los recalcitrantes –por ejemplo

los católicos– que rechazan esta visión del poder y del derecho, de un derecho hecho vasallo del poder. ¿Cómo no ver esta verdad impactante de estar asistiendo al surgimiento de un terrorismo político-jurídico sin precedentes en la historia?

Finalmente, hagamos el esfuerzo por recordar que la Iglesia no tiene el monopolio del respeto del derecho a la vida. Este respeto es proclamado por las más grandes tradiciones morales y religiosas de la humanidad, frecuentemente anteriores al cristianismo. La Iglesia reconoce plenamente el valor de los argumentos dados por la razón a favor de la vida humana. Como el arzobispo Minnerath ha mostrado admirablemente, la Iglesia completa y consolida esta argumentación valiéndose del aporte de la teología: respeto por la Creación; el hombre imagen de Dios; amor al prójimo; nuevo mandamiento; etc. Estos argumentos son frecuentemente expuestos en las declaraciones de la Iglesia y en los numerosos documentos cristianos al respecto.

Pero cuando las más altas autoridades de las naciones, e inclusive de la primera potencia mundial, vacilan frente al respeto del derecho humano fundamental, es un deber para la Iglesia hacer un llamamiento a todos los hombres y a todas las mujeres de buena voluntad para que se unan a fin de constituir un frente único para defender la vida de cada ser humano. La primera actitud que se impone a todos, según las responsabilidades de cada uno, es la objeción de conciencia, que por otra parte Obama quiere circunscribir. Pero esta objeción debe ser completada por un compromiso y acción en la esfera política, en los medios y en las universidades. La movilización debe ser general y ponerse como objetivo central de toda la moral, y especialmente de toda la moral católica: reconocer y amar al prójimo, comenzando por el prójimo más pequeño y más vulnerable.

La mensajera del Rey

Hace sesenta años se preparaba CRISTIANDAD para celebrar solemnemente el cincuentenario de la encíclica Annum Sacrum, de León XIII (25 de mayo de 1899), y la subsiguiente consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús (11 de junio de 1899). Y para ello llevó a las páginas del número de 15 de mayo de 1949 a una figura conocida de nuestros lectores, sor María del Divino Corazón, en el mundo María Droste zu Vischering, noble alemana nacida en Darfeld, pero en aquel final de siglo superiora de la comunidad del Buen Pastor de Oporto y hoy beata María del Divino Corazón. Tres artículos de tres colaboradoras, María Asunción López, María del Carmen García-Díe e Isabel de Montoliu, glosan diversos aspectos de su vida. Sor María del Divino Cora-

zón fue la mensajera de la que se sirvió de una manera extraordinaria el Señor, a través de sus revelaciones, para impulsar a León XIII a realizar la Consagración, que el mismo papa definió como el acto más grande de su pontificado. En el presente número, dedicado a recordar el noventa aniversario de la consagración de España al Sagrado Corazón, no podíamos encontrar un tema más a propósito y providencial para esta sección. Reproducimos a continuación la parte final del artículo de Isabel de Montoliu, junto con la carta que la Beata escribió a León XIII y que resultó definitiva para que se llevara a cabo la Consagración. (Tanto la carta como las citas en el artículo proceden de la obra Sor María del Divino Corazón, de Louis Chasle.)

Instancias divinas. El primer mensaje

Tres veces le pidió el Señor a su Sierva la consagración del género humano a su Corazón. La primera en junio de 1897. La santa Madre cumplió «comunicándolo» al confesor, pero éste creyó que, por lo menos de momento, era mejor no hacer nada, y el llamamiento quedó sin efecto.

El segundo fue en abril de 1898. «La Madre lo conservó por escrito –dice la biografía– aunque bien considerado esto, parece que las notas son eco de tres hablas diferentes, la primera en Jueves Santo y las otras dos poco después: «Nuestro Señor insiste – escribe ella– en lo que decía el año pasado: dejar la dirección a mi Padre espiritual, que conocerá la verdad por sufrimientos extraordinarios míos. Consagración del mundo entero al Sagrado Corazón de Jesús. Los Obispos y los sacerdotes se harán más fervorosos, los justos más perfectos, los pecadores se convertirán, herejes y cismáticos volverán a la Iglesia, y los hijos aun no nacidos pero destinados a formar parte de la Iglesia, esto es, los paganos, recibirán primero la gracia.

»Su divino Corazón tiene hambre y sed, desea abrasar el mundo entero en las llamas de su amor y de su misericordia; debo hartar esa hambre, debo apagar esa sed. Escribir a Roma cuanto antes... Escribir a Roma cuanto antes. Llamábame esposa de

su divino Corazón y como a esposa me hacía este ruego. ¿Podría yo rehusárselo?» Mas, como no obtuviera tampoco la autorización deseada, a su pena vinieron en efecto a unirse sufrimientos físicos tan extraordinarios que finalmente el confesor cedió, y, por la extrema debilidad de la enferma, él mismo escribió bajo su dictado. Firmada por la Madre, salió la carta de Oporto el día 10 de junio.

«En esta carta –dice la biografía– la Santa pedía perdón al Romano Pontífice de su atrevimiento y se excusaba en su enfermedad de servirse de amanuense; exponía después haber recibido de Nuestro Señor orden de escribirle para que consagrara todo el mundo a su Corazón y, por último, señalaba las gracias de que Nuestro Señor haría seguir esta consagración y el modo como El deseaba que se llevase a cabo.»

El Papa quedó muy impresionado con esta comunicación, pero nada hizo y la Madre supo que su carta había llegado al Vaticano y nada más.

En 1898 su salud había mejorado notablemente. Pudo hacer Ejercicios con la comunidad. El último día, 20 de noviembre, díjole el Señor «que hoy debía hacer una consagración en que me abandonase por completo a su Corazón, para que Él disponga de mí según su beneplácito». Así lo hizo la santa religiosa. Más tarde, León XIII había de aprobar dicha oración, enriqueciéndola con 300 días de indulgencia.

«El 7 de diciembre (y también el día 2 anterior, pero, a lo que parece, sin pedir nada) Nuestro Señor habló nuevamente de la Consagración, pero recalcando más... Dijo-me que quería que escribiese otra vez a Roma: le respondí que la vez anterior me había costado muchos dolores el consentimiento de mi director: si ahora sería lo mismo y si tendría que estar a la muerte para que él se convenciese. Dijo que no, que ahora consentiría sin dificultad y que esta misma facilidad con que se me daría el permiso me probaría que la cosa era suya. Nuestro Señor me preguntó asimismo si estaba preparada a aceptar toda suerte de dolores, humillaciones y desprecios.»

El segundo mensaje

Accedió, en efecto, el confesor a la primera petición que le hizo. Y al día siguiente, fiesta de la Inmaculada Concepción, le dio el Señor las últimas

instrucciones: «Después de la Santa Comunión me dijo Nuestro Señor que hoy mismo empezase la carta para Roma y que la sometiese a la decisión de mi Padre espiritual. Expuse a Nuestro Señor la dificultad que siento en escribir y en explicar todo: Él respondió que no temiese, que Él mismo sería, más bien que yo, el que escribiría, que no tendría yo más que hacer sino poner lo que Él me inspirase y que yo sentiría su ayuda: y así fue, porque escribí con la mayor facilidad y casi sin pensar.»

La carta se envió a Roma el día de la Epifanía de 1899 «por parecer que la petición de la Consagración del Género Humano al Corazón de Jesús era propio que se hiciera el día de la manifestación del Salvador del mundo a los paganos y de la primera adoración de los paganos al Salvador de los hombres».

«Cual si hubiese querido el Señor, haciéndola sentir su debilidad, apercibirla y armarla contra la satisfacción de haber cumplido bien su embajada» —dice L. Chasle—, el envío de la carta coinci-

Carta de sor María del Divino

Santísimo Padre:

Confundida y humillada vuelvo a los pies de V.S. para pedirlos humildemente que me permitáis hablar otra vez de un asunto sobre el cual ya escribí a V. S. en junio pasado. Entonces, apenas repuesta de una crisis mortal, mis fuerzas sólo me permitían dictar una carta. Ahora, si bien aun enferma y en cama, al menos me es posible escribir con lápiz. En mi anterior confié a V. S. algunas gracias que, en su infinita misericordia y apartando su vista de mi miseria, Nuestro Señor se había dignado concederme. Llena de confusión tengo que decir, Santísimo Padre, que el Señor ha seguido tratándome con la misma misericordia y, por orden expresa suya y con la aprobación de mi confesor, vengo, con el más profundo respeto y con la sumisión más absoluta, a poner en conocimiento de V.S. algunas revelaciones nuevas que el Señor se ha servido hacerme sobre la materia de mi primera carta.

Cuando el último verano aquejó a V.S. una indisposición que, dada vuestra edad avanzada, llenó de temor el corazón de vuestros hijos, Nuestro Señor me dio el dulce consuelo de que se dilatarían los días de Vuestra Santidad, a fin de que pudieseis llevar a cabo la consagración del mundo a su divino Corazón. Más tarde, el primer viernes de diciembre, me dijo que había prolongado los días de V. S. para concederos esta gracia (de hacer la consagración) y que

después de cumplir ese deseo de su Corazón, Vuestra Santidad debía prepararse... y añadió: «En mi Corazón... consuelo... refugio seguro en la muerte y en el juicio», dejándome la impresión de que hecha la consagración, Vuestra Santidad terminaría en breve su peregrinación por la tierra.

La víspera de la Inmaculada Concepción hízome Nuestro Señor entender que por el incremento que ha de tomar el culto de su divino Corazón haría El brillar una luz nueva sobre todo el mundo, y traspasaron mi corazón aquellas palabras de la tercera misa de Navidad: *quia hodie descendit lux magna super terra*, parecíame ver (interiormente) esta luz, el Sagrado Corazón de Jesús, sol divino que hacía descender sus rayos sobre la tierra, primero tenuemente, después con mayor intensidad y por último a modo de torrentes que inundaban de luz a todo el mundo. Y dijo: «El brillo de esta luz iluminará a todos los pueblos y naciones y su ardor los calentará.» Reconocí su deseo abrasado de ver su Corazón adorable más y más glorificado y conocido y de derramar sus dones y bendiciones sobre todo el mundo. El Señor escogió a V.S. prolongando sus días para que podáis rendirle ese honor y consolar su Corazón ultrajado y atraer sobre vuestra alma las gracias preciosísimas que brotan de ese Corazón divino, manantial de todas ellas y lugar de paz y de dicha. Indigna me siento de comunicar

dió con uno de los asuntos más graves y arduos con que se encontrara en el ejercicio de su cargo. Trabajó mucho en las últimas semanas y pasó por hondas inquietudes. Todo ello provocó una nueva y dolorosa recaída. Se le declaró una neumonía, con fiebre y agudos dolores de cabeza durante semanas enteras.

El día de Jueves Santo «Nuestro Señor anunció a la Madre que debía aun sufrir mucho y que pasaría por tormentos de muerte sin morir hasta que se promulgase el decreto de la Consagración del Género Humano al Sagrado Corazón de Jesús». En efecto, volvió a agravarse hasta tal punto que el 14 de mayo recibía nuevamente la Extremaunción.

El Santo Padre se informa

La carta de la santa Superiora –dice su biografía– «llegó al Vaticano el 15 de enero de 1899 y causó honda impresión en el ánimo del Papa, que en-

cargó al Cardenal Jacobini, Nuncio que había sido en Lisboa, la misión de tomar informes en la Curia Episcopal de Oporto de la Madre María del Divino Corazón; pero el Cardenal, en vez de escribir directamente a la Curia, resolvió dirigirse al Rector del Seminario Mayor, al que había conocido durante su permanencia en Portugal, sin sospechar que era precisamente el confesor de la sierva de Dios. No necesitó grandes explicaciones aquel a quien la interrogación iba destinada para saber quién fuese la religiosa de quien se trataba, ni muchos días para recoger datos. En todo Oporto, era el único a quien la Madre había confiado sus comunicaciones celestiales, y fuera del Vaticano, sólo él en el mundo sabía lo escrito ¡ti Soberano Pontífice sobre la consagración del Género Humano al Sagrado Corazón, y precisamente a él se recurría para tomar informes. Viendo en ello la mano de Dios, cobró nuevos alientos para desempeñar su grave y delicada misión, respondiendo de la manera más laudatoria para la sierva de Dios».

Corazón a S.S. el Papa León XIII

todo eso a V.S., pero, Nuestro Señor, después de haberme penetrado más y más de mi miseria y de haberme hecho renovar el sacrificio de mi misma como víctima y esposa suya, aceptando de buen grado toda especie de sufrimientos, humillaciones y desprecios, me dio orden terminante y expresa de escribir segunda vez sobre esto mismo a Vuestra Santidad.

Quizás parecerá extraño que pida Nuestro Señor la consagración de todo el mundo y no se contente con la de la Iglesia Católica; pero su deseo de reinar y ser amado y glorificado, y abrasar con su amor todos los corazones y con su misericordia es tan ardiente, que quiere que Vuestra Santidad ofrezca los corazones de todos aquellos que por el santo bautismo le pertenecen para facilitarles la vuelta a la verdadera Iglesia y los corazones de aquellos que no han recibido aún por el bautismo la vida espiritual, mas por los cuales dio El su vida y su sangre y que están llamados igualmente a ser un día hijos de la Iglesia, para apresurar de ese modo su nacimiento espiritual.

En la carta de junio expuse a Vuestra Santidad las gracias que Nuestro Señor quiere conceder después de esta consagración y la forma en que El quiere se lleve ésta a cabo; pero, vistas las nuevas instancias de Nuestro Señor, de nuevo y con la más filial sumisión y con las más vivas instancias suplico a Vuestra Santidad conceda a Nuestro Señor el consuelo que pide de

añadir algún nuevo brillo al culto de su Sagrado Corazón en el modo que El os inspire. Expresamente, Nuestro Señor no me ha hablado más que de la consagración, pero, diferentes veces, me ha mostrado el deseo inflamado que tiene de que su Corazón sea más y más glorificado y amado para la dicha y felicidad de las naciones. Parece que le sería agradable que se estimule la devoción de los primeros viernes por una exhortación de Vuestra Santidad al clero y fieles, así como por la concesión de nuevas indulgencias. Nuestro Señor no me lo ha dicho expresamente como al hablarme de la consagración, pero he querido colegir este deseo ardiente de su Corazón sin poder, con todo, afirmarlo.

Hecha con toda sinceridad y llaneza esta relación a Vuestra Santidad, sólo me resta pedir, Santísimo Padre, perdón de mi osadía y rogaros aceptéis el homenaje de mi adhesión más filial a la Iglesia y a la Augusta persona de Vuestra Santidad, a la que me someto con la más cumplida obediencia.

Dignaos bendecir, a la vez que a nuestras hermanas y asiladas, a la que, besando respetuosamente el pie de Vuestra Santidad, tiene el honor de repetirse de Vuestra Santidad humildísima y obedientísima hija,

*Sor María del Divino Corazón,
Droste zu Vischering
Superiora del Buen Pastor, de Oporto*

Respuesta del Vicario de Cristo

«VOY A HACER EL ACTO MÁS GRANDE DE MI PONTIFICADO.» Así calificó la Consagración del Género Humano al Sagrado Corazón, y así anunció al mundo su propósito, el sapientísimo León XIII.

Al Obispo de Annecy, que le visitó a fines de marzo de 1899, le dijo que «quería consagrar al Sagrado Corazón todas las Diócesis, toda la Iglesia, toda la humanidad».

«La decisión –dice el Rvdo. Chasle– fue tomada el 25 de marzo, día de la Encarnación, víspera de Domingo de Ramos. El Cardenal Mazella, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, enterado de todo, dio un voto de todo punto favorable: «La carta –dijo– es muy digna de atención y parece dictada por Nuestro Señor...» Sin embargo, se convino en buscar en otra parte la justificación del acto que se meditaba. «Señor Cardenal –dijo el Papa– tomad esta carta y depositadla allí en los archivos: ella no debe contar para nada en este momento.» Decidióse, pues, que la consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús se había de proponer no ya como consecuencia de una revelación privada, sino como la aplicación de los principios de la Sagrada Teología y de la tradición católica, y el Cardenal salió del Vaticano llevando el encargo de examinar la cuestión en sí misma, sin atender más que a la Tradición y en modo ninguno a las luces personales que habían solicitado al Papa a poner su atención en esto».

El domingo de Pascua, día 2 de abril, se publicó un decreto autorizando el rezo y canto público de las letanías del Sagrado Corazón. «Además –decía el documento–, Su Santidad, impulsado por su devoción fervorosa al amantísimo Corazón de Jesús y deseoso de aportar algún remedio a los males que nos afligen y cada día crecen, se propone consagrar el mundo al Sagrado Corazón; pues bien, para que sea mayor la solemnidad de dicha consagración, Su Santidad ha resuelto mandar celebrar, en fecha no lejana, un triduo en que se canten dichas letanías.»

Inesperadamente, el Rvdo. señor Rector del Seminario recibe dos ejemplares de dicho documento, con las siguientes líneas de Su Excia. Rvma. el Secretario Particular del Sumo Pontífice: «El Santo Padre me ordena remita a V.S. los dos ejemplares que incluyo del Decreto de la Sagrada Congregación de Ritos por disposición de Su Santidad, *con encargo de entregarlos a la Madre María del Divino Corazón, Droste zu Vischering*. Su Santidad acompaña este envío con la bendición apostólica para V. S. y para la referida Rvda. Madre.»

Esta fue, por decirlo así, la respuesta oficial del Vicario de Cristo a las cartas de Sor María. Rebosaba ésta de gozo y más al saber que Su Santidad había dispuesto la celebración de un triduo prepara-

torio que se celebraría los días 9, 10 y 11 de junio.

«Sin soñar siquiera en la misión que había cumplido su hija –leemos en la biografía–, los condes Droste zu Vischering habían solicitado una audiencia del Papa. El Sumo Pontífice, después de haberles mostrado la más paternal bondad, les había preguntado detalles de la infancia y juventud de su hija, de la cual les había hablado con ternura y en tono de religiosa estima: «Es una privilegiada que tiene luces sobrenaturales.» Les anunció que estaba a punto de aparecer una Encíclica prescribiendo la consagración del mundo al Sagrado Corazón, de la que esperaba bendiciones abundantísimas para la Iglesia y que había sido resuelta por las revelaciones que su hija le había transmitido y luego, en tono de autoridad, añadió: «Os encargo que hoy mismo o mañana le escribáis que los días 9, 10 y 11 de junio se celebrará en todo el mundo –y al pronunciar estas palabras extendía los brazos como abrazando a todo el orbe– y con la mayor solemnidad, un triduo, y que en las iglesias y catedrales del mundo entero se hará la consagración. El último día se cantarán las letanías del Sagrado Corazón que acabo de aprobar para la Sagrada Liturgia: yo mismo iré los tres días a celebrar el Santo Sacrificio, no a mi capilla privada, sino a la Capilla Paulina con los Cardenales y toda la corte. Escribidle todo esto, y decidle que así lo he resuelto por lo que ella me hizo saber y que de ello espero abundantes gracias para todo el mundo... ¿No es verdad que lo haréis y le diréis que os he dispensado la más paternal acogida y que le envíe mis bendiciones especiales? ¡Oh!, en este momento la veo aquí, con vosotros, a mis pies: Ahora haced la señal de la cruz.»

Cumplieron los condes el encargo del Pontífice. Al serle leída la carta a la Madre, comprendió en seguida de qué se trataba, y cortó a la lectora, rogando a sus padres que guardaran todo esto en el mayor secreto.

El triunfo

Acercábase el glorioso día. Pero más cerca todavía tenía la Santa enferma aquél en que iba a volar al cielo la paloma de su alma. ¡Misteriosos designios del Amante Divino! Aquellas solemnidades, aquella Consagración tan ardientemente deseada, objeto de la inmolación de su vida, había de presenciársela ella «puesta en lo alto» sin estorbo ni velo que disminuyera la claridad de su visión, como Reina al lado del Rey, presidiendo invisiblemente la augusta escena: Murió el día 8 de junio, a las tres de la tarde, cuando iban a empezarse las primeras vísperas de la Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. *Se regnans dat in premium!*



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:

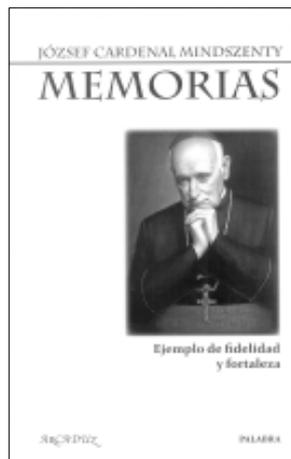


El secreto del Padre Pío

Autor: Antonio Socci
Editorial: La esfera de los libros
403 páginas
Precio: 22,00 €

Una historia única, que recoge las palabras de numerosos beneficiarios de milagros y convertidos, y las revelaciones inéditas de los hijos espirituales del Santo. Personas que con su ayuda se ofrecen ellas también como víctimas en beneficio de los numerosos sufrientes y del mundo entero para expiar los crímenes de los hombres y proteger la Iglesia.

A través de ellos la labor del padre Pío sigue obteniendo aún tantas gracias del Cielo y milagros para todos.

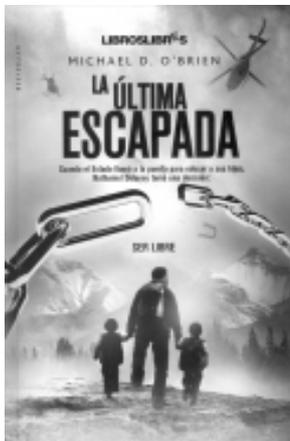


Memorias del Cardenal Mindszenty

Autor: József Mindszenty
Editorial: Palabra
576 páginas
Precio: 19,50 €

Primado de Hungría, enfrentado a los alemanes, el cardenal Mindszenty se convirtió, a partir de la ocupación soviética, en el defensor de la Iglesia húngara. Condenado a prisión en 1949, fue torturado repetidamente y sometido a un proceso farsa, con el intento de plegar su voluntad a los deseos de los comunistas. Fue liberado durante la revolución de 1956 y estuvo refugiado en

la embajada de los Estados Unidos hasta 1971, momento en el que tuvo que exiliarse a raíz del comienzo de la Ostpolitik, hecho que le causó un gran dolor.



La última escapada

Autor: Michael O'Brien
Editorial: Libroslibres
295 páginas
Precio: 22,00 €

Tras el éxito de «El Padre Elías», Michel O'Brien ofrece a sus lectores otro thriller trepidante. Nathaniel Delaney dirige un modesto periódico, incómodo para el poder establecido porque denuncia la deriva del Gobierno hacia un disimulado totalitarismo que impone a todos los niveles, incluso en la escuela. Cuando las autoridades decidan eliminar ese foco de desidencia, la

vida de Nathaniel y sus hijos experimentará un acoso brutal que pondrá prueba la solidez de los lazos familiares, obligándole a encontrar la verdad sobre sí mismo.



El reino de Jesucristo en la historia

Autor: Henri Ramière
Editorial: Tradere
222 páginas
Precio: 18,00 €

Un tratado inédito en francés y en castellano, magnífico en su plan y desarrollo, y relativo a una primera parte. Muy original en su concepción, tiene por fuentes a san Agustín y a santo Tomás de Aquino, sobre quienes descansa sin apenas citar. Con su acostumbrada armonía, y planteando primero el concepto y la ciencia de

la historia, presenta sus agentes reales, dentro de la unidad del universo real, atendidas la naturaleza y la gracia.

CONTRAPORTADA

«Reinaré en España»

«El domingo pasado inmediato a la fiesta de nuestro san Miguel (escribe Bernardo de Hoyos), después de comulgar, sentí a mi lado a este Santo Arcángel que me dijo cómo en el extender el culto del Corazón de Jesús por toda España, y más universalmente por toda la Iglesia, aunque llegará día en que suceda, ha de tener gravísimas dificultades, pero que se vencerán, que él, como príncipe de la Iglesia, asistirá a esta empresa; que en lo que el Señor quiere se extienda por nuestro medio, también ocurrirán dificultades, pero que experimentaremos su asistencia.

»Después de esto quedé un poco recogido, cuando por una admirable visión imaginaria, se me mostró aquel divino Corazón de Jesús todo arrojando llamas de amor, de suerte que parecía un incendio de fuego abrasador de otra especie que este material.

»Agradeciéndome el aliento con que le ofrecí hasta la última gota de mi sangre en gloria de su Corazón, y para que yo experimentase cuán de su agrado es esta oferta, por lo mucho que se complacía en los deseos solos, que yo tenía de extender por el mundo, cerró y cubrió mi corazón miserable dentro del suyo, donde por visión intelectual admirable vi los tesoros y riquezas del Padre depositadas en aquel sagrario, el deseo y como ímpetu que padecía su corazón por comunicarlas a los hombres, el agrado en que aprecien aquel Corazón, conducto soberano de las aguas de la vida...

[...]

El día de la Ascensión del Señor se repitió la misma visión del Corazón santísimo de Jesús, pero con circunstancias más particulares, que me obligan a referirla con las mismas palabras del joven. «Después de comulgar (escribe Bernardo) tuve la misma visión referida del Corazón, aunque con la circunstancia de verle rodeado de la corona de espinas, y una cruz en la extremidad de arriba, ni más ni menos que la pinta el P. Gallifet; también vi la herida por la cual parece se asomaban los espíritus más puros de aquella Sangre que redimió el mundo. Convidaba el Divino Amor Jesús a mi corazón se metiese en el suyo por aquella herida, que aquel sería mi palacio, mi castillo y muro en todo lance. Y como el mío aceptase, le dijo el Señor: “¿No ves que está rodeado de espinas y te punzarán?” que todo fue irritar más el amor que introduciéndose a lo íntimo, experimentó eran rosas las espinas. Reparé que además de la herida grande había otras tres menores en el Corazón de Jesús, y preguntándome si sabía quién se las había hecho, me trajo a la memoria aquel favor con que nuestro amor le hirió con tres saetas. Recogida toda el alma en este camarín celestial decía: “He aquí mi descanso para siempre: aquí habitaré, pues lo he elegido”. Díóseme a entender que no se me daban a gustar las riquezas de este Corazón para mi sólo, sino para que por mi las gustasen otros. Pedí a toda la Santísima Trinidad la consecución de nuestros deseos, y pidiendo esta fiesta en especialidad para España, en que ni aun memoria parece hay de ella, me dijo Jesús: “Reinaré en España, y con más veneración que en otras muchas partes”».

Vida del V. y angelical joven P. Bernardo Francisco de Hoyos de la Compañía de Jesús, escrito por su director espiritual el P. Juan de Loyola, S.J.